

8
10

P195-0

LAS ILUSIONES

DEL

DOCTOR FAUSTINO

POR

D. JUAN VALERA.

—
TOMO I.
—

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721452881

SEVILLA: 1882.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^a, EDITORES

Tetuan 24.

Es propiedad.

À MI QUERIDO AMIGO

DON RAMON RODRIGUEZ CORREA.

Te dedico esta novela como el matador dedica su obra ántes de matar el toro. Ni él ni yo sabemos si saldrá bien ó mal lo que dedicamos. El público y tú habreis de juzgar y sentenciar, cuando la novela se imprima por completo, no bien se escriba. De todos modos, aunque la novela salga malísima, como es buena la voluntad con que te la dedico, tendrás siempre que agradecer, aunque no tengas que aplaudir. Verdad es que, como yo te debo tanta amistad desde hace años, apénas si empiezo á pagarte con esta muestra de cariño, y, bien miradas las cosas, tampoco tienes que agradecerme la dedicatoria.

Yo no diré al público, porque sería quitar atractivo á mi composicion, que cuanto en ella he de contar será fingido. Villabermeja es una verdadera *utopia*: sus héroes jamás existieron. Con todo, no estará de sobra que tú divulgues

esto por ahí, pues forjo mis creaciones fantásticas, como entiendo que hacen todos los novelistas, con elementos reales, tomando de acá y de acullá entre mis recuerdos, y me pesaría de que saliese algun crítico zahorí afirmando que hago retratos.

Harto sé que el rio del olvido se llevará pronto en su corriente esta novela, con multitud de composiciones insulsas, escritas á escape para llenar las columnas de los periódicos. No hay miedo, por consiguiente, de que dentro de un par de siglos salgan los eruditos averiguando quiénes fueron todos los de mi cuento, como imaginan que averiguan hoy quién fué Sancho, quién D. Quijote, quién el rucio, y cuál el lugar de D. Quijote, dando por seguro que fué Argamasilla de Alba; pero lo que no ha de suceder dentro de un par de siglos, pudiera suceder al momento, y contra esto te suplico que trabajes, afirmando, como es la verdad, que carecen de originales en el mundo los pobres partos de mi fantasía.

Acógelos tú en tus brazos cariñosos y defiéndelos de las injurias á que van á exponerse, si como sospecho, nacen feos y endebles.



INTRODUCCION.

Donde se trata de Villabermeja,
de D. Juan Fresco y de las ilusiones en general.

Mi excelente y antiguo amigo D. Miguel de los Santos Alvarez, pensador optimista, sereno observador de las cosas y razonable filósofo, sostiene con agudeza que en la vejez se gana por un lado lo que se pierde por otro, que no hay motivo ni razon para afligirse, y que es díscolo quien se aflige. El vulgo, dice él por via de ejemplo, imagina que, cuando álguien se queda calvo, es porque falta el jugo que alimenta las raices de sus cabellos y éstos se caen; pero como sucede siempre que al que se queda calvo le nacen pelos y aún cerdas en las narices y en las orejas, y las cejas crecen y se robustecen de modo

que suelen dar sombra á la cara, no puede atribuirse la calvicie á falta de jugos. En las mujeres es más patente aún este fenómeno, apareciendo casi sin excepcion en la que pierde el pelo de la cabeza un maravilloso y fecundo florecimiento de cerdas en la barba y labio superior, lo cual la hace digna rival de la condesa Trifaldí ó de Santa Librada, si bien á estas señoras les ocurrió milagrosamente lo de *embarbarse*, á una por duro castigo de un mal intencionado encantador, y á otra por especial favor del cielo, á fin de que salvase la joya de su castidad, puesta en grave peligro, miéntras que por lo comun es ordinaria operacion de la caprichosa naturaleza, sin que se vislumbre finalidad alguna, el *embarbamiento* de que aquí se trata.

Véase, pues, cómo no hay tal carencia de jugos en la vejez, sino cambio de direccion en ellos. Lo mismo sucede ó debe suceder con todo lo demás.

Traigo esto á propósito de que cuando jóven era yo más severo en mis censuras que ahora que voy siendo viejo, lo cual se comprende, porque no habia yo cometido tantos pecados, ni incurrido en tantos errores, ni dado en tantos extravíos como más tarde. Yo censuraba á los otros, no advirtiéndolo aún, con inocente petulancia, lo mucho que habria que censurar en mí.

Hoy, que lo advierto, soy mil veces más benévolo é indulgente con todos, á fin de serlo conmigo.

Entre las infinitas cosas que yo censuraba, era una la afición de ciertos poetas y escritores á encomiar la áurea medianía, el retiro, la vida campestre y el encanto del lugarcillo en que nacieron, así como la propension que muestran á volver á dicho lugar, y á vivir y morir allí tranquilos, ni envidiados ni envidiosos, léjos del mundo y de sus pompas vanas.

Cuanto así hablaban ó escribían se me antojaban que eran hipócritas, que eran como el usurero Alfio ó poco ménos. Aquello de Martínez de la Rosa, que dice:

Padre Dauro, manso río
De las arenas doradas,
Dignate oír
Los votos del pecho mio,
Y en tus márgenes sagradas
Logre morir:

me excitaba la bilis de un modo superlativo. ¿Por qué, murmuraba yo, ha de atolondrarnos este señor con sus ayes y suspiros, estando, como está, tan en su mano, dejar la embajada de París ó la presidencia del Consejo de Ministros, ó su brillante puesto en las Córtes, y retirarse á los cármenes umbríos y á los solitarios verjeles que

están entre los cerros del Generalife y del Sacro Monte, por donde corre mansamente el Darro, y donde la Fuente del Avellano vierte sus cristalinos raudales?

Más tarde me he convencido de que Martínez de la Rosa no suspiraba sin pasión por su Granada. He incurrido, en mi tanto, en el mismo defecto, si defecto es. Desde hace años, lo confieso, ando siempre diciendo que me voy á mi lugar, que deseo vivir allí, *ut prisca gens mortaliū*, cuidando del pobre pedazo de tierra que me dejó mi padre en herencia, y casi, casi haciéndole arar yo mismo por mis bueyes, como Cincinato y otros personajes gloriosos de las antiguas edades. Esto lo decia yo y lo digo con sinceridad, hallando preferible á toda aquella *descansada vida*, deseando ser uno de *los pocos sabios que en el mundo han sido*, y no cumpliendo, sin embargo, mi deseo, cuando al parecer sólo de mi depende cumplirse y satisfacerle.

Ahora comprendo y noto las dificultades con que, hasta para cumplir tan modesto deseo, tropieza el más desembarazado y decidido, y perdono á los que hablan con amor y con *saudades* de la vida rústica desde el bullicio de las grandes poblaciones, y pido perdón para mí y que se considere que no es farsa esta ternura entrañable con que vuelvo los ojos y el ánimo al rincón

tranquilo é ignorado donde están los majuelos que crió mi padre y el plantonar que, á fuerza de fatigas y de apuros, vió crecer y medrar hasta que, llenos de vigor y lozanía, empezaron á dar abundante fruto.

Mi lugar está en la misma provincia, y á corta distancia del lugar donde nacieron D. Luis de Vargas y Pepita Jimenez, á quienes supongo que conocen mis lectores; pero no voy á hablar de mi lugar, sino de otro, tambien muy cercano, á donde suelo ir de temporada, porque tengo allí una capellanía y otros bienes, que me producen, calculando por un quinquenio, cerca de medio duro diario. Este lugar es más pequeño y pobre que el mio y que el de Pepita, y su campo es ménos bonito y ameno; pero sus naturales entienden lo contrario, y no dudan de que aquello es lo mejor del mundo.

Situada la poblacion, cuyo nombre se guarda para mayores cosas, á la falda de un árido peñascal ó pelado cerro y rodeada de montes por todas partes, abarca sólo el espectador, aunque se coloque en lo más alto del campanario, un horizonte harto mezquino. Apénas hay huertas en las cercanías, sino viñas, olivares y tierras de pan llevar. Sin embargo, en las cañadas, por donde serpentean sendos arroyuelos, se ven hermosas alamedas, y todo aquel suelo parece á sus hi-

jos, que enamorados le cultivan, tan fértil y bendito, que no aciertan á explicarse naturalmente su fertilidad generosa, y sostienen que el trono de la Santísima Trinidad está colocado precisamente sobre sus cabezas y que deja sentir su benéfico influjo por todos aquellos contornos. Creen, además, que el Santo Patron del pueblo es muy celoso y activo, y que siempre está intercediendo con Dios para que todo lo prospere y mejore. Así, y no de otra suerte, logran, segun ellos, mediante una especial providencia é intervencion divina, la riqueza y hermosura del paraiso en que presumen que viven.

La imágen del Santo Patron es de plata y no tendrá más de treinta centímetros de longitud; pero el valer no se mide por varas. Segun tradicion piadosa, en otro lugar inmediato ofrecieron una vez por este santo pequeñito quince carretadas de otros santos de todos linajes y dimensiones, y el cambio no fué aceptado. El Santo pagó con usura el amor que sus ahijados le profesan. Los que ofrecieron las quince carretadas, viendo que no lograban por buenas la posesion del Santo, es fama que le robaron una noche; pero el Santo se escapó bonitamente del sitio en que le habian encerrado y volvió á aparecer en su nicho al otro dia. Desde entónces está el nicho defendido por gruesas barras de hierro.

Y no se crea que se toman estas precauciones por el miserable valor de la plata que pesa el santo, sino porque es el defensor del lugar y su refugio, remedio y amparo en todos los males, adversidades y peligros.

Confieso que el espíritu crítico de nuestra época descreída ha penetrado también en este lugar, amortiguando el entusiasmo por su Santo Patrono; pero aún recuerdo el frenesí, el profundo afecto de gratitud con que le aclamaban, años há, cuando le sacaban en procesion é iba la fervorosa muchedumbre gritando delante de él: «¡Viva nuestro Santo Patrono, que es tamaño como un pepino y hace más milagros que cinco mil demonios!», expresion sincera de la persuasion en que estaban de que su Santo, si es lícito buscar ejemplos en lo profano para lo sagrado y en lo material para lo espiritual, así como tal máquina de vapor tiene fuerza mecánica de tantos miles de caballos, tenía fuerza taumatúrgica nada ménos que de cinco mil demonios, á pesar de lo pequeño que era.

Lo que yo no he visto nunca, lo que no quiero creer, lo que me parece invencion y habladuría de los pueblos cercanos para dar vaya á los de este pueblo, es el exceso de familiaridad con que trataban en ocasiones á su Santo, llevándolo, cuando no llovía, á una fuente que llaman el

Pilar de Abajo, y zambulléndole allí para que lloviese, lo cual, se añade, no dejaba nunca de ocurrir en el acto ó pocas horas despues. Sobre esto de la zambullida devota tengo yo mis dudas. Los lugareños de Andalucía son envidiosos y burladores, y pueden haberlo inventado sin fundamento.

No es, por desgracia, lo de la zambullida la única cantaleta que dan á los del lugar de que hablo. Como hay en él muchos rubios, y hubo hasta pocos años há un rico convento de frailes dominicos, los llaman, para exasperarlos, hijos del Padre Bermejo, lo cual ha ocasionado frecuentes pedreas entre muchachos de unos pueblos y otros, y mojicones, y á veces palos y hasta navajazos entre hombres, turbando la paz de que debe gozarse en ferias y romerías.

No es caso singular el que refiero. Apénas hay lugar en Andalucía contra el cual no se haya inventado algun chiste ofensivo en los lugares circunstantes. Del Viso, por ejemplo, se dice que es la tierra de las chimeneas, porque no las hay, y se pregunta si saben allí lo que son piñones, porque apénas si se produce algo más que piñones en todo su término. Sobre Valenzuela y Porcuna se difunden mil epigramas, porque no hay leña ni carbon en muchas leguas á la redonda, y se calientan y guisan con combustible

poco oloroso. De Palma del Rio aseguran que nadie almuerza allí más que naranjas, y que, no concibiéndose ni la mera posibilidad de que nadie almuerce otra cosa, hacen esta pregunta: Donde no hay naranjas, ¿qué almorzarán? A los de Tocina los embroman afirmando que la música de la misa mayor se acompaña con una guitarra, porque no hay órgano en la iglesia. A los de Fuentes de Andalucía basta llamarlos de Fuentes de la Campana para que se enojen. De otro lugar donde hay una torre muy primorosa, se dice que á todo forastero que la ve y la admira, procuran los naturales inculcarles en la mente que la dicha torre está hecha allí.

Para no pecar de prolijo no pongo aquí mayor número de ejemplos. Basten los citados para comprender que no es desgracia única la del lugar á que voy aludiendo, y que está en las costumbres andaluzas el darse vaya y cantaleta con algo por el estilo.

Sea como se quiera, creo que debe y puede considerarse al Padre Bermejo como á un personaje patriarcal, raiz y tronco de toda una casta lugareña; y así, para distinguirla y nombrarla, sin proferir el verdadero nombre, que ya he dicho que debo callar por ciertos respetos, llamaré á aquellos lugareños los bermejinos, y llamaré Villabermeja al lugar en que viven.

Procedo en esto como los doctos historiadores de los tiempos heróicos, y noto en nuestros días, tratándose de lugares de corta población, lo mismo que sucedía en el albor de la historia, en los siglos dorados y poéticos en que los patriarcas vivieron. Perseo dió nombre á los persas, Heleno á los griegos ó helenos, Heber á los hebreos, Chus á los chusitas, Jafet á los jaféticos, y así discurrendo, hasta llegar á nuestro Padre Bermejo, de donde arranca la denominación de bermejinos.

No debe colegirse de lo dicho que el Padre Bermejo fuese un personaje real. Tal vez fué la prosopopeya de todo un pueblo. Muchos sábios de ahora interpretan de esta suerte el nombre y la vida de algunos patriarcas citados en los primeros capítulos del Génesis. Tubalcain, pongo por caso, es para ellos, no un hombre que vive unos cuantos siglos, sino toda una raza humana; los turanics, ó mejor dirémos un ramo ó varios ramos de los turanics, llamados acadienses, protomedos, calibes y tibareños, los cuales fueron los primeros que trabajaron los metales y pasaron de la edad de piedra á la de bronce.

No faltan ejemplos tampoco de atribuir con malevolencia y en són de mofa un patriarca grotesco ó aborrecible á una nación ó casta. Los egipcios, v. gr., suponían que los hebreos nacie-

ron en el desierto de un nefando consorcio de Tifon, dios del mal, cuando, caballero en una burra, iba huyendo de Horo, y no recuerdo bien si de su hermano Osiris, ya entónces resucitado. De este carácter malévoló se revisten, á no dudarlo, la fábula ó *mito* del Padre Bermejo y el apodo de bermejinos; pero, no teniendo yo otro nombre mejor á la mano, repito que me he de permitir llamar Villabermeja al lugar que describo y bermejinos á sus habitantes, haciendo todas las salvedades posibles y jurando y perjurando que no trato de inferir la menor ofensa á mis semipaisanos.

Yo los quiero á todos muy bien, y además hay entre ellos una persona, cuyo carácter, entendimiento y afable trato me encantan, y á quien me honro en considerar como uno de mis mejores amigos.

Esta persona es conocida con el apodo de don Juan Fresco, y así la llamaremos, seguro de que no lo tomará á mal. Don Juan Fresco es un verdadero filósofo.

Cuando chico le llamaban Juanillo. Se fué del lugar y volvió riquísimo, ya muy entrado en años y con un don como una casa. Atendidas la novedad y la frescura de este don, la gente dió en llamarle D. Juan Fresco, y no de otra suerte se le conoce y distingue.

Pasa con razon por un potentado, pero como no quiere mezclarse en política, ni en elecciones ni en nada, no es el cacique como debiera serlo. Villabermeja, contra la costumbre y regla general de los lugares de Andalucía, está descacicada ó acéfala.

Al volver á su país natal, este varon excelente ha dado, en mi sentir, la mayor prueba de amor á la patria que puede imaginarse, ó cuando no, ha dado muestra de una portentosa despreocupacion.

En cualquiera otra parte pasaria por un caballero: allí tiene por primos ó sobrinos al carnicero, al alguacil, á media docena de licenciados de presidio y á otra gente por el mismo órden. Pero de esto no se le importa un ardite. ¿Mereceria llamarse D. Juan Fresco, si no tuviera tanta frescura?

Por el contrario, mi amigo D. Juan saca de lo desastrado de su familia ciertas deducciones lisonjeras. Asegura que no es casta la suya de ganapanes ó destripaterrones humildes, sino de gente del bronce, hidalga, de ánimo levantado, en quien prevalecen los brios y el vivir heróico y el gran sér de los bermejinos de la Edad Media, que eran guerreros fronterizos de tierra de moros. Los Frescos, llamémoslos á todos asi, no sirven para cavar: tienen que revestirse de la

toga ó empuñar las armas, y por eso, no habiendo habido mejores medios de satisfacer tan nobles instintos, uno es carnicero, alguacil el otro, y no pocos se han echado al camino, en varias ocasiones, ya de contrabandistas, ya desfacedores de agravios de la fortunilla ciega, enmendando, hasta donde les es dable, el mal repartimiento que de sus presentes y favores ella tiene hecho.

En tales razones funda D. Juan la apología de su familia; no sé aún si con toda seriedad ó de broma, porque es el mayor socarron que he conocido en mi vida.

Tendrá ahora sus setenta años muy largos de talle: pero está más firme que un roble y más derecho que un huso; no le falta diente ni muela, y conserva todo su cabello, que, por ser rubio como de legítimo bermejino, disimula ó encubre las canas. Monta á caballo como un centauro y dispara su escopeta con tanto tino como si poseyera las balas encantadas de Freyschütz, ó fuera un Filoctétes á la moderna.

Don Juan vive con esplendidez nada comun por aquellos lugares. Su casa está situada en la plaza, y como todas las de los ricos de por allí se compone de dos: una destinada á la labranza, donde hay lagar, bodega, candiotera, molino de aceite, cochera, alambique y caballerizas; otra

de comodidad y aparato, con patio enlosado, fuente y columnas de mármol, flores, muebles elegantes, y ¡cosa extraña! una escogida y rica biblioteca. Esta biblioteca no es sólo de adorno. Don Juan lee mucho y sabe mucho también.

De su vida y del origen de su riqueza diré en resúmen lo que él me ha contado, excitado por mí, porque es hombre que habla poco de sí mismo.

Nació casi con el siglo y no conoció á su padre. Su madre era viuda ó algo parecido á viuda. En estos pormenores no entra nunca D. Juan, á pesar de su filosofía.

A la edad de siete años ya se ingeniaba para contribuir con su óbolo al gasto de la casa. Ora cogía cardillos, espárragos ó alcauciles, que luego vendía; ora se encargaba de vender zorzales, anguilas ó zancas de ranas, que otros cazaban ó pescaban. Más entrado en años, esto es, de diez á catorce ó quince, iba á escardar ó á coger aceitunas, y hasta llegó á cuidar de una piara de cerdos. En este último oficio le conoció su tío, famoso cura Fernandez, una de las mayores glorias del lugar.

La guerra de la Independencia habia terminado; nuestro deseado Fernando VII reinaba ya, y el cura susodicho se reposaba sobre sus laureles y habia depuesto las armas, despues de

haber sido, durante cinco ó seis años, en la serranía de Ronda, y por casi toda la extensión de las provincias de Córdoba y Málaga, caudillo animoso de una cuadrilla de patriotas, que los franceses apellidaban *brigantes*.

El cura Fernandez habia sido y era el clérigo más jaque, campechano y divertido de que puede jactarse Andalucía. Tocaba con primor la guitarra, cantaba como nadie la caña y el fandango, y tenía la corpulencia y los puños de un jayan. Nadie le habia vencido jamás ni en tirar á la barra, ni en luchar á brazo partido, ni en pulsear, ni en poner los labios en el borde de una tinaja de 160 arrobas de vino, bien llena, y rebajarla medio dedo ó uno, sin que ni la cabeza ni el estómago padeciesen. Hablaba caló con primor, tenía una conversacion muy amena, y contaba mil chascarrillos graciosos.

No se crea, sin embargo, que era un cura inmoral é ignorante. Si era un Viriato de sotana, bajo las apariencias de bandolero habia en él un fervoroso católico, un buen sacerdote y un humanista, teólogo y filósofo muy instruido. Hablaba latin con la misma facilidad que castellano, aunque todo con ceceo y acento andaluces. Era terrible en las controversias, argumentando en materia y en forma, como ninguno de su tiempo; y, aunque tomista y escolástico, conocia

el movimiento filosófico de los últimos siglos, desde Descartes hasta Condillac, y los más recientes sensualistas y materialistas franceses, á quienes refutaba.

Acabada la guerra, el cura Fernandez, que aún no era cura aunque le llamaban así, se retiró á Archidona, donde daba lecciones de Latin y de Filosofía, auxiliando más bien que compitiendo con los escolapios. El Obispo de Málaga fué por allí á hacer su visita pastoral, y si bien habia sido compañero de seminario de Fernandez, fijó poco en él su atencion. Fernandez no se picó, conociendo que las preocupaciones y cuidados del Obispo tenian la culpa de todo; pero, como era chancero y alegre, quiso embromar á su antiguo condiscípulo, proporcionándose tambien ocasion de tener con él una larga entrevista. Cuando el Obispo salió en coche de Archidona para proseguir su visita, ya el cura Fernandez habia salido y le estaba aguardando en la Peña de los Enamorados. Iba el Cura con traje de campo muy majó; se habia puesto unas patillas postizas de boca de hacha, y llevaba como acólito á un foragido, á quien con sus amonestaciones habia traído á mejor vida, alcanzando su indulto. El foragido, ya con esta jubilacion, se empleaba en hacer de ángel; esto es, en acompañar á viajeros tímidos ó inermes, á

fin de salvarlos en cualquier mal encuentro que en el camino se les ofreciera.

Tanto el cura Fernandez como su compañero iban en esta ocasion para poner miedo en los pechos más valerosos, ambos á caballo y con sendos trabucos.

Salieron, pues, de improviso al camino, cuando pasó el coche de su Señoría Ilustrísima, desarmaron con rapidez á los dos escopeteros que iban custodiándole, y el ángel dijo con buenos modos al Obispo que echára pie á tierra. Obedió el santo varon y bajó con su secretario, aunque bastante atribulado. Extraordinaria fué su consolacion y grande su contento cuando el cura Fernandez se quitó las patillas postizas y procedió á la anagnórisis ó reconocimiento, mostrándose como condiscípulo afectuoso y lleno de respeto, que sólo deseaba echar un filete á la amistad y tener un rato de palique. Llevó el Cura al Obispo á una especie de tienda de campaña, que á un lado del camino tenia preparada, y allí le regaló con rosoli y mistela, con bizeochos y mostachones, y con rosquillos de Loja, que son los más delicados que se comen.

Estuvo tan discreto el cura Fernandez, lució tanto en la conversacion, y dijo tan buenas cosas, así de filosofia como de teología, que el Obispo

salió encantado y halló agradable hasta el susto que habia recibido.

Pronto, con la proteccion del Obispo, llegó el cura Fernandez á ser cura en Málaga, en el barrio del Perchel, donde tenía feligreses muy á propósito para que él los catequizára, y ovejas levantiscas que bien requerian pastor de sus hígados y arrestos.

Siendo cura en Málaga, vino Fernandez á Villabermeja á ver á los de su familia y á respirar los aires pátrios. El sobrino porquerizo le pareció despejado y apto para cualquier cosa, y llevósele á Málaga consigo. No se engañó el Cura. Su sobrino aprendió á escape cuanto él sabia y más, así de *música* como de *gimnástica*, esto es, así de ejercicios corporales como de ciencias y letras. El cura Fernandez estaba embelesado de transmitir con tanta prontitud su saber y de ver qué sobrino de tanto mérito era el suyo, por lo qual quiso que se hiciera clérigo, seguro de que llegaria á obispo cuando ménos; pero D. Juan no tenia vocacion y declaró repetidas veces que no le llamaba Dios por dicho camino.

Toda su pasion era ver mundo y buscar aventuras, recorriendo tierras y mares. Merced al influjo del tio, entró, pues, en el colegio de San Telmo, donde, á los cuatro años, salió consumado piloto.

Las navegaciones de D. Juan, durante largo tiempo, compiten con las de Simbad, y si, como sospecho, él las tiene escritas, serán libro de muy sabrosa lectura el día en que se publiquen. Por ahora sólo importa saber que, habiendo llegado D. Juan Fresco, en Lima, al apogeo de su reputacion, fué nombrado capitan de un magnífico navio de la compañía de Filipinas, que debia hacer varias expediciones á Calcuta con ricos cargamentos. Habia entónces piratas en los archipiélagos de la Oceanía. La tripulacion del navío era harto heterogénea y nada de fiar; los marineros, malayos; chinos los cocineros y calafates; el contra maestre, francés; inglés el segundo, y sólo cuatro ó cinco españoles. Con esta torre de Babel ambulante y flotante, hizo D. Juan tres viajes felices á las orillas del Ganges, donde, mientras se despachaba el navío y se preparaba y cargaba para la vuelta, vivió como un nabab, yendo en palanquin suntuoso, servido por lindas muchachas, querido de las bayaderas, cazando el tigre sobre los lomos de un elefante corpulento, y siendo agasajado por los más poderosos comerciantes de aquella plaza opulenta, emporio del extremo Oriente.

Como, á más de un sueldo crecido, tenia derecho á llevar una gran pacotilla, D. Juan acertó á hacer su negocio, y á vuelta á Lima

de su tercer viaje se encontró millonario.

La independencia del Perú le obligó á escapar de aquel país con otros muchos españoles; pero, en vez de volver á Europa, se quedó en Rio Janeiro, donde abrió casa de comercio. Cansado, por último, de vivir en tierras lejanas, volvió D. Juan á Europa, y despues de viajar por Alemania, Francia Italia é Inglaterra, el amor del suelo nativo le trajo á Villabermeja, donde yo le he conocido y tratado.

Ha comprado cortijos y olivares y viñas, y está hecho un hábil labrador. Nadie descubrirá en él al antiguo y audaz marino. Apénas habla de sus viajes y aventuras.

Ha permanecido soltero toda su vida, y no es de temer que al cabo de ella haga la locura de casarse.

Don Juan Fresco es la providencia de toda su fresca y numerosa familia, si bien no parece hombre de mucha ternura de corazon. Jamás le oí, durante meses, recordar amores ni amistades, ni de América, ni de la India, ni de ninguna parte. A la única persona que recordaba á cada momento, con verdadera efusion de gratitud y cariño, era al cura Fernandez, que murió en Málaga querido de todos, pobre porque daba de limosna cuanto tenia, y digno de ser canonizado, si hubiera sabido guardar mejor las que, valiéndonos

de un galicismo, se llaman hoy *conveniencias*; pero como contaba chascarrillos poco decentes á veces, y habia hecho la guerra, y habia dado bromas como la que dió al Obispo, y hasta más pesadas, era harto difícil la canonización.

A pesar de la idolatría que profesaba D. Juan á su tío, no me atrevo á afirmar que le imitase en punto á ser religioso y buen católico. Don Juan era positivista. Sólo daba crédito á lo que observaba por medio de los sentidos y á las verdades matemáticas. De todo lo demás nada sabia, nada queria saber, hasta negaba la posibilidad de que nada se supiese. Era, no obstante, muy aficionado á las especulaciones y sistemas metafísicos, y le interesaban como la poesia. Los comparaba á novelas llenas de ingenio, donde el espíritu, la materia, el yo, el no-yo, Dios, el mundo, lo finito y lo infinito, son las personas que la fantasía audaz y fecunda del filósofo baraja, revuelve y pone en acción á su antojo. Don Juan, no obstante, distaba mucho de ser escandaloso ni impío. Aunque para él no habia ciencia de lo espiritual y sobrenatural, esto no se oponia á que hubiese creencia. Por un esfuerzo de fé, entendia D. Juan que podia el hombre ponerse en posesion de lo que el discurso no alcanza, y elevarse á la esfera sublime donde por intuición milagrosa

descubre el alma misterios eternamente velados para el raciocinio.

Cuando yo estaba en Villabermeja solia dar largos paseos por las tardes con D. Juan Fresco, viniendo luégo á reposarnos los dos en un sitio llamado la Cruz de los Arrieros, á la entrada del lugar. Esta cruz de piedra tiene un pedestal, de piedra tambien, formado de gradas ó escalones. Allí, al pié de la cruz, nos sentábamos ambos.

A veces nos acompañaba Serafinito, jóven de veintiocho á treinta años, soltero, huérfano de padre y madre, bastante rico para lo que es la riqueza de los lugares, y muy dulce de carácter, aunque melancólico y taciturno.

Desde la Cruz de los Arrieros, sostenia D. Juan Fresco que se disfrutaba de la vista más hermosa del mundo. Yo me sonreia y le miraba con atencion para ver si se burlaba al afirmar aquello. En su rostro no se notaba la más ligera señal de que hablase irónicamente ó de burla. Era, sin duda, una alucinacion patriótica.

Una tarde del mes de Setiembre, D. Juan, Serafinito y yo estábamos sentados al pié de la Cruz de los Arrieros. El sol se habia ocultado ya detrás de los cerros que limitan la vista por la parte de Poniente, y habia dejado el cielo, por todo aquel lado, teñido de carmin y de oro. Sobre los cerros que están á espaldas del lugar, y

áun sobre el campanario, mientras que yacia en sombras todo el valle, daban aún los rayos oblicuos del sol, reflejando esplendorosamente en la pulida superficie de las peñas que coronan la cima de dichos cerros. Pocas y blancas nubes turbaban el limpio azul de la bóveda celeste, vagando á merced de un viento manso y arreboladas y luminosas con los reflejos del sol. La luna mostraba ya su rostro pálido muy alto sobre el horizonte, y algunos luceros empezaban á columbrarse en la region más oscura del éter y más apartada del disco solar.

Por el lado por donde la vista, en este bajo suelo, podia espaciarse más, se espaciaba una legua. Los cerros terminan allí el horizonte. Paz suave reinaba por donde quiera.

Los olivares y las viñas cubren la mayor parte del terreno cultivable. Los peñascos áridos, que forman las cumbres, no tienen cultivo ni pueden tenerle. Las diversas heredades y haciendas están separadas entre sí, y de los caminos y veredas, por vallados de zarza-mora y pitas. Tal vez, en los terrenos más fértiles y húmedos, se muestran en estos vallados la madre selva, el granado y las mosquetas. En los sitios más resguardados del frio invernal crece tambien y fructífica la higuera chumba.

Las hazas del ruedo y demás tierras de pan lle-

var estaban ya segadas, y sobre la negrura de la tierra amarilleaban el rastrojo, los cardos y toda la yerba seca, que el polvo y los ardores de la canícula habian hecho como yesca. En algunos puntos habian sido incendiados los rastrojos, y la llama corria formando una línea tortuosa, dejando negro el suelo en pos de sí, y levantando densa humareda.

La viña, que es el plantío que allí más abunda, verdeaba aún cubierta de pámpanos lozanos. Estaban ya vendimiando, y por várias sendas y caminos venian al lugar carros y reatas de mulos con el último acarreo de uva de aquel día, que habia de quedar amontonado en los lagares para empezar á pisar en la madrugada siguiente. Volvian asimismo á descansar de sus trabajos los vendimiadores, y de vez en cuando se oia una cancion alegre, cantada en coro, ó se escuchaba allá á lo léjos una copla de playeras con que distraia sus pesares un arriero que tornaba solo con su recua de alguna expedicion, ó un gañan que volvia de arar con los bueyes ó las mulas uncidas aún al arado.

En las cañadas hay arroyos, cuyas orillas están cubiertas de mimbrones, álamos blancos y negros, adelfas, juncos, mastranzos y otras yerbas de olor. Hay asimismo ocho ó nueve huertecillos, que no tiene el mayor una fanega de tie-

rra; pero esta tierra está bien aprovechada, y se alzan en ella nogales gigantescos, higueras pomposas, que dan los más dulces higos que se comen en el mundo, y otra multitud de frutales.

El arroyo más caudaloso de la cercanía está á un cuarto de legua de la poblacion, y las mozas que iban allí á lavar, volvian tambien, terminada ya su faena, con el lio de ropa lavada puesto sobre la cabeza, y con la alegria de la juventud en el alma y el donaire y el brío campesino en todos los gallardos y libres movimientos del cuerpo, bien dibujadas sus formas robustas y elegantes bajo los pliegues de las breves y ceñidas enaguas de percal ó del más ceñido y corto refajo de amarilla bayeta antequerana.

Don Juan Fresco contemplaba toda esta escena como en éxtasis, y se ratificaba más y más en que Villabermeja y sus alrededores eran lo mejor del mundo. Creció su entusiasmo, recordando los mejores años de su vida, al ver cierta polvareda que se levantaba en el camino principal. Á poco se empezaron á oir mil regocijados gruñidos en todos los tonos, desde el más tiple al más bajo, y luégo se distinguió una floreciente piara de cochinos de todas edades y de ambos sexos, guiada por un hábil zagalon de catorce á quince años. Cada vecino del lugar, cada bermejino, tenía alguna dulce prenda en aquella piara, tenía el fu-

turo regalo suyo y de toda su familia entre aquellos sabrosos mamíferos, que habian de convertirse en jamon, tocino, morcillas, longaniza, lomo en adobo, manteca y otros artículos, custodiados en la despensa y preparados para todo evento digno de celebrarse y para cualquier dia en que acude un huésped á la casa ó repican recio é importa echar el bodegon por la ventana.

Bastaba el zagalon para ser capitán de aquella tropa, cuya disciplina era admirable. Ningun cerdo se descarriaba jamás. No bien llegaban todos á las primeras casas, tocaba el pito el zagalon, y la piara se dispersaba en seguida, trotando y galopando cada uno de los que la componia y cruzando calles y callejuelas hasta meterse en la casa de su amo, saltar por el zaguan y la cocina baja, sin cuidarse de no echar á rodar cualquier trasto que encontrase por medio, y parar sólo en el corral, donde nunca faltaba su pocilga ó lagareta.

Pasado un poco el éxtasis de D. Juan, no puede ménos de decirle:

—Confieso con franqueza que cada dia me maravillo más del sincero entusiasmo que tiene usted por Villabermeja. Se comprende que por ser el pueblo de V. le guste más que ningun otro, que viva V. en él contentísimo, que prefiera esta rustiquez á todos los esplendores y á todas las

elegancias de Madrid ó de París. Lo que no se comprende es la ceguedad con que un hombre que no es como muchos bermejinos, que jamás salieron de aquí, sino que ha visto las más bellas comarcas del globo, se empeñe en sostener que este paisaje és superior en hermosura á todo lo que ha visto.

—¿Qué quiere V., amigo mio?—contestó don Juan Fresco.—Yo no digo que esto sea mejor que todo, sino que tal me lo parece. Mis viajes y mis estudios, y el haber visto la bahia de Rio-Janeiro y las costas fertilísimas que la circundan, y sus lagos interiores, y las cien islas de la bahía enorme llenas de perenne verdura, y sus sierras gigantescas, y sus florestas seculares, y sus bosques fragantes de naranjos y limoneros, y el haber vivido en las orillas feraces del Ganges y del Brahmaputra, con sus pagodas, palacios y jardines, y el haber visitado las márgenes del golfo de Nápoles, tan risueño y lleno de recuerdos clásicos, no destruyen en mí la arraigada condicion del bermejino, quien jamás cree ni confiesa que haya nada más bello, ni más fértil, ni más rico que su lugar y los alrededores de su lugar. ¿Qué me importa á mí que el horizonte sea aquí mezquino? Mejor: más allá de ese horizonte pongo con la imaginacion lo que se me antoja. Si quiero ver en realidad, no ya lo gran-

de, sino lo infinito, ¿no me basta con alzar los ojos al cielo? ¿Desde qué punto penetra más la vista en las profundidades de sus abismos, que desde aquí, donde el aire es diáfano y puro, y rara vez las nubes se interponen entre mis ojos y las más remotas estrellas? Además, aunque sea pequeña la extensión de tierra que abarco con los ojos, ¿no la agranda el conocerla toda punto por punto y el poblarla de memorias y de casos, mil veces más interesantes para mí que los de Rama, Crishna y Buda en la India, y los de Enéas, Ulices y las Sirenas en Nápoles? ¿Qué encanto no tiene el poder exclamar, como exclamo: Cuantos olivos se divisan por toda aquella ladera los he plantado yo mismo; todo aquel viñedo es también creación mía; aquella casería colorada es la de mi amigo Serafinito y sé cuántas tinajas de vino da cada año; más allá, blanquean las tierras de la capellanía de V., que son algo calizas; aquel huerto le tuvo arrendado mi madre, y allí pasé algunos de los mejores años de mi niñez? ¿Ve V. aquel cañaveral que está en medio del huerto, á orillas del arroyo?—Y don Juan Fresco señalaba con el dedo.

—Sí le veo—contestaba yo.

—Pues allí tuve yo la primera revelación de la belleza artística, la inspiración primera, mi mayor triunfo y la satisfacción del amor propio

más pura, más completa y más sin pecado que he tenido en la vida.

—¿Cómo fué eso?—preguntó Serafinito.

—El cañaveral—respondió D. Juan—está ahora como á principios del siglo presente, cuando tenía yo diez años ó ménos. Yo era entónces tan ignorante, que más no podia ser: no sabia leer ni escribir, ni tenía idea cierta de nada. Me figuraba el cielo como una media naranja de cristal, donde estaban clavadas las estrellas á manera de clavos, y por donde resbalaban la luna, el sol y algunos luceros, movidos por ángeles ú otras inteligencias misteriosas. En el seno de la tierra suponía yo un espacio infinito, unas cavernas sin término, un abismo sin limites, lleno de diablos y condenados; y más allá de la bóveda celeste, otro infinito de luz y de gloria, poblado de santos, vírgenes y ángeles, y donde habia perpétua música, con la que se deleitaban el Padre Eterno y toda su cóрте. Segun la creencia general de los de mi pueblo, estaba yo persuadido de que precisamente encima de Villabermeja, que es donde más se eleva la bóveda azul, estaba el trono de la Santísima Trinidad. La música celestial era allí mejor que en ningun otro confin de los cielos; y yo me recogía en el silencio de las siestas, y me retiraba al cañaveral, y cerraba los ojos, y reconcentraba todos mis sentidos y po-

tencias á ver si lograba oír algo de aquella música, que no imaginaba muy distante. A tal extremo llegó mi entusiasmo, que pensé oírla algunas veces. Yo era aficionadísimo á la música, y si mi manía de ver mundo y mi vida agitada de marino y de comerciante lo hubieran consentido, quizás hubiera sido un excelente artista. Lo cierto es que un día corté una caña del cañaveral, hice varios canutos, y á fuerza de pruebas y tentativas, ya horadando con mi navajilla los canutos de un modo, ya de otro, acerté á dar su justo valor á cada nota, y logré formar una acordada y sonora flauta, con la que tocaba cuantas canciones habia oído, y muchas sonatas que se me figuraba que no habia oído jamás en el mundo, porque las inventaba yo mismo ó eran como reminiscencias vagas de la música del cielo que habia logrado oír en mis arrobos. Mi invencion de la flauta y mi habilidad para tocarla fueron muy celebradas en todo el lugar, y me valieron un millon de besos de mi pobre madre. Consideren ustedes ahora si, teniendo estos y otros recuerdos aquí, no me han de parecer Villabermeja y sus alrededores más hermosos que todas las zonas habitables del globo terráqueo.

Nada tenía que replicar á esto Serafinito, más convencido que el propio D. Juan de todas las excelencias de Villabermeja. Sólo yo replicaba,

pero D. Juan Fresco me sellaba los labios con nuevos argumentos, en los que aparecía un carácter poético, que jamás había yo sospechado en aquel hombre.

En vista de esto, di otro giro á la conversacion, diciendo á D. Juan:

—No quiero disputar más con V., y doy por valederas y firmes las razones que alega, á pesar de ser tan sofisticas. De lo que me permitirá usted que hable es de la extrañeza que me causa ver á V. lleno de un sentimentalismo tan subido de punto y de tantas ilusiones poéticas, impropias de un positivista.

—Paso por lo del sentimentalismo—replicó D. Juan.—Jamás he presumido de tener el alma de alcornoque, si bien no me jacto tampoco de tierno de corazón. En lo que no convengo es en lo de las ilusiones. En mi vida tuve ilusiones, ni quise tenerlas, ni me he lamentado de esta falta, ni he llorado el haberlas perdido. Nada me repugna tanto como las ilusiones.

—¿Cómo que no tiene V. ilusiones? ¿Pues acaso no se apoya un poco en ilusiones su amor de V. á este lugar?

—No se apoya este amor en ilusiones, sino en realidades. Discutir sobre esto sería, con todo, volver al tema de la primera disputa, y no quiero volver. Quiero, sí, demostrar á V. que

no tengo ilusiones y que importa no tenerlas: que no hay mal mayor que tener ilusiones.

—Pues qué—dijo entónces Serafino—¿será un absurdo lo que dice el poeta:

Las ilusiones perdidas
son las hojas desprendidas
del árbol del corazon?

—El dicho del poeta no es absurdo—contestó D. Juan Fresco—si se entiende de cierta manera; pero convengamos en que todo el género humano nos está aburriendo en el dia con tanto lamentar la pérdida de sus ilusiones, las cuales bien pueden ser las hojas del árbol del corazon, mas no son ni el fruto sazonado ni las flores fragantes y salutíferas.

—¿Qué entiende V. por ilusiones?—dije yo.

—Un concepto sugerido por la imaginacion, sin realidad alguna—contestó D. Juan.--Ilusion equivale á error ó mentira. Perder las ilusiones es lo mismo que salir del error y alcanzar la verdad. Y la adquisicion de la verdad, que es el mayor bien que apetece el entendimiento, no debe deplorarse.

—Me parece que V. se contradice. ¿No no decia V., poco há, como sintiendo haber perdido aquella ignorancia, que su ignorancia de niño le hacia ver entónces el cielo y la tierra de ciert

modo poético? Claro está que, con el saber de usted en el día, no verá ni la tierra ni el cielo del mismo modo.

—Sin duda que del mismo modo no los veo. Pero ¿de dónde infiere V. que los veo ahora de un modo ménos poético que entónces? ¿En qué se opone á la poesia, no ya mi poco de ciencia, sino toda la ciencia que atesoran y resumen cuantas academias y universidades hay en el mundo? Para saber yo que una ilusion es ilusion, y perderla ó desecharla, importa que la ciencia me demuestre su vanidad y su falsedad, y áun no me ha demostrado la ciencia la vanidad ni la falsedad de ninguna ilusion cuya pérdida merezca ser llorada. Otro poeta ha dicho: *El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida*; pero yo sostengo lo contrario: el árbol de la vida es el árbol de la verdadera ciencia.

—No comprendo bien sus pensamientos de V.

—Veamos si los comprende V. ahora. Dígame usted: el concepto de lo conocido por la experiencia en el día, ¿no es mayor, más bello y más sublime que el concepto de lo conocido y sabido por experiencia en cualquier época de la historia, anterior á esta en que vivimos?

—Eso no se puede negar procediendo de buena fé. Usted habla sólo de lo conocido por experiencia. Lo malo está en que, al conocer por

experiencia, se pierde la facultad de imaginar y de creer, y de esto nos lamentamos.

—Veo, pues, que V. conviene, como no puede ménos de convenir, en que lo conocido ahora por experiencia vale más que lo ántes conocido. Debemos presumir, por lo tanto, que mientras más se conozca, más bello, más sublime, más noble será el concepto de las cosas todas, en cuanto conocidas.

—¿Pero lo imaginado en ellas no desaparece?
—repliqué yo.

—¿Por dónde ni cómo ha de desaparecer? Aunque yo vea ahora el cielo como un espacio inmenso y los astros separados unos de otros por distancias enormes, más allá de donde llegan los ojos y el telescopio, ¿no me queda campo en qué imaginar lo que guste y creer en lo que quiera?

—Al ménos me concederá V. que tendrá que poner muy léjos, muy léjos, cuanto imagina ó cree.

—Pues se equivoca V. tambien en eso, porque no se lo concedo. ¿Qué es lo que yo veo y noto, qué es lo que yo averiguo por experiencia, sino algo de extrínseco y somero? De accidentes sé algo; pero la misteriosa esencia de los séres, ¿quién la ve y quién la conoce? ¿Son tan torpes y necias las ondinas y las sílfides, que se dejen aprisionar por el químico para que, al descompo-

ner el agua y el aire, haga su análisis en retortas y alambiques? ¿Qué microscopio, por perfecto que sea, podrá descubrir el espíritu de vida que fecunda los estambres de las flores y pone en ellos el pólen amoroso? El duende, el genio, el demonio que me inspira, que directamente se entiende conmigo, que toca sin intermedio en mi alma y se comunica con ella, ¿á qué ley de física ó de matemáticas obedece? ¿Dónde está la demostración que me pruebe su no existencia? ¿Quién midió jamás y señaló los linderos de la percepción humana, hasta el punto de afirmar: nadie ve ó advierte más allá? No sólo con el sentido interior, sino con los exteriores, ¿ha demostrado álguien que no haya personas que vean y sientan y se comuniquen y traten con otras inteligencias ocultas? ¿Pues qué, no es inexplicable en el fondo el que V. y yo nos entendamos hablando, revisamos nuestro pensamiento de una forma sensible y nos le trasmitamos, no en realidad, sino en un signo material y convencional que le representa, y que se llama palabra, y que es un mero són que agita el aire, y por medio de sus vibraciones llega á nuestros oídos? ¿Quién sabe cómo se entenderán y con quién se entenderán otras personas? Se habla de continuo de lo sobrenatural y de lo natural, como si se conociera perfectamente la distinción, y se marcára el término ó

la raya que separa lo uno de lo otro, como si hubiésemos explorado en lo extenso y en lo intenso á la naturaleza. No, amigo mio: la frontera entre lo natural y lo sobrenatural ó no existe ó está borrada. Donde ponemos mugas y señales y hacemos apeo y demarcacion es sólo entre lo sabido y lo ignorado, lo cual es muy diferente. Nada más infundado, por lo tanto, que llamar edades de fé á las antiguas edades y edad de la razon á la nuestra, contraponiendo la razon á la fé, como si el imperio de la fé, que es infinito, se menoscabase en lo más mínimo con las conquistas y anexiones que la razon va haciendo en su pequeño imperio. Ciertas ilusiones, que no lo son, no se pierden, pues, con la ciencia. Al contrario, la grande y efectiva ilusion está en creer que la ciencia mata lo que vemos con la fantasía ó con la fé, calificándolo de ilusiones. Esta es una ilusion de la vanidad científica. Tal vez sea la más perjudicial de todas las ilusiones, aunque no es la más bellaca.

—¿Cómo es eso?—dijo Serafinito.—¿Conque tener ilusiones es una bellaquería?

—Casi siempre—replicó D. Juan.

—Usted habla así—dije yo—porque llama ilusiones á las malas, y no á las buenas.

—Ya he dicho que no me ha probado nadie todavía que esas que llama V. ilusiones buenas,

nacidas de la fé, de un alto sentimiento religioso ó de una bien ordenada y discreta fantasía poética, sean tales ilusiones en lo esencial. Quedan, pues, ilusiones malas, ó dígase verdaderas ilusiones. Contra éstas combato, y afirmo que no las he tenido nunca, y que si las hubiese tenido alguna vez, no me quejaria de perderlas.

—Ponga V.—dijo Serafinito—algunos ejemplos de esas ilusiones.

—Nada más fácil—contestó D. Juan.—Hay una señorita en Madrid, elegante, algo coqueta, no muy rica, y que ha llegado á cumplir veinte y cinco años sin casarse. Las ilusiones de esta señorita consistian en coger un marido rico, titulado si fuese posible, sufrido de condicion, poco gastador, á fin de que ella lo pudiese gastar todo ó casi todo, etc., etc. Como estas ilusiones no se han realizado, la señorita exclama á cada momento que ya no hay amor en el mundo; que pasaron los tiempos de Isabel y Marsilla y de Julieta y Romeo; que vivimos en un siglo de prosa y que ha perdido las ilusiones. Hay una dama casada con un funcionario público, cariñoso, afable, buen papá, marido tierno y enamorado; pero da la maldita casualidad de que uno de sus compañeros, quizás con ménos sueldo y quizás con más intermedios de cesantía, se arregla de suerte que tiene para butacas en los teatros, y para más mo-

ños y trajes, y tal vez hasta para palco en la Opera ó para ir á Biarritz á veranear, mientras que él trabaja que trabaja siempre, y sin salir de apuros y ahogos. La dama, que en vista del ejemplo, se habia forjado sus ilusiones, conoce al cabo que es imposible hacer carrera con su marido, y las pierde. Desde entónces se lamenta á cada instante de que no ha realizado su ideal, de que los maridos son mónstruos ó zotes, de que la poesía del hogar doméstico no es dable en esta edad infecta en que vivimos, y de que ya no volverán á la vida Baucis y Filemon. Entra á servir en cualquiera casa una cocinera. El ama toma la cuenta todos los dias, y procura, informándose de los precios, que la cocinera sise lo ménos posible. La cocinera pierde entónces sus ilusiones; dice que la hidalguía, el desprendimiento, la magnanimidad de los señores bien nacidos pasaron para siempre, y que ahora vivimos en un siglo metalizado, ruin, plebeyo y cicatero. Va á Madrid un jóven bien plantado, chistoso, ameno, que se viste con el mejor sastre y se pasea en la Castellana. No se enamoran de él las duquesas, ni las marquesas, las ricas herederas le dan calabazas, y sólo se le muestra propicia, si acaso, la hija del ama de la casa de huéspedes donde vive. Este jóven pierde tambien sus ilusiones, y decide que las mujeres del dia no tienen más que vanidad y soberbia y

carecen de corazon. Pierden, por último, las ilusiones, el coplero insufrible que presume de poeta y no haya quien lea sus versos; el periodista ambicioso que no llega á ministro; el autor dramático que es silbado; el médico que no tiene enfermos; el abogado que no tiene pleitos; el hipócrita á quien no creen sus embustes, y hasta el que juega á la lotería y no saca el premio gordo. Para todos éstos la corrupcion de nuestro siglo es espantosa, la falta de ideal evidentísima, la carencia de religion horrible, y un destino ciego y perseguidor de la virtud gobierna y dispone los acontecimientos humanos.

—Infiérese de cuanto V. alega, que sólo los tunantes, torpes ó desdichados, tienen ilusiones y las pierden.

—Son los que más ilusiones tienen y las pierden—prosiguió D. Juan contestando á mi interrupcion.—No niego, sin embargo, que hay multitud de personas honradas que se forjan ilusiones y que se lamentan luégo de haberlas perdido; pero, si no implica falta de honradez el tener cierta clase de ilusiones y el lamentar su pérdida, implica al ménos falta de juicio y poca entereza de carácter.

—Aclare V. eso tambien con ejemplos—dijo Serafinito.

—Voy á aclararlo. Hay una señora pobre y

muy virtuosa y honesta, que sabe resistir á toda seducción, y que sufre con su marido molestias y privaciones sin cuento; pero pasan los años, no la saludan con más respeto á causa de su honestidad, porque la fama no ha de ir publicándola á són de clarín, y nadie le da joyas, ni palco, ni coche, porque eclipse á Lucrecia; de manera que sigue tan desvalida y poco considerada como ántes. Aquí encaja entónces el que la buena señora empiece á rabiarse, á lamentarse de que ha perdido las ilusiones, y á decir que la sociedad es un lupanar inmundo, donde sólo las malas mujeres consiguen ir en landó y vestir sedas y encajes, y adornarse con diamantes y perlas. Las ilusiones de esta señora habian consistido en creer que la virtud podría y debería traer satisfacciones de amor propio y ventajas y regalos materiales, como si la virtud, con tan vil precio, fuese verdadera virtud, y proporcionando su ejercicio lo que la señora queria, no viniese á ser prenda de los más bribones. Este segundo modo de ilusionarse es una terrible enfermedad que se apodera á veces de generosos y nobles espíritus, aunque falsos y extraviados. Consiste en rebajar las más nobles prendas y excelencias de nuestro sér buscándolos una finalidad vulgar, queriendo convertir en útil lo bello ó lo sublime. La virtud, el genio, la ciencia, la poesía, podrán ser útiles en

ocasiones al individuo que las posee; pero no es su fin principal la utilidad. Es más: el que se propone sacarla de su virtud, de su ciencia ó de su poesía, deja al punto de ser sabio, virtuoso ó poeta. Para fines bajos importa emplear bajos medios: los medios elevados conducen sólo á fines que lo son también.

—Pero ¿y el trabajo, la constancia, el valor y la economía, no son virtudes, y no son nobilísimas virtudes, y no son ellas las que procuran el bienestar material?

—Sin duda que á veces le procuran para el individuo, y siempre para la sociedad entera; pero yo hablo de otras virtudes más altas, más espirituales, y por lo mismo más fáciles de imaginar que las tiene uno sin tenerlas. De modo que en este orden de ilusiones hay dos grados: primero, el de atribuirse las tales virtudes; y segundo, el de empeñarse en que han de tener un valor en el comercio y se han de cotizar en la Bolsa.

—Segun V., por consiguiente—interrumpió Serafinito—es verdadero el refran que dice: *Honra y provecho no caben en un saco.*

—Lo que yo afirmo nada tiene que ver con el refran. El refran es falso. En mil honrados oficios puede cualquier hombre honrado sacar provechos y no pocos. Harto me aproveché yo de la fortuna, y disto mucho de creerme sin honra. Lo

que yo afirmo es que hay prendas de entendimiento y de carácter, y obras humanas de tal excelcitud, que no miran al provecho, ni pueden ni deben pagarse: y condeno las ilusiones de los que poseen ó creen poseer esas prendas y obrar esas obras, y piden la paga y se desesperan porque no la reciben. Coincide con esto, en la mente de los así ilusionados, un concepto pueril del orden del mundo y de la Providencia divina, la cual ha de estar siempre premiando al bueno y castigando al malo, y disponiendo las cosas de suerte que lo pasemos muy bien. Los que así discurren están de continuo pleiteando con Dios y pidiéndole cuenta de todo. ¿Para qué me criaste? ¿Por qué he de morirme? ¿Por qué me he de poner viejo? Esta muela, ¿por qué me duele? Este mosquito, ¿por qué pica y arma una música tan molesta? ¿Por qué las perdices no se vuelven todo pechuga? ¿Por qué ha de tener el jamon ménos magras que tocino y hueso?

—Vamos—dije yo sonriéndome—lo que deduzco de todo es que á mi amigo D. Juan le ha pasado algo desagradable con álguien que tenia ilusiones ó que se lamentaba de haberlas perdido, y por eso declama tanto contra el tener y perder ilusiones.

Don Juan Fresco puso una cara tan grave al oír mis palabras, que me pareció otro; puso una cara

hasta melancólica, y exclamó dando un suspiro:

—Es verdad: algo desagradable, y más que desagradable, me ha pasado. ¡Malditas sean las ilusiones! ¡Infeliz doctor Faustino!

No bien pronunció este nombre, Serafinito, que ya estaba muy cabizbajo y triste, se echó á llorar como un niño de siete años.

Aumentada con esto mi curiosidad, pregunté á D. Juan quién era el doctor Faustino, que tan dolorosos recuerdos suscitaba.

Don Juan entónces prometió contarme la historia del mencionado doctor, y cumplió su promesa, no estando presente Serafinito para que no llorase.

La narracion de D. Juan Fresco, arreglada luego á mi modo, es la que voy á referir; pero entiéndase que no pretendo probar, al referirla, ninguna tésis contraria á las ilusiones.

Don Juan Fresco sigue su opinion y yo la mia, que aquí no es del caso.

Yo, terminada esta introduccion, me retiro de la escena donde me he entrometido como personaje secundario, y me limito á mero narrador de los sucesos.

I.

La Ilustre casa de los Lopez de Mendoza.

Villabermeja, como ya queda indicado, ha sido por más de dos siglos lugar fronterizo de tierra de moros.

Aun está en pié el castillo ó fortaleza que tenía allí el duque, señor del lugar. Los negros y espesos muros de toscas piedras, las almenas encumbradas, los torreones cilíndricos, todo subsiste aún. Un arco, en cuyo seno hay un pasadizo, pone en comunicacion el castillo con la iglesia. Esta es, con todo, mucho más moderna que el castillo, y bastante posterior á la época guerrera de los bermejinos. Cuando andaban batallando sin reposo contra los moros de Granada, se encomendarian á Dios en el castillo mismo ó en medio de los campos. Despues de la conquista de Granada fué, sin duda, cuando se pensó en la iglesia, y vinieron á edificarla los hijos del glorioso padre Santo Domingo.

La casta belicosa de los bermejinos fué desde

entonces doblando poco á poco el cuello al yugo de la teocracia frailuna, y de aquí proviene, en mi sentir, el chiste de hacerlos descender del padre Bermejo.

Durante los siglos de la monarquía absoluta, aquel lugar de hidalgos peleadores se amansó, se emplebeyeció y se democratizó. El duque se fué á la corte, y nadie volvió á verle por el lugar. Ni amado ni odiado, nadie volvió á pensar en él. El administrador del duque era quien arrendaba ó daba á censo las tierras.

A principios de este siglo, salvo el ausente é invisible duque, apenas habia en Villabermeja, ni siquiera en espíritu, tres ó cuatro familias hidalgas. Todo lo restante era plebe, olvidada ya de la gloria de sus ascendientes heróicos. Desde principios de este siglo hasta hace unos treinta años, época en que empieza nuestra historia, esas mismas familias hidalgas, ó se habian confundido con la plebe, agobiadas por la pobreza, ó habian emigrado, Dios sabe dónde, en busca de mejor fortuna. Sólo quedaban los Lopez de Mendoza, alcaides perpétuos de la fortaleza, desde los tiempos de Alamar el Nazarita y del santo Rey D. Fernando.

La hermosa casa solariega de estos Lopez de Mendoza bermejinos se apoya en los propios muros del castillo. La sencilla y elegante facha-

da, obra del siglo XVI, es de piedra de sillaría, y tanto la puerta como el balcon del medio del piso principal están adornados con airosas columnas de mármol blanco. Coronando el referido balcon, resplandece el limpio y complicado escudo de armas de la ilustre familia, primorosamente esculpido, sobre mármol blanco tambien.

Aunque no tanto como la familia misma, la casa ha decaido y da muestras claras y tristes de la estrechez de los dueños. En muchos balcones faltan cristales; las antiguas puertas, prolijamente labradas y cubiertas de graciosos clavos de bronce, están descuidadísimas; y el amarillo jaramago publica la afrenta de aquella fábrica arquitectónica, brotando por entre las grietas que se han abierto al separarse varios sillares. Las grietas son tan anchas y profundas en algunos sitios, que ofrecen sobrada capacidad para que en su seno se aniden las lagartijas, las salamanquesas asquerosas y los feos y medrosos murciélagos, y para que nazcan, se arraiguen y crezcan allí no pocas higueras bravías y hierbas y maleza. Esta vegetacion parásita se desenvuelve mucho en primavera y da á la fachada el aspecto de un jardin vertical. El alero del tejado es tan ancho, que deja un espacio grande entre su extremidad y el muro, donde las golondrinas fabrican con predileccion sus rústicos nidos.

Sobre el piso principal de la casa hay otro piso de graneros y zaquizamíes; pero como, de mucho tiempo há, apénas hay granos que llevar á aquellos graneros, sólo los habitan algunos buhos y lechuzas melancólicos, y algunos ratones parcos y ascetas.

Todas las casas del lugar, áun las más pobres, se enjalbiegan tres ó cuatro veces al año, y están más blancas que el ampo de la nieve. La casa de los Mendozas ofrece, pues, una gran contraposición, comparada con ellas, y tiene un aspecto sombrío, con sus piedras, si algo doradas por el sol, más ennegrecidas aún por las lluvias, el descuido de los amos, el trascurso del tiempo y la inclemencia de las alternadas estaciones.

La casa de los Mendozas está además en el sitio más esquivo y apartado, á la espalda del castillo, en un callejon sin salida, miéntras que las blancas y alegres casas de los plebeyos más acomodados están en calles abiertas ó en la plaza, donde hay fuente con cuatro caños y algunos álamos, y por donde discurren hombres, mujeres y chicos, y se nota movimiento de carros, carretas y caballerías.

No hace muchos años, áun no se habia construido, á tiro de escopeta del lugar, el nuevo cementerio, y los muertos se enterraban todos al lado de la iglesia, en un corralon, frente á la casa

de los Mendozas. Sólo se enterraban en la iglesia misma los frailes y los mencionados Mendozas, quienes tenían allí bóveda subterránea y una magnífica capilla con retablo lujosísimo de madera dorada, del tiempo y gusto de Churriguera, lleno de profusas é intrincadas labores de talla. En el camarín de esta capilla hay un Jesus Nazareno, con su cruz á cuestas, vestido con túnica de terciopelo, bordada de oro, de quien el mayorazgo de los Mendozas es hermano mayor. Después del santo de plata, patrono del pueblo, esta imágen de Jesus es la más querida y la que pasa en el lugar por más milagrosa. El artificio con que la imágen está fabricada no denuncia el mayor ingenio por parte del autor en punto á mecánica, pero ha sido de mucho efecto, y lo es todavía, al ménos para las mujeres. Nuestro Padre Jesus, merced á una cuerda de que tira el sacristán, separa el brazo derecho de la cruz que tiene asida, y desde el balcon de las Casas Consistoriales, que da sobre la plaza, echa la bendición á la muchedumbre de los fieles, una ó dos veces cada año, cuando le sacan en procesion.

Pero volviendo á la casa solariega de los Mendozas, fácil es de comprender lo fúnebre que será con esta vecindad del antiguo cementerio y de la iglesia, bastante ruinosa ya, y depósito asimismo de osamentas.

La familia de los Mendozas habia ido decayendo y no era más alegre que su habitacion.

El sino y el estado de esta familia, y sus relaciones con el resto de los bermejinos, tenían algo de extraño. Se diria que, desde que vinieron los frailes dominicos al lugar, y el lugar se fué enfrailando, ésta fué la única familia que luchó contra ellos y quiso conservar la secularizacion, por decirlo así. En lucha tan descomunal habia acabado por sucumbir, y eso que habia contado, hasta lo último, con varones de notoria aptitud y denuedo.

Nadie en el lugar queria mal á los Mendozas, porque no habia memoria de que hubiesen hecho daño á la gente menuda. Nadie tampoco les tenia envidia, porque estaban pobres y empeñados. No obstante, contábanse cosas que podian ofender á la familia.

De un antiguo Mendoza, del tiempo de los moros, se referian ciertos amoríos escandalosos con una cautiva, mora y hechicera. De otro Mendoza, no ménos ilustre, que estuvo en las Indias, se afirmaba que se habia casado con una judía ó con una coya ó princesa peruana, que sobre esto no se estaba muy de acuerdo, aunque si bien se nota, no implica contradiccion, pues, para nuestros lugareños, judío ó moro es equivalente á todo lo que no es cristiano, y así de un niño que

no ha recibido el bautismo se dice que está judío ó que está moro aún.

Lo evidente para los bermejinos era que la cautiva mora primero, y la coya ó judía más tarde, infundieron en la sangre de los Mendozas cierta levadura de impiedad. En cambio, la judía ó coya trajo en dote á su marido una gran cantidad de dinero, con la cual se edificó la casa solariega de que hemos hablado, y se compraron no pocas fincas, perdidas ó empeñadas despues.

Como complemento ó añadidura se aseguraba que la judía ó la coya trajo de allende los mares, de aquellos bárbaros palacios en que moraba, multitud de perlas y diamantes, los cuales estaban escondidos y emparedados en un rincon de la casa que nadie llegó jamás á saber. En várias ocasiones, sin embargo, habiéndose enriquecido de repente algun vecino del lugar, sin saber á qué atribuir su riqueza, habíase supuesto que dicho vecino habia encontrado parte del tesoro, burlando la vigilancia del espíritu de la princesa india, que le custodiaba, ó venciéndole ó dominándole por artes diabólicas.

Murmurábase tambien de la aparicion casi diaria, en los desvanes de la casa, de un célebre comendador Mendoza, el cual habia estado en Francia durante la gran revolucion, y por su impiedad, por varios lances trágicos y misteriosos, y

por la manera conque vivió los últimos años de su vida mortal, andaba penando con el manto blanco de su encomienda y la roja cruz de Santiago en el pecho, aunque sin brazos la cruz, porque, no estando en gracia, no podía llevar cruz perfecta en la otra vida, no faltando quien afirmase que no era cruz sin brazos lo que en el manto llevaba, sino la figura de un sapo sangriento.

Suponian los liberales del lugar que todas éstas eran hablillas que habian difundido los frailes para desacreditar á los Mendozas, los cuales eran de su partido nada ménos que desde los tiempos del emperador Cárlos V, en que uno de ellos peleó entre los comuneros. Don Francisco Lopez de Mendoza, muerto en 1830, habia sido, en efecto, liberalísimo, siguiendo, segun en el lugar se afirmaba, el ejemplo de sus antepasados. Desde el año de 1823 hasta que murió fué muy vejado y perseguido.

En cambio, algunas personas de las más licurgas del lugar, y serviles, como, por ejemplo, el Escribano, aseguraban que los Lopez de Mendoza eran una casta de gente díscola, contraria al espíritu del tiempo en que vivieron, durante más de tres siglos, y que sólo por sus hazañas en las guerras y por su posición habian sido tolerados. Casi todos ellos habian ido á servir al rey, habian

corrido el mundo buscando aventuras y garbeando por estilo heróico cuanto se presentaba, y habian vuelto al cabo al lugar, á la casa de sus mayores, con aumento de su fortuna y con mujer legítima forastera. Aunque contrarios en el fondo del alma al pensamiento político de los españoles de entónces, le habian servido con brillantez por su amor á la vida inquieta; pero en la administracion tranquila de sus bienes jamás se habian empleado con acierto, de suerte que, decaida España de su antigua pujanza, sin Flándes, Indias é Italia, donde ir á rehacer ó á mejorar patrimonios, el de los Mendozas habia caido por tierra del modo más lamentable.

Ya el D. Francisco de que hemos hablado contrajo infinitas deudas, empeñó muchas fincas, y vendió algunas de las vinculadas, cuando quedaron libres, de 1820 á 1823.

Su heredero, el actual mayorazgo, llevaba trazas de consumir cuanto del caudal quedaba exento ya de toda amortizacion y vínculo.

Aunque vagamente, bien entendian y daban á entender los críticos que el espíritu liberal de los Mendozas era el espíritu anárquico de la Edad Media, que coincidia algo con el de los tiempos modernos; que su despreocupacion ó poca piedad tal vez no habia sido tan grande en épocas anteriores, y que por lo ménos habia aumentado mu-

cho desde que el comendador Mendoza estuvo en Francia en tiempo de la gran revolucion; y que lo que más caracteriza los tiempos modernos, es el órden en el manejo de los negocios, el afan legítimo y atinado de aumentar en paz los bienes de fortuna, lo que llaman algunos el industrialismo, era del todo contrario á aquella familia.

Los ricos nuevos del lugar se burlaban de esto sin compasion, pero el vulgo amaba á los Mendozas. El fondo democrático y algo socialista de la educacion frailuna del vulgo no se volvia ya contra ellos, porque no tenian más que deudas, ni contra el señor del lugar, cuyos administradores habian sido siempre generosos con el pueblo y con ellos mismos á costa del magnánimo duque, el cual andaba en Madrid hecho un Mendoza de la córte, esto es, con más trampas que pelos en la cabeza. El furor de la porcion ménos sana de los bermejinos era contra los ricos de reciente fecha; contra los que se habian enriquecido dando dinero á premio ó con el tráfico de vinos, aceites y granos. Muchos de estos ricos nuevos habian hecho su fortuna aumentando el bienestar general, acrecentando el acerbo comun del haber de la nacion, creando riqueza; pero los resabios inveterados de los bermejinos más aviesos, mezclados con la envidia, si bien no de concierto todavia con predicaciones venidas más tar-

de de fuera de España, no les dejaban ver en los bienes adquiridos por otros un aumento del bien colectivo, sino una dislocacion ó una absorcion de bienes que á todos pertenecian, verificada con infernal astucia. El antiguo refran que reza: *Los ricos en el cielo son borricos, los pobres en el cielo son señores*, se oia con frecuencia en los labios de los bermejinos, como pronosticando, en són de amenaza, que la habilidad pecaminosa de los ricos no prevaleceria en el cielo, donde al fin sería castigada, si ántes algun hombre de corazon no adelantaba el castigo, echándose á la vida airada, con armas y caballo.

Entiéndase bien que hablo de la gente peor bermejina. La mayoría es sufridísima y razonable, y lleva sin envidia y con paciencia el encumbramiento de los ricos nuevos, por más que no haya habido toda la limpieza que fuera de desear en el modo de enriquecerse de no pocos.

Habia, sin embargo, una razon para que hasta los ricos nuevos mirasen con afecto á los Mendoza. Merced á la actividad fecunda que la moderna civilizacion imprime en todo, á pesar de nuestras inacabables discordias civiles, cierta cultura de costumbres se habia difundido por todo el lugar; y no pocas familias de arrieros ó de gañanes, que habian hecho dinero y fundado casa principal, empezaban á tener humos aristocráti-

cos, recordando con orgullo que descendían de valerosos adalides, y yendo á ver con satisfaccion en los libros de la parroquia que llegaba su ascendencia por línea recta de varon en varon, y por legítimo matrimonio, hasta uno de los compañeros ó hermanos de armas que vino con el primer Lopez de Mendoza á custodiar aquella fortaleza y á molestar á los moros, entrando en algarada por sus tierras y talando sus panes. De aquí nacia un espíritu de igualdad y de dignidad en perfecto acuerdo con el cariño respetuoso á la casa de los Mendoza, gloria comun de todos y monumento del antiguo caudillo.

Doña Ana, viuda de D. Francisco, aunque forastera y anciana ya de sesenta años, vivía en el lugar rodeada de finas atenciones. En medio de sus apuros sostenía esta dama respetable el lustre señorial de la casa. El caballo que montaba su marido permaneció regaladísimo en la caballeriza hasta que murió de viejo. Varios retratos al óleo de los Lopez de Mendoza que más brillaron, unos con relucientes armaduras, otros con cuera de ante, bizarros todos, y con plumas, y alguno que otro con bengala, como insignia de mando militar, lucían en la *cuadra* ó salon cuadrado, autorizándole como era justo. Los antiguos criados no se despidieron. Y, por último, la jauría de perros de caza se conservó, hasta que pachones,

podencos y galgos, fueron todos sucumbiendo al peso de la edad, siendo ejemplo muchos de longevidad perruna.

En esto de los perros, y sobre todo en los podencos, era donde más habia resplandecido el afecto de los bermejinos á los Lopez de Mendoza. Los podencos son golosos y ladrones siempre, y más aún cuando están á media racion ó á menos de media racion. Los podencos de Lopez de Mendoza se hicieron, por consiguiente, famosos en todo el lugar, por sus latrocinios é inesperados asaltos. No habia morecilla ni longaniza segura, ni pedazo de jamon ó de carne con que se pudiera contar, ni lonja de tocino á buen recaudo. Las travesuras de los podencos, no obstante, más eran solemnizadas con risa que refrenadas con dureza. Sirva de prueba lo que ocurrió una vez con la madre del tendero, señora de cerca de setenta años, la cual yacia postrada en cama con un pertinaz dolor de estómago, donde le habian puesto como reparo, lo que es muy frecuente en Andalucía entre los remedios caseros, media docena de bizcochos con canela y empapados en vino generoso. La fragancia atrajo á los podencos en ocasion que la tendera se hallaba sola en su alcoba. En balde ella, defendiéndose con las manos,

Clamores horrendos simul ad sidera tollii:

la descubrieron, á pesar de sus gritos; y sin que

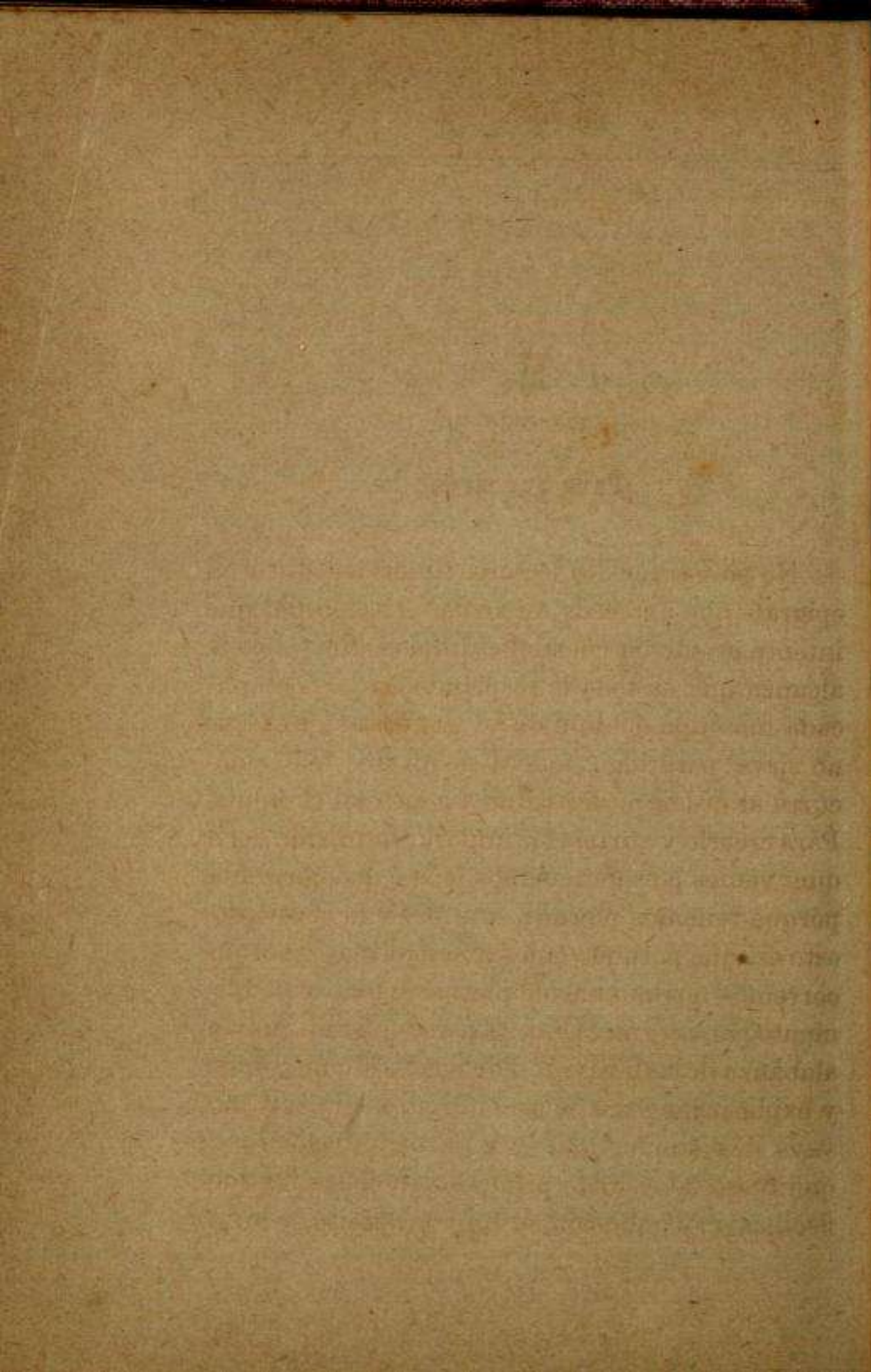
el pudor le pusiese el menor reparo, se comieron el otro, dulce y aromático, que en tan oculto sitio habia. La gente de casa acudió tarde para evitar que este reparo pasase al cuerpo de los podencos, mas no acudió tarde para contemplar á la excelente matrona en una inusitada y vergonzosa desnudez.

No puede negarse, á pesar de estas y otras muestras de simpatía, que la tal simpatía es entibiaba con harta frecuencia por un defecto involuntario, casi fatal de la señora doña Ana, cuya cortesía no tenia limites, pero cuyo entono, circunspeccion y retraimiento ponian á raya toda familiaridad y toda confianza. La señora doña Ana, encastillada en el fondo de su caseron, apenas salia á la calle, recibia de tarde en tarde visitas con todo cumplimiento y ceremonia, y las pagaba con exquisita urbanidad. No habia medio de quejarse de que fuese grosera, ni algo tiesa de cogote, pero no intimaba con nadie, y era arisca y poco comunicativa.

Las otras señoras del lugar se despicaban propalando que doña Ana era bruja, aunque no con brujeria plebeya de untarse y volar al aquelarre, sino con brujeria aristocrática, ricibiendo en su estrado á diablos y almas en pena de distincion y alto coturno, y entre ellos á varios individuos de la familia, como la mora cautiva, la coya y el

comendador, con los cuales tenia sus tertulias.

Del mayorazgo Mendoza, del hijo de doña Ana, que vivia tambien en la casa solariega, y que era sujeto ménos tratable aún y más retirado de la convivencia de sus compatricios, á pesar de sus veintisiete abriles, se decian cosas mucho más raras; pero tanto lo que de él se decia, como lo que era en realidad, merece capítulo aparte por su mucha importancia.



II.

¿Para qué sirve?

No se asusten los lectores timoratos al leer el epígrafe que antecede, ni se den á sospechar que intento promover cuestiones impías. Harto se me alcanza que en toda la resplandeciente y complicada máquina del mundo no hay cosa alguna que no sirva para algo: todo tiene un fin: todo concurre al orden perfectísimo y á la total armonía. Para creerlo y afirmarlo, importa lo mismo decir que vemos porque tenemos ojos ó que corremos porque tenemos piernas, que decir lo contrario: esto es, que porque vemos tenemos ojos y porque corremos nos han nacido piernas y todo lo conveniente para correr. Casi, casi redundante en mayor alabanza de las leyes providenciales el contemplar y explicar las cosas de este último modo. Y si no, vaya de ejemplo: ¿Quién sería mejor relojero, el que fuese fabricando prolijamente todas las ruedecillas, cada una con su fin y propósito, y luego

las ajustase y ordenase entre sí, y luégo diese cuerda al reloj, y luégo el reloj marcase y sonase las horas, ó el que pusiese en un poco de metal un movimiento y una idea y un propósito de dar las horas, que agitasen todas las partecillas de que el metal se compone, y las forzasen á no parar en sus giros, vibraciones, brincos y sacudimientos, ya agrupándose de un modo, ya de otro, hasta que juntas se concertasen en marcar el tiempo y en señalar las horas con un punterito y en hacerlas sonar en el momento debido, hasta con música ó por ménos con cuco?

El prurito eficaz, triunfador é infalible, puesto en los átomos, de organizarse de suerte que se formen seres que corran y que vean, ó es aserto misterioso y confuso como el dogma más ininteligible de la más metafísica de las religiones, ó presupone en la idea primera, cuyo desenvolvimiento produce el universo, una voluntad y una inteligencia soberanas, no ménos grandes que las del sér personal que nos hiciese ojos para ver y piernas para correr. Répito, pues, que casi afirma más esta inteligencia y esta voluntad increadas, no el pensar que se nos dieron ojos para que viésemos y piernas para que corriésemos y alas á los pájaros para que volasen, sino el pensar que, desde el origen hay en la materia un afan de volar que produjo al cabo las alas, y un afan

de correr que produjo las piernas, y un afán de ver que produjo los ojos.

Por lo dicho, se me antoja con frecuencia que la tal doctrina de los materialistas novísimos pudiera purificarse de toda mancha de impiedad, y hasta convertirse en piadosísima doctrina, muy consoladora además y muy rica en pronósticos de progresos, mejoras y adelantamientos indefinidos. La antigua duda del padre Fuente la Peña, sobre *si los mônstruos lo son ellos ó lo somos nosotros*, se resolvería en favor de los mônstruos, que tal vez aparecerían como síntomas del prurito ó conato de crear nuevas especies; y, siempre que fuera este conato legítimo, y no capricho pecaminoso, caso en el cual el ser mônstruo sería un castigo, ¿quién nos había de privar de la razonable esperanza de echar alas y volar, si nos empeñábamos, ó de tener cola ó trompa ó un ojo más, como Fourier pretendía?

Ni se argumente en contra sosteniendo que la vida, el instinto, el brío de los átomos, de las impalpables é invisibles esferillas que llenan el aparente vacío con las ondas del éter, es un instinto ciego, coeterno con la sustancia. ¿Cómo dimana del instinto ciego la inteligencia que despues explica sus leyes indefectibles? Estas leyes, además, ó están en cada átomo, que las conoce y las impone, ó están fuera ó por cima de los

átomos, ó están á la vez en los átomos y fuera de ellos; por donde vendriamos á parar, despues de calentarnos la cabeza más de lo justo, en aquello que nos enseñaba en la escuela el catecismo del padre Ripalda; en que Dios está en todo lugar, animándolo y ordenándolo todo.

Por dicha el *¿para qué sirve?* de nuestro epigrafe, no requiere que ahondemos tanto. Este *¿para qué sirve?* era la pregunta que doña Ana se hacia á menudo con referencia á su único hijo el mayorazgo Mendoza. Y era tambien la pregunta que se hacia á sí mismo dicho mayorazgo, diciendo: *¿Para qué sirvo?* y no sabiendo que contestar.

Nadie imagine, sin embargo, que era cojo, sordo, ciego, tullido ó tonto el mayorazgo Mendoza. Tenia sus sentidos y potencias más que cabales; era robusto, estaba sano y bueno, y como ya se ha dicho, ó si no se ha dicho, se dice ahora, acababa de cumplir veintisiete abriles; pero nada de esto impedía que la señora doña Ana y el mismo mayorazgo se preguntasen con ansiedad si él servia para algo, y no atinasen con la contestacion.

Menester será, para que el lector comprenda bien estas cosas, que le ponga yo en algunos antecedentes.

Doña Ana era una dama, hija de un hidalgo de Ronda, de los más ilustres de aquella enriscada

ciudad. Baste decir que doña Ana se apellidaba de Escalante. Entre sus gloriosos antepasados, contaba á uno de los fundadores de la Maestranza; y los timbres de la Maestranza y sus grandes servicios en la guerra de sucesion, en el sitio de Gibraltar, en la guerra del Rosellon y en la de la Independencia, fueron desde entónces los timbres y servicios de la familia de doña Ana.

Aunque nacida y criada en lugar tan alpestre y retirado como es Ronda, doña Ana fué educada hasta con refinamiento; y no sólo por el gusto castizo y exclusivamente español, sino de un modo que pudiéramos llamar cosmopolita. Un discreto sacerdote francés, de los muchos que durante la revolucion emigraron, vino á parar á Ronda, y fué el maestro de doña Ana, enseñándole su idioma y bastante de historia, geografía y literatura, y haciendo de ella un prodigio de erudicion para lo que entónces solian saber en España las mujeres.

Todo el saber de doña Ana no le valió, sin embargo, para negocio alguno; y al fin, cuando ya tenía veintinueve años cumplidos, recelando quedarse para tia ó para vestir santos, y estimulada por su padre y hermanos, que ansiaban colocarla, ó dígase deshacerse de ella, se resignó á casarse con el Sr. D. Francisco Lopez de Mendoza, no ménos ilustre que los Escalantes, mayorazgo, al-

caide perpétuo de la fortaleza y castillo de Villabermeja, Comendador de Santiago y Maestrante tambien de Ronda, como el padre y los hermanos de ella lo eran. Quieren decir ciertos autores que ya los Mendozas y los Escalantes tenían algun parentesco, y que esto contribuyó á facilitar el matrimonio; pero como no importa la tal circunstancia á la esencia de nuestra historia, la paso por alto, sin entrar en detenidas investigaciones.

Doña Ana tomó su partido con valor. Aunque habia visto á Sevilla y habia pasado largas temporadas en Málaga y en Cádiz, se enterró en vida en Villabermeja, sin quejarse lo más mínimo, sin dejar sentir á nadie, ni una vez siquiera, el sacrificio que hacía. Don Francisco, aunque muy caballero, era rudo, ignorante y violentísimo. Doña Ana supo amansarle, pulirle y civilizarle un poco á fuerza de paciencia y dulzura. El amor de doña Ana á D. Francisco, dicho sea entre nosotros, si por amor hemos de entender algo de poético, no existió jamás; pero doña Ana tenía muy elevada idea de sus deberes, y se miraba en su honra con verdadero orgullo patricio. Fué, por consiguiente, una esposa modelo. Achican un tanto el encomio que por esto merece, dos notables consideraciones. La primera es que el orgullo de doña Ana, aunque rebozado en cortesía, no le dejaba estimar

ni siquiera como á prójimos, al resto de los bermejinos. Es la segunda la ferocidad y vigilancia de D. Francisco, el cual anduvo siempre ojo avizor y con la barba sobre el hombro, como quien no quiere la cosa, y si hubiera cogido en un renuncio á doña Ana, ni el Tetrarca ni Otelo se le hubieran adelantado en vengar el agravio.

Lo que en manera alguna se achica por nada, en lo que no cabe escatimar el elogio, es, ya que no en el amor, en el afecto que engendra el trato, en la confianza que de la convivencia nace, y en la delicada amistad y constante devocion con que asistió siempre doña Ana al lado de su marido, cuidándole cuando estaba enfermo, consolándole cuando triste, templando su furia cuando irritado, y compartiendo sus alegrías y haciéndolas mayores con su regocijada conversacion cuando él estaba alegre. Doña Ana perdía la gravedad y el entono en el seno de la familia y solía ser muy amena.

El fastidio, terrible y peligrosa enfermedad en las mujeres, no se apoderó nunca del alma de doña Ana, pues sabía emplear su tiempo del modo más variado. A pesar de que había leído á Racine, á Corneille y á Boileau, le encantaban los poetas españoles más conceptuosos, sobre todo Góngora y Calderon, y hasta Montoro y Gerardo Lobo. La *Historia de España*, de Mariana, las

obras del venerable Palafox y el *Teatro critico* y las *Cartas eruditas* de Feijóo, eran sus libros predilectos en prosa.

Siempre estaba ocupada en algo. Cuando no leía, cosía ó bordaba; y cuando no, cuidaba de la casa, donde el orden y la limpieza luchaban con lo triste y aislado del sitio y con lo vetusto de los muebles.

Desde la muerte de D. Francisco tuvo doña Ana ocupacion más importante; la educacion completa de su único hijo.

Miéntras D. Francisco vivió la tal educacion se habia ido haciendo con tres impulsos diversos. Don Francisco enseñó al niño á montar á caballo, á tirar con la escopeta, y otras habilidades pertenecientes á la *gimnástica*. Cuando D. Francisco murió, tenia su hijo doce años; pero en dichas cosas estaba bastante adelantado.

El aperador de la casa era un antiguo criado, á quien, por la majestad con que trataba de que todo lo perteneciente á sus amos se respetase, habian puesto el apodo de Respeta; pero el hijo de Respeta, á quien sólo por ser su hijo llamaban Respetilla, era de lo ménos respetador y de lo ménos amigo de infundir respeto por las cosas de sus amos que puede imaginarse. Este Respetilla, que tendria seis ú ocho años más que el mayorazgo Mendoza, fué su confidente, escudero,

lacayo, ayo y preceptor, todo en una pieza. Con él aprendió el mayorazgo á jugar á las chapas, al cané y al hoyuelo, á tocar la guitarra y cantar la soledad, el fandango y otras canciones, y á referir una multitud de cuentecillos verdes. Por último, doña Ana enseñaba al mayorazgo historia, y el mayorazgo se aficionó más que á ninguna otra á la de Grecia y Roma, soñando, siempre que no jugaba al cané ó á las chapas, con ser un Scipion, un Milciades, un Cayo Graco ó un Epaminondas, segun él conocia á estos héroes por el libro de Mr. Rollin traducido al castellano.

Muerto D. Francisco, doña Ana tomó la férula educadora y no quiso compartir con Respetilla la educacion de su hijo. Era ya tarde, sin embargo, para apartar á Respetilla y para desarraigar del corazon y de la mente del ilustre mayorazgo todos los vicios y resabios de un señorito andaluz de lugar. Doña Ana hubo de contentarse con tratar de ingertar, digámoslo así, en el señorito andaluz y lugareño el saber y los sentimientos propios de un hombre culto y de un perfecto caballero.

Como D. Francisco habia sido *negro*, esto es, muy liberal, á pesar de preciarse de tan linajudo, y habia estado mal con Narizotas, como él llamaba á Fernando VII, siempre se habia enfurecido ante el proyecto de que el niño fuese á ser-

vir al rey, entrando de cadete en un colegio. Doña Ana siguió con facilidad, en este punto, el humor de su dulce esposo, porque idolatraba á su hijo, no queria separarse de él, suponía aún que, teniendo que gozar de su mayorazgo, no tendría que servir á nadie, y además pensaba en que ni Milciades, ni Epaminondas, ni Cayo Graco, ni ninguno de los Scipiones, fueron cadetes nunca, ni subieron paso á paso, ridícula y prosáicamente, hasta llegar á generales, sino que fueron oradores, hombres políticos, guerreros y magnates á la vez, y ya empuñaban la espada, ya tomaban la pluma, ya se revestian de la toga, ya se armaban con la loriga y con el casco. Así queria doña Ana que fuese su hijo, y aunque no tenia más que uno, entendia que valia por dos, y se juzgaba otra Cornelia.

Doña Ana comprendió, á pesar de todo, la utilidad de que el niño siguiese una carrera; y despues de meditarlo bien, eligió la de abogado, no para que ganase la vida haciendo pedimentos, sino para que aprendiese las leyes, y supiese reformarlas y darlas á su patria, cuando llegase la ocasion.

El mayorazgo estudió, pues, latin con el dómine del lugar, y llegó á traducir casi de corrido algunas vidas de Cornelio Nepote. Fué luégo al Seminario conciliar de la capital de su provincia,

donde aprendió filosofía con el Padre Guevara, y sacó siempre nota de sobresaliente. Y, por último, cursó el derecho en la Universidad de Granada, donde, por arder entónces la guerra civil entre carlistas y cristinos, no habia severidad en cuanto á la asistencia.

Nuestro mayorazgo se pasaba, pues, en Villabermeja la mayor parte del tiempo que duraba el curso. Luégo iba á examinarse; y, merced á la longanimidad de los examinadores, siempre obtenia buena nota.

En las excursiones á Granada acompañaba al mayorazgo el fiel servidor Respetilla. Allí se portaban ambos con cierto rumbo y elegancia. Hubo temporadas en que hasta la jaca castaña, en que cabalgaba y viajaba desde el lugar el señorito, se quedó en Granada para que el señorito la montase y luciese. Bien es verdad que entónces todo estaba aún barato en Granada, mereciendo esta ciudad llamarse *la tierra del ochavico*. Con veinte reales diarios se hacia todo el gasto de vivienda, comida, camas y servicio de amo, criado y jaca.

Aun así era un lujo estupendo. Lo más que solia gastar entónces en el pupilaje un estudiante en Granada era la suma de siete reales diarios. Seis era el precio corriente de las mejores casas, donde las patronas más aseadas y bonitas daban

almuerzo, comida y cena, cama, luz, agua y otra multitud de regalos.

En fin, el ilustre Mendoza terminó en Granada su carrera, y se graduó de licenciado y de doctor *in utroque*. Doña Ana le bordó una primorosa muceta y le hizo una borla riquísima para el bonete.

El miniaturista más hábil que habia entónces en Granada pintó por seis duros, sobre cándido marfil, el retrato del mayorazgo Mendoza, con su muceta, su toga y su bonete emborlado; y el mayorazgo Mendoza, cuando volvió á los brazos de su madre, hecho un doctor, le trajo dicho retrato de presente, puesto en un marco de ébano con adornitos de bronce.

Ya desde aquella época, como el mayorazgo Mendoza se llamaba D. Faustino y era doctor, empezaron á llamarle el doctor Faustino, título y nombre con que se hizo famoso en lo futuro y con que en adelante le designaremos.

El doctor Faustino se doctoró en el año de 1840. Volvió á su casa lleno de ilusiones y deseo de ir á Madrid á realizarlas. Por desgracia su ciencia era vaga y sus ilusiones eran tan vagas como su ciencia.

El Doctor sabia de todo y de nada sabia. De todo sabia más que de leyes, que era, al parecer, lo que habia estudiado.

El título que le habian dado en la Uníversidad

era un título huero. ¿Para qué sirve el título? se preguntaban el Doctor y su madre.

El Sr. D. Faustino Lopez de Mendoza y Escalante, Alcaide perpétuo de la fortaleza y castillo de Villabermeja, Caballero del hábito de Santiago, Maestrante de Ronda, descendiente de una multitud de héroes, ¿estaria bien que fuese á Madrid á ponerse de pasante con un abogado? Doña Ana y el Doctor reconocian que la profesion de abogado era honrosísima; sabian que Ciceron y Caton habian sido abogados en Roma, y nada razonable tenian que objetar contra la abogacia; pero una estética irresistible, un sentimiento superior á todo racionio les hablaba poderosamente al alma, clamando: «D. Faustino no puede ser abogado»; D. Faustino, además, si bien se creía capaz de inventar las mejores leyes, fundándolas en la filosofia, no se sentia con fuerzas para aprender las leyes inventadas por otros, al ménos en sus pormenores y menudencias. Esto, parodiando la sentencia de Triboniano ó de no sé qué otro jurisconsulto, anterior á las Pandectas, sostenia D. Faustino que era carga más apropósito para muchos camellos que para un hombre solo, y más siendo este hombre Alcaide perpétuo y Maestrante.

¿Iré á Madrid á pretender un empleo? se preguntaba D. Faustino. A esto no se oponia sólo lo

ilustre de su nacimiento, el hábito de Santiago y la maestranza, sino el mismo título de doctor, que D. Faustino y su madre tomaban por lo serio. ¡Qué vergüenza, qué degradacion pretender ó tomar un empleo de ocho ó diez mil reales, que era lo más que podian darle, é ir á confundirse y aún á quedar por bajo de tantos y tantos pelafustanes plebeyos, que sin ser doctores, ni maestrantes, ni alcaldes perpétuos de ninguna fortaleza, disfrutaban de mucho más sueldo y de mayor categoría en las oficinas del Estado!

¿Aspiraria D. Faustino á entrar en la carrera judicial? Pero ¿qué puesto obtendria, contando con favor y humillándose á pretender del Ministro? Una promotoría fiscal. A lo sumo, un juzgado. Esto era inaceptable. D. Faustino se resignaria á ser oidor, pero no podia ser ménos. Para vivir en un lugar, bien estaba en el suyo, donde vivia en su casa solariega, y cerca del castillo de que era alcaide perpétuo, donde su nombre se respetaba, donde se acataban sus blasones, y donde, si los destinos del mundo no hubieran cambiado tanto, podria ejercer mero y mixto imperio, y ser, por delegacion del duque, cuando no por derecho propio, señor de horca y cuchillo, pendon y caldera.

¿Se dedicaria D. Faustino á la literatura? Mucha aficion tenia á esto; pero ¿cómo ganar dine-

ro con la literatura en España? Don Faustino, además, seguía sobre el particular la opinion de Alfieri, literato casi tan noble como él. El poeta que reviste la belleza ideal de una forma sensible, y el sabio que enseña la verdad severa á los hombres, no deben pensar en remuneracion alguna; no deben tener Mecénas ni entre los próceres ni en el vulgo. Si buscan Mecénas, se exponen á caer en el servilismo, profanan el sacerdocio de las musas, degradan un magisterio sublime y convierten la mision de hierofantes en el bajo oficio de aduladores de los príncipes ó de las muchedumbres. Habia que pensar tambien si, áun allanándose á lisonjear el gusto de muchedumbres ó de príncipes, toparia el doctor Faustino con algunas ó con algunos que quisieran leer y pagar lo que él escribiese. Esta duda la resolvía el Doctor prometiéndose escribir para un público eterno, sin atender á la corriente de la opinion, al gusto dominante en un momento dado, á la moda ó al capricho. Pero como el público eterno no paga, el Doctor decia con Alfieri, que valia más ejercer un oficio mecánico para ganar el pan, y escribir para alcanzar laureles inmortales, que no fundar en los escritos la menor esperanza de mejorar la situacion económica.

Várias veces pensó el doctor Faustino en meterse á periodista, tomándolo por aprendizaje y

propedéutica de hombre de Estado y de literato á la vez; pero ¿cómo sujetarse á los antojos de un director, tal vez rudo, ignorante y necio? ¿Cómo un alcaide perpétuo caballero del hábito de Santiago, con tantos ascendientes venerandos, con un árbol genealógico tan hermoso, y con mil otros títulos y distinciones, habia de dejarse asalariar por cualquier zascandil que tuviese dinero para fundar un periódico y se dignase darle veinte ó treinta duros al mes para que escribiera lo que al periódico conviniera, ya que no le obligase á pasar algun tiempo de novicio (el Doctor se estremecía y orripilaba sólo de pensarlo), traduciendo el folletin, tomando de acá y de acullá noticias para compaginar el correo extranjero, ó recortando, armado de unas viles tijeras, sueltos y gacetillas de otros periódicos, y pegando con obleas en cuartillas lo recortado, á costa de la propia saliva, para mayor ignominia? El doctor Faustino no era posible que fuese periodista tampoco.

En suma, la madre y el hijo se pasaron muchos meses cavilando, discuriendo y discutiendo qué podria ser, á qué podria dedicarse, para qué podria servir el doctor Faustino, y no hallaban la solucion de tan árduo problema. Ambos entendian, no obstante, que el Doctor servia y valia para todo, dándole dinero con que llegar. Esta

especie de viático para el primer encumbramiento, esta peana indispensable para alzarse entre las turbas y hacer que resplandeciese el verdadero mérito, era lo difícil de hallar, así para el Doctor como para su madre.

No había medio, ó al menos era muy aventurado, que el doctor Faustino se lanzase á Madrid, á la buena de Dios, sin ánimo de buscar en la redaccion de un periódico, en una oficina ó en el estudio de un abogado alguna ayuda de costas mientras llegaba á personaje.

El caudal de los Mendozas, hacía tiempo había menguado mucho. Don Francisco, con su des-gobierno, le había disminuido más y le había empeñado.

Aunque D. Francisco había amado y respetado siempre á doña Ana, sus pasiones de hidalgo, y su vanidad quizás, le habían arrastrado primero á tener relaciones con cierta ninfa á quien llamaban la Joya, y más tarde con otra ninfa á quien llamaban la Guitarrita. Ni la Guitarrita ni la Joya gastaron nunca brazaletes y collares de diamantes y de perlas, ni se vistieron con Worth, ni con la Honorina, ni con M. Augusto, ni anduvieron en coche; pero en cambio tuvieron ambas una dilatada parentela de madres, tios, hermanos y primos, que ya sacaban aceite, ya vino, ya morcillas, ya lomo, ya trigo de la casa del

ilustre mantenedor. La Joya, además, lo mismo que la Guitarrita, se vestían bastante bien, para lo que en el lugar se usaba, y todo esto consumía la hacienda de D. Francisco.

Por último, habían costado caras y contribuido al atraso de la casa las mismas bazarías de don Faustino, siendo estudiante en Granada, donde había tenido luneta en el teatro, y había jugado al monte y había perdido, y donde se había vestido en casa de Caracuel, haciéndose, no ya sólo fraques y levitas, sino vestidos de majo, y dos uniformes, uno de maestrante y otro de oficial de lanceros de la Milicia Nacional. Este último uniforme, sobre todo, había costado un ojo de la cara, por lo complicado y pintoresco. No le faltaban perfiles ni requilorios.

Cuando la expedición de Gomez, se había movilizado en Granada la Milicia, y á D. Faustino le había hecho el capitán general su ayudante de campo, de suerte que el uniforme hasta portapliegos tenía, el cual iba pendiente de unas correas muy lustrosas. El charol del portapliegos era exquisito y se veía uno la cara en su bruñida superficie. La multitud de cordones y bordados de oro no era de ménos precio y elegancia, y el chascá polaco, con un plumero blanquísimo, y el sable truculento y la lanza con banderola, habían importado asimismo buenos dineros.

Don Faustino no estaba muy seguro de que ni este uniforme, ni el de maestrante de Ronda, ni los dos vestidos de majo que tenia, con chupa llena de caireles y marsellé remendado de mil colores, y botines de becerro, bordados por los más primorosos y prolijos presidiarios de Málaga, y zahones, y calzones de punto ajustados con dobles botones de muletilla, de la más rica filigrana de oro que en Córdoba se fabrica, fuesen vestimentas y galas de grande uso y provechoso efecto en las calles y reuniones de Madrid; pero de lo que sí estaba seguro es de que en estas cosas y con otras se habia gastado la moneda, y ya habia leído él en las obras de un profundo economista, y si no lo hubiera leído, lo hubiera adivinado, porque era hombre de muy agudo entendimiento, que *la moneda es indispensable al hombre desde el momento en que el hombre vive en sociedad.*

Esta necesidad de la moneda se aumentaba tratándose de ir á vivir á Madrid, donde todo cuesta un sentido, en comparacion de lo que valen las cosas en los lugares, y donde D. Faustino Lopez de Mendoza tendria que hacer su epifanía, como importaba al lustre de su apellido y á dos ó tres marquesas y condesas, amigas y parientas de su madre, que habian de recibirle como sobrino y presentarle en todos los salones aristocráticos.

Hubo ocasiones en que madre é hijo pensaron en que D. Faustino fuese á Madrid de incógnito, tomando un pseudónimo, hasta que hubiese más dinero, ó bien se viniese á descubrir quién él era por su mismo esplendor y por las bellas acciones ó escritos que hiciese ó compusiese; pero este arbitrio se abandonó por impracticable.

Ir á Madrid, sin ir de incógnito, era una temeridad, no yendo á pretender. El vino, principal riqueza de la casa de los Mendozas, estaba á peseta la arroba. ¿Qué ménos podia gastar en Madrid D. Faustino, asistiendo en la sociedad *com'm'il faut*, y viviendo con extraordinaria economía, que ochenta duros al mes? Pues bien; ochenta duros al mes suponen cuatrocientas pesetas, ó sea cuatro tinajas de vino, que importan al año cuarenta y ocho tinajas: cerca de cinco mil arrobas: la mar de vino, la cosecha entera de los mejores años, no habiendo *oidium* ni honguillo. Y si el señorito se lo gastaba todo en Madrid, ¿con qué se pagaban las contribuciones? ¿Con qué se hacian las labores? ¿Con qué se satisfacian los intereses del dinero tomado á rédito (al veinte por ciento) sobre buenas hipotecas? *Hic opus, hic labor est*, segun el profano.

A pesar de todo, el doctor Faustino no se resignaba á no ir á Madrid, donde, echando pecho al agua y arrostrando y venciendo mil dificulta-

des, se lisonjeaba de conquistar, ni él mismo sabía por qué caminos, gloria, posición y fortuna. La idea de que muchos hombres, con ménos medios que él, se habian encumbrado, le estimulaba perpétuamente. No habia género de ambicion que el Doctor no tuviese. Andaba como toro picado del tábano.

En punto á oratoria esperaba ser un Demóstenes, no á la pata la llana y sencillote como fué el de Aténas, sino con todos los floreos que privan en nuestra edad, más retórica. En efecto, nadie habia salido tan apto como él para imitar el estilo de su célebre maestro de práctica forense, que era el más poético orador de Granada. Mentira parece que acertase á adornar con tanta pompa y galanura la explicacion de los procedimientos civiles y criminales. Sirva de muestra cuando decia: «Señores, el juicio civil ordinario es un cristalino arroyuelo que nace en la amena gruta del derecho de cualquiera persona, y se desliza con suavidad por apacible llanura, esmaltándola de flores y causando blando murmullo al quebrarse entre menudas guijas, hasta que llega á su término dichoso, fecundando con su riego el árbol de la justicia absoluta. Por el contrario, el juicio ejecutivo es un torrente impetuoso, que, despeñándose de la escarpada cumbre, donde mora la inflexible obligacion, todo lo arrastra en su

rápido curso, hasta que baja á perderse en el hondo foso que circunda, ampara y hace inexpugnable el alcázar de la propiedad sagrada.» Cuando este señor hablaba en estrados era más elocuente todavía. Las exigencias del estilo didáctico no ataban entónces sus ímpetus ni abatían su vuelo, y se remontaba á las nubes, combinando diestramente lo metafórico con lo patético. En cierta ocasion, en que su cliente era un barbero, que ántes habia sido rico, atinó á expresarse así hablando de él: «Este desventurado, que, en el naufragio de su fortuna, tuvo que asirse á la dura tabla de su navaja;» con lo cual arrancó aplausos y hasta lágrimas. El doctor Faustino, aunque de suyo no era muy propenso á tantos tropos y lindezas, se sentia capaz de eclipsar á su maestro, si en ello se empeñaba.

De poesía áun se le alcanzaba más al doctor Faustino. Era aquélla la época del romanticismo, y el Doctor se habia hecho romántico de los más furiosos. Casi todos sus versos eran desesperados y subjetivos: esto es, el Doctor hablaba siempre de sí. No habia compuesto aún ningun poema, ni ningun drama; pero podia reunir ya un par de tomos abultados de Fantasías, Meditaciones, Plegarias, Orientales y Fragmentos. Afirmaba que no hacia caso de la forma, y que, como verdadero poeta, sólo atendia al pensamiento y á la pa-

sion; pero es lo cierto que hacía mil combinaciones raras y nuevas de rimas y de metros, y que, á veces en una misma composicion ponía versos de una sílaba, y de dos y de tres y hasta de veinte, y luégo descendía hasta versos otra vez de una sílaba, lo cual les daba extraña lindeza *esquemática*, pues la composicion venía á figurar un lenguado. El doctor Faustino, no obstante, tenía un espíritu crítico y descreído, que áun contra él mismo se volvía. Cierto que se juzgaba capaz de ser un sobrehumano poeta; un *genio*, y está dicho todo; pero los versos, ya escritos y realizados, se sometían á su propia crítica, con más facilidad que las tenebrosas profundidades de su alma; y, en honor de la verdad y del pobre Doctor, hemos de declarar aquí que dudaba mucho de que los versos fuesen buenos. A pesar de su romanticismo, había una sentencia de un clasicastro aborrecible, de Moratin hijo, que le estaba siempre zumbando en las orejas y acobardándole. La sentencia era: «¡Ay, amigo Pipí! ¡Cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!» El doctor Faustino, por consiguiente, aunque parezca el caso inverosímil, no contaba para nada con su versos, y los guardaba en cartera hasta que los hallase buenos con toda evidencia, ó hasta que tales los compusiese.

Sólo un verso, que él repetía á menudo entre

dientes, tenía mérito singular, fuera de toda duda, porque reflejaba el estado de su cerebro.

¡Siento sobre mi frente arder el caos!

decía el verso espantable.

Habia un caos de ideas y de pensamientos en aquella frente.

En ocasiones pensaba el Doctor que todo lo ignoraba; que no había estudiado; que había perdido su tiempo, y que era un mueble que no servía para nada, ni especulativo ni práctico. Pero con mayor frecuencia entendía al revés, que no había cosa que él no supiese ó que no adivinase, y esto, en vez de alegrar su corazón, le afligía más aún.

—¿Con que no hay nada que yo no sepa? ¿Con que nada nuevo pueden enseñarme los libros? ¿Con que todo lo que leo, ó es un hecho insignificante, que lo mismo da saber que ignorar, ó es eco ó fórmula ó mera enunciación de lo que estaba ya en mi conciencia? Cada escritor pondrá en el orden que guste ó arreglará según el método que quiera sus doctrinas; pero yo me las sabía ya antes de leerlas en sus libros. De lo que no sé y de lo que anhelo saber es de lo que nada hallo en los autores.

Siempre que los pensamientos y cavilaciones del Doctor tomaban este rumbo, siempre que se

juzgaba harto, saturado, repleto de ciencia humana, no estimándola en un pito, le entraban vehementísimos deseos de comunicar con otros séres superiores, á ver si sabian más que los humanos, y con su favor y auxilio acertaba él á penetrar en los misterios del mundo visible y del invisible.

El doctor Faustino se juzgaba tan principal y tan noble, que no se explicaba el desden de los espíritus, y se consideraba agraviado de que no comunicasen con él ni atendiesen y cediesen á sus conjuros.

No se crea por eso que el Doctor estuviese loco. Tenía momentos de exaltacion, pero no de locura.

Al descender de sus puras especulaciones y al tocar de nuevo la realidad, se olvidaba de la magia, porque no creía que hubiese ya un diablo tan estúpido que se dejase engañar como Mefistófeles se dejó engañar por Fausto, su semi-tocayo, proporcionándole grátis dinero, placeres, fama y buenos lances de amor y fortuna. Esto deseaba alcanzar, y para alcanzar todo esto no confiaba el Doctor, ni en el diablo, ni en la magia, ni en la ciencia, ni en la poesía, sino en un arte vulgar, que despreciaba, que miraba como indigno. No obstante, le daba rabia de dudar si le poseía ó no le poseía.

Para salir de esta duda, para hacer experiencia

de sí mismo, quería el Doctor ir á Madrid. Villabermeja se le caía encima con todo su peso.

Hablaba entonces el Doctor con su madre, y le comunicaba su propósito.

La prudente señora preguntaba siempre al Doctor:

—¿Qué plan llevas?

—Ninguno—contestaba el Doctor.

—¿Quieres quizá dedicarte á la abogacía?

—Nunca.

—¿Ganarás dinero y posicion como periodista ó como empleado?

—Tampoco.

—¿Ganan algo los poetas?

—Ignoro si soy poeta; pero no ignoro que los mejores poetas ganan poco ó nada.

—Para escribir, por otra parte—añadía doña Ana—alguna obra en prosa ó en verso, que haga tu nombre inmortal, lo mismo puedes escribirla aquí que en la córte.

—En eso no cabe duda—tenía que contestar el doctor Faustino.

—Pues entónces, quédate en Villabermeja. No abandones á tu anciana y cariñosa madre.

El Doctor se dejaba convencer á fuerza de ruegos y caricias. Reconocía que, de irse, se exponía á consumir en cinco ó seis meses todo su miserable caudal, quedándose luégo á pedir limosna.

Bajaba la cabeza y sonreía melancólicamente.

Cuando estaba solo decía entre sí:

—Vamos, ¿para qué sirvo? ¡Voto al diablo, que no sirvo para nada!

La madre también decía entre sí cuando se quedaba sola:

—Este hijo mío (no me engaña el amor de madre) es hermoso de alma y de cuerpo, elegante, gallardo; parece capaz de todo; pero ¡es tan raro! ¡es tan soñador! ¿Para qué sirve? Mucho me temo que para nada ha de servir, como no sea para ser su propio tormento.

III.

Plan de doña Ana.

Un año hacía que el Doctor se había graduado. Un año hacía que pensaba en ir á Madrid, y no iba por falta de dinero. Y un año hacía que, casi de diario, con variaciones y amplificaciones, pero con la misma sustancia, se repetían el diálogo y los monólogos que acabamos de apuntar en el capítulo anterior.

La muceta, el bonete, la borla y demás insignias y vestimentas doctorales; el vistoso uniforme de oficial de lanceros, y el no ménos vistoso de Maestrante, descansaban en un armario, muy en peligro de apolillarse. Con los fraques y las levitas de Caracuel, sucedía lo propio. Ni siquiera de majo se vestía el doctor Faustino. No veía á nadie; descuidaba mucho, no el asco, pero sí el exterior adorno de su persona, y andaba siempre con el traje ménos doctoral y ménos aristocrático que puede imaginarse: de chaqueton y de som-

brero hongo, y en el invierno, envuelto en su capa.

Era el Doctor tan llano, tan amable, tan caritativo con los pobres, que le adoraba la gente menuda; pero los ricachos del lugar le aborrecían y procuraban burlarse de él. No los visitaba, no acudía jamás al Casino, y no había una entre todas las señoritas elegantes de Villabermeja que pudiera jactarse de haber oído un solo requiebro de sus labios.

Las hijas del escribano eran las que más le odiaban, por que eran las que presumían de más bellas y distinguidas. Eran las que gastaban más *fantasia*, valiéndose de los términos mismos del lugar.

El escribano, llamado D. Juan Crisóstomo Gutiérrez, se había hecho muy rico con su profesión y dando dinero á premio. Rosita y Ramoncita, sus dos hijas, parecían dos princesas. Hacían venir vestidos de seda de Málaga y hasta de Madrid, y aparecían siempre en público con tanto entono y autoridad, que más tarde, cuando llegó á establecerse la Guardia civil, no hallando el pueblo nada más autorizado y venerable que un guardia de aquéllos, con su sombrero de tres picos de frente, dió á Rosita y Ramoncita el apodo colectivo de las Civiles, con el cual hasta ahora son designadas.

Las Civiles, pues, se desataban en sátiras contra el desdichado Doctor. Le llamaban el ilustre Proletario y D. Pereciendo; y en vista de lo poco ó nada que le valia el haber estudiado ambos derechos, le llamaban también el abogado Peperrí.

El Doctor no parecía jamás en el paseo público, que estaba en la plaza, sino que daba largos paseos á pié por los andurriales y vericuetos más solitarios, mostrando singular predilección por subir al cerro de la Atalaya, donde se conservaban aún los restos ruinosos de un torreón, desde el cual se oteaban los campos y se descubría mucho horizonte. Era aquel cerro tan estéril y pedregoso, que sólo producía algunas matas ruines de amarga retama, tomillo, gayomba y romero, lirios silvestres que brotaban en las hendiduras de los peñascos, otras flores moradas y de un solo pétalo, que llaman por allí candiles, y sobre todo, multitud de esparragueras. Las Civiles dieron, con este motivo, otro título al Doctor, llamándole el Conde de las Esparragueras de la Atalaya.

No faltaba quien informase al Doctor de todas estas burlas; pero el Doctor permanecía invulnerable, sin procurar ganarse la voluntad de las Civiles con una sonrisa; sin dignarse siquiera tomar represalias y decir alguna burla contra ellas.

El Doctor vivía absorbido en sus tristes meditaciones, que eran de dos géneros principales: las

meramente especulativas, y las que tenían un fin práctico.

En las meramente especulativas, prevalecía el pensamiento de que el Doctor lo sabía todo, ó sea de que la ciencia humana era vanidad, y de que, despues de leer millares de libros, no estaría más avanzado que se hallaba entónces. Soñaba, pues, el Doctor con entrar en relaciones con los espíritus. Si él llegaba á conseguir esto, lo mismo le daba vivir en Villabermeja, que en París ó en Londres; desistia del empeño de ir á Madrid.

Miéntras esto no se le lograba, y áun distaba mucho de logrársele, todos los apetitos, todos los estímulos, todos los deseos de un jóven de veinte y tantos años, hablaban poderosamente al corazon del Doctor, y le excitaban á ir á Madrid. Amor, ambicion, sed de placeres, ánsia de gloria y nombradía, duquesas bellísimas sonriéndole y amándole, salones espléndidos donde mostrarse, encantadores y misteriosos gabinetes donde penetrar para una cita por una puertecilla oculta debajo de un rico tapiz flamenco, aplausos de la multitud cuando él recitase sus versos, que ya serian excelentes, ó cuando pronunciase un discurso, mejor que los de su maestro de Procedimientos; admiracion de damas y galanes al verle muy gentil, haciendo trotar y hacer corvetas en el Prado á un caballo fogoso y magnífico: estos y

otros mil triunfos más se ofrecían con viveza á su imaginacion y le sacaban de quicio. La maldita carencia de dinero derribaba tales castillos en el aire. El Doctor se juzgaba más infeliz que el príncipe Segismundo. Era más humillante, y por lo tanto más cruel, que el verse encerrado como una fiera por un padre rey y tirano, el sentirse detenido y confinado en Villabermeja por la plebeya inopia. El Doctor, ya en la soledad de su estancia, ya en la cumbre de la Atalaya, entre las esparragueras, cuyo dominio le concedían las hijas del escribano, recitaba, glosaba y comentaba con amargura las décimas de

Apurar, cielos, pretendo,

—¡Qué lástima—pensaba doña Ana—que este hijo mio no logre vencer sus sueños de ambicion y no se resigne á vivir á mi lado! ¿Dónde hallará quien le quiera más que yo? ¿Dónde será más respetado y estimado que entre estos fieles y antiguos servidores de su casa, y aún entre todos los humildes y honrados jornaleros de Villabermeja? ¿Dónde le dirán con mayor efusion de cariñoso respeto, siempre que le vean pasar:—«Vaya su merced con Dios, nostramo.»—«Dios bendiga á su merced, señorito?»—Un dulce y afable «A la paz de Dios, caballeros», pronunciado aquí por mi hijo, le gana más voluntades que cuantas

tal vez pueden ganarle todos los discursos, todas las poesías y todas las prosas que acierte á componer en Madrid.

—Además, ¿qué le falta aquí á mi hijo?—seguía cavilando doña Ana.

Y en verdad, que en cierto modo le sobraba razon.

La casa solariega, si bien en lo exterior parecia ruिनosa y sombría, era por dentro espaciosa y cómoda.

Doña Ana moraba en las habitaciones altas. El Doctor, con toda independenciam, en el piso bajo.

Allí habiam una sala con sillones hermosos y antiguos, de nogal, cubiertos de cuero labrado ó guadamaciles, y exornados con tachuelas de bronce; cuatro enormes cornucopias doradas; varios retratos al óleo de Mendozas ilustres; un árbol genealógico, pintado tambien al óleo; un brasero de reluciente azófar en el centro, y una mesa con búcaros y vasos de China.

Más en lo interior habiam otra sala sin más muebles que un tablado para tirar al sable y al florete, y un trapecio para hacer ejercicios gimnásticos. En un rincon se veian sables de palo forrados de vendo, floretes, caretas de alambre, petos de estezado y guantes ó manoplas, y en otro rincon, unos zancos y dos balas de cañon, con asideros, para levantarlas á pulso.

La biblioteca y el gabinete de estudio del Doctor ocupaban otra tercera sala. Libros de distinta procedencia y carácter llenaban varios armarios de pino pintado. Los que trajo de Francia el endiablado Comendador Mendoza, que andaba peinando en el desvan, eran casi todos impíos: Voltaire, los enciclopedistas, etc. Los que sirvieron para la educación de doña Ana, ó adquirió ella del clérigo francés, eran como el contraveneno de los libros del Comendador Mendoza. Allí estaban las refutaciones de Bergier y de otros contra los impíos de su época, y las obras de Fenelon, Massillon y Bossuet. Ni faltaban *El hombre feliz*, el *Eusebio*, y *El Evangelio en triunfo*. Había en otro lado algunos libros de la carrera del Doctor, y grande abundancia de libros antiguas, castizos españoles, desde las Epístolas familiares del obispo de Mondoñedo, hasta los primeros poéticos del cura de Fruime. Y completaban la biblioteca todas las obras de Medicina, Química y otras ciencias naturales, que el doctor Faustino había comprado á la viuda de un médico muy estudioso, el cual había muerto del cólera en el lugar, el año de 1834.

En la alcoba donde dormía el Doctor había otro estante, que contenía á los poetas predilectos, desde Homero hasta Zorrilla, Espronceda y Arolas.

Pero aún había otro cuarto en que el Doctor permanecía más, sobre todo en invierno. Se llamaba este otro cuarto la cocina baja de los señores; no porque allí se guisase nada, sino por una gran cocina ó chimenea de campana, en cuyo fogon podía arder, y ardía con frecuencia, medio olivo, mucha pasta de orujo, y gavillas enteras de secos sarmientos.

La ancha losa, sobre la cual se quemaba tanto combustible, salía del muro más de una vara, y daba lugar, á un lado y otro, á dos rincones cómodos, donde había sillones de brazos, en uno de los cuales se pasaba el Doctor horas y horas escribiendo, leyendo ó meditando. En la pared había una alacena, cuya puerta caía como una mesa sobre dos gruesos palitroques, que también salían, ó más bien se apartaban de la pared, de modo que el Doctor se encontraba en el rincón de la chimenea como sentado en su bufete. No tenía más que sacar de la alacena y poner sobre la mesa los papeles, el tintero y los libros.

En el sillón de enfrente solía venir á sentarse doña Ana para conversar con su hijo. Y los viejos podencos, galgos y pachones acababan á veces de cerrar el círculo y completar la tertulia, sentados sobre los cuartos traseros en torno del hogar.

No carecía esta cocina de cierto encanto entre rústico y señoril. El escudo de los Mendozas es-

taba esculpido en piedra sobre la campana de la chimenea. En un lienzo de pared descansaban sobre repisas cinco jaulas con perdices cantoras. En otro lienzo se veían muy bien colocadas escopetas y otras armas, como pistolas y cuchillos de montería. En varias partes, por último, había cabezas de venados, zorros, lobos y garduñas, que por lo mismo que estaban mal disecadas, parecían y eran verdaderos trofeos de caza, y no vano ornato comprado en alguna tienda.

Poseyendo y disfrutando todo esto, ¿por qué se obstinaba el Doctor en ir á Madrid? ¿En qué pícara casa de huéspedes viviría con más decoro y anchura?

En cuanto al regalo del pico, poco ó nada tenía que envidiar tampoco, á pesar de su pobreza. Sin ir al mercado, había en casa de todo, merced á la crianza y labranza: buen vino añejo en la bodega, exquisitos jamones, morcillas, chorizos y salchichas, lomo en adobo, pajarillas y otros mil artículos de matanza, condimentado todo por doña Ana; un palomar de palomas de pueblo en la torre de la casa solariega, y otro palomar de zuritos en la casería; doce colmenas en la misma casería, que rendían tributo de miel olorosa; frutas á manta, y un corral lleno de conejos, gallinas, pavos y patos, que se alimentaban con las achaduras del trigo y otras semillas.

Todo esto, á pesar de las deudas y miserias de la casa, podia sostenerse aún, gracias al arreglo, órden, vigilancia y severa economía de doña Ana, que no habia cosa de que no cuidase.

Allí no habia mueble antiguo que se hubiese arrumbado, ni colcha de damasco que se hubiese roto, ni sábana, mantel ó tohalla que no se zurciese y durase con notable aseo.

Doña Ana cuidaba mucho de la ropa blanca y la tenia muy en órden, sahumada con alhucema.

El doctor Faustino, sin embargo, queria irse á buscar aventuras.

Todo un invierno estuvo meditando doña Ana. Luégo escribió várias cartas y sostuvo una correspondencia, sin decir nada á su hijo. Al cabo, una noche, cuando ya habia llegado la primavera, estando madre é hijo á solas, en el salon de los sillones antiguos, de los retratos y del árbol genealógico, doña Ana se explicó de esta suerte:

—Estáme atento, hijo mio, pues voy á hablarte de un asunto de suma importancia.

El Doctor prestó la atencion más respetuosa; y sentados ámbos en un ángulo de la gran sala, prosiguió hablando la madre:

—Harto advierto y deploro que eres infeliz con esta vida que llevas. Aquí hay tranquilidad y algun bienestar; pero te faltan objetos que satisfagan tu ambicion, tu sed de gloria y hasta tu amor.

No me quejo de tí porque quieras abandonarme é irte á Madrid. Nada más natural. Pero tú mismo convienes en que sería demencia irte á Madrid sin un real, como se va cualquier aventurero. Dicen en este lugar que *la pobreza no es deshonor, pero es un ramo de picardia*, con lo cual enseñan que la dura necesidad obliga á veces, hasta á los hidalgos y bien nacidos, á hacer bajezas en que yo no quisiera que incurrieses nunca. Por eso he buscado un medio de que vayas á Madrid, sin exponerte á vivir allí como un perdido, ó sin acabar de arruinarte.

—¿Y cuál es ese medio?—preguntó el doctor Faustino, todo alborotado.

—Voy á decírtelo—contestó la madre.—Ya sabes que en la ciudad de.... distante de aquí catorce leguas, vive mi prima queridísima, doña Araceli de Bobadilla. Aunque tiene más de sesenta años, la siguen llamando la niña Bobadilla, porque nunca ha querido casarse, no habiendo hallado sugeto de su condicion en quien emplear su voluntad y á quien dar su mano. Tu tia Araceli vive con bastante desahogo en una hermosa casa. En su pueblo va á haber bailes, toros y otras diversiones con motivo de la feria, que será dentro de una semana, y Araceli te convida á que vayas á su casa á ver la feria, y á pasar el tiempo que quieras.

—¿Y qué voy ganando yo con ver la feria y estar de huésped en casa de la niña Bobodilla?

—Á eso voy. Ten calma, que todo se andará. La niña Bobodilla tiene un hermano llamado don Alonso, poseedor de un riquísimo mayorazgo, y más rico aún que por el mayorazgo, por su buen tino y mejor suerte como labrador de varios cortijos y criador de ganado lanar y vacuno. Vive D. Alonso en la misma ciudad que Araceli, está viudo quince años há, y tiene una hija de diez y ocho, cuyo nombre es Costanza, de cuya hermosura y discrecion no hay encarecimiento que no se oiga, y en elogio de cuya virtud, recato y buena crianza se hacen lenguas los más descontentadizos.

—Vamos, ¿y qué?—interrumpió el Doctor.

—¿Para qué andar con rodeos? Yo he tratado de tu casamiento con esta señorita. Su padre la adora y tiene millones.

—Madre, ¿quiere Vd. hacer de mí un Coburgo?

—¿Y por qué no, hijo de mis entrañas? Tú tomarás dinero como quien toma alas para volar; pero volarás luégo, y encumbrarás tan alto á tu mujer, que no le pesará de haberte dado las alas. Ella te conoce ya por el retrato en miniatura, en que estás tan guapo, con la muceta y el bonete

de doctor; y mi prima Araceli, que le ha enseñado el retrato, me dice en sus cartas que has gustado mucho á Costancita.

—Me alegro, mamá, me alegro; pero yo no sé aún si ella me gustará ó me disgustará.

—Para eso han de ser las vistas, hijo mio. Nadie te pone un puñal en el pecho. Nada hay concertado aún. Posible es que D. Alonso sepa algo del proyectillo; pero ha de aparecer como que no sabe nada. Ni tú ni Costancita os habeis comprometido. Os veréis, os trataréis, y si no os agradais, en paz: no hay nada perdido.

—El tiempo y la fatiga y los gastos del viaje...
—dijo el Doctor.—Mejor será desistir y que yo no vaya.

—Yo he prometido ya que irás y no me dejarás fea.

—No, mamá; si V. lo ha prometido, no habrá más que ir.

—Sí, Faustinito. Mira, me da el corazon que te vas á enamorar como un bobo de mi señora doña Costanza. De ella no digo nada, porque, segun Araceli, está ya hecha un volcan desde que contempló tu retrato. Pronostico que habrán de hacerse las bodas.

—Si Costancita me parece bien y es tan rica, nos resignarémos.

Dada la vénia por el doctor Faustino, doña

Ana desplegó, durante cuatro días, toda su actividad en los preparativos del viaje. Echó é hizo echar cuellos y puños nuevos á algunas camisas del Doctor que estaban algo estropeadas; examinó las levitas y fraques de Caracuel, y halló que por fortuna no habian sido injuriados por la polilla, y en el mejor de los dos vestidos de majó hizo várias reformas indispensables.

La víspera de la partida tuvo doña Ana una larga y acalorada discusion con su hijo, empeñada ella en que llevase los dos uniformes de maestrante y oficial de lanceros, y D. Faustino en que no los habia de llevar.

Al fin triunfó el parecer de doña Ana. El uniforme de maestrante luciria mucho en un baile de gran etiqueta que se anunciaba. Y en cuanto al otro uniforme, ¿qué duda tiene que pareceria bien y rebien, llevándole Don Faustino á la feria y corriendo al estribo del birlocho de doña Costanza de Bobadilla, caballero en la jaca castaña, con su portapliegos lustroso, sus plumas blancas y su chascá polaco? Lo único que consintió doña Ana que no fuese á la expedicion fué la lanza, porque al cabo no iba á haber formacion ni cargas de caballería, y parecia ya demasiado belicoso el llevarla. Doña Ana, no obstante, sintió que Costancita no viese á su hijo hacer el molinete, como enredando en sus raudos círculos las

balas y la metralla. Doña Ana decía que entonces se asemejaba su hijo á Diego Leon.

Como en la ciudad á donde iba el doctor Faustino no habia Universidad, ni salon de grados ó paraninfo, hubo de desperdiciarse tambien otro medio de seduccion, y no se embaularon la mureta, el bonete, la borla y demás insignias doctorales.

Por último, llegó el dia de la partida. Madre é hijo se abrazaron cariñosamente. El doctor Faustino, con traje de campo, zahones, faja y marsellé, montó en su jaca castaña, enjaezada con aparejo redondo, lleno de flecos de seda, y dos retacos. Respetilla, como escudero, le seguia en un mulo tordo, y con vestidura parecida, aunque más pobre. Despues cerraba la marcha otro criado, nada ménos que con tres mulos de reata, donde iban el equipaje del señorito y no pocos presentes que habia dispuesto doña Ana para obsequiar á doña Araceli y á la misma doña Costanza. Allí les enviaba piñonate, alfajores, hojaldres, gajorros, arrope de várias clases en canjilones tapado con corcho y yeso, gachas de mosto, empanadas de boquerones, carne de membrillo y otros mil regalos de reposteria, por donde es celebrada en todas partes la gente de Villabermeja.

La expedicion salió muy de mañana del lugar; pero no tanto que las Civiles, que eran tan venta-

neras como madrugadoras, no estuviesen ya atisbando detrás de la celosía. El doctor Faustino y todo su séquito tuvieron que pasar forzosamente por delante de la casa del escribaño.

—Oye, Rosita—dijo Ramona, al ver pasar al Doctor—¿á donde irá el Conde de las Esparragueras?

—A conquistar algunas tierras más fértiles y que produzcan más ochavos—contestó Rosita.

El Doctor oyó el chiste de aquellas desvergonzadas y se puso rojo como una amapola. Pensó que sabían que iban á hacer el papel de Coburgo y que por eso se mofaban; pero las Civiles no sabían á dónde iba el doctor Faustino.

IV.

Doña Costanza de Bobadilla.

Las catorce leguas que separaban al doctor Faustino de la casa de su tía doña Araceli fueron quedando atrás, sin que ocurriese nada memorable.

La caravana ó pompa *novial* paró aquella noche en una venta que distaba nueve leguas de Villabermeja. Allí cenaron pollos con arroz y pimientos, que parecieron exquisitos despues de jornada tan fatigosa, y sardinas fresquísimas, que les vendió un arriero que venia de Málaga y que se albergó por dicha bajo el mismo techo. Las sardinas, asadas sobre las brasas, estaban saladas de véras, y fueron un gran incentivo y despertador de la sed. El Doctor, su escudero Respetilla, el mozo de los mulos y hasta el arriero vendedor de las sardinas, á quien convidaron á cenar, comieron patriarcalmente en la misma mesa y empinaron bien el codo, dando un millon de besos á la bota del Doctor. Luégo durmieron

como bienaventurados, sobre unas haldas que rellenaron de paja, sirviendo de almohadas los aparejos de las bestias.

Antes de que clarease, ya estaban de punta el señorito y sus dos criados. Éstos, á pesar de las libaciones de la noche anterior, mataron el gusano con aguardiente de anís doble, y el señorito tomó una jícara de chocolate.

Vaciadas las haldas en el pajar, pagada la cuenta y aparejadas las caballerías, se pusieron de nuevo en camino, cuando ya las estrellas se habían desvanecido y perdido todas en la blanca é incierta luz del alba, brillando sólo en la celeste bóveda el lucero miguelero.

Era una hermosa mañana de primavera. Golondrinas, jilgueros y ruiseñores cantaban. El ambiente diáfano, el vientecillo lleno de frescura y la rosada luz que iba asomando por el Oriente, alegraban el corazón.

El Doctor se sentía ménos melancólico que de costumbre.

Como gente que va á caballo y picando mucho porque tiene mucho que andar, la caravana se salía del camino más trillado ó iba buscando las trochas, ya cortando por unos olivares, ya tomando veredas y atajos por medio de cortijos y dehesas, ya siguiendo por la orilla de algun arroyo ó trepando por algun cerro.

Respetilla era admirable para guiar en un camino y se puso delante. El doctor Faustino le seguía. Detrás arreaba el mozo, con el equipaje y los presentes en los tres mulos de reata.

Tan embelesado y distraído iba el Doctor, que ni se daba cuenta de lo que pensaba.

El sol salió. Anduvieron más de un par de leguas. Eran las nueve del día.

Sólo entónces recordó el Doctor, ó dígase volvió en sí, y bajó de los espacios etéreos para pedir de almorzar.

—Un poco más allá hay una fuentecilla que tiene un agua muy buena, y sombra; allí almorzaremos, si quiere su merced—dijo Respetilla.

En efecto, no tardaron en llegar á la fuente. Se apearon, se sentaron sobre la yerba, bajo una corpulenta encina, y almorzaron de un buen re-puesto de carnero fiambre, huevos duros y jamon en dulce, que en las alforjas traían. La bota, aunque colossal, harto enflaquecida ya con el jaleo de la noche anterior, acabó de quedar enjuta, pegadas una con otra las dos caras interiores de la corambre.

Cierto que para decir que el Doctor y su séquito caminaron, durmieron, cenaron y almorzaron, tal vez censure el lector que yo me detenga, y tal vez afirme además que lo mejor sería que diese ya el viaje por terminado, trasladándome con

mi héroe á casa de doña Araceli; pero yo diré al lector, para disculparme, que el doctor Faustino, despues de haber almorzado, y prosiguiendo su viaje en la misma forma, y acercándose ya á la ciudad, donde tal vez iba á contraer un compromiso que influyese en gran manera en su suerte y vida, tuvo una meditacion ó soliloquio tan esencial y trascendental, que no puedo ménos de ponerle aquí en compendio y resúmen. Para ello, como para todo, me valdré de las noticias circunstanciadísimas, y hasta prolijas, que me suministró D. Juan Fresco, las cuales fueron tantas, que yo, léjos de ampliar la historia con invenciones mías, lo que hago es encerrar cuanto en ella se contiene en las ménos frases que puedo, pues no me agrada ser difuso.

Importa, no obstante, decir cuatro palabras sobre un punto que áun no hemos tocado. Algo entrevé ya el lector de las cualidades morales é intelectuales del doctor Faustino; pero nada sabe aún de su aspecto y fisonomía.

El Doctor era alto, delgado aunque robusto, y rubio, no ya tirando á rojo su cabello, como suele por lo comun el de los bermejinos, sino más bien de un rubio pálido. A pesar de ser aquella época la del más frenético romanticismo, no se habia dejado crecer la melena, si bien no estaba tan corto su pelo que no se pudiesen ver y admi-

rar los rizos naturales en que se ensortijaba, siendo á la vez suave como la seda. Lucía, pues, en el Doctor, en grado elevadísimo, una de las cualidades con que distinguen más los etnógrafos á la raza aria; era *euplocamo* por excelencia. La patilla, rubia tambien como el oro, era bastante poblada, y el bigote, que sin duda no se habia afeitado nunca, tan delicado como el bozo. El Doctor tenia la frente despejada y serena, las mejillas sonrosadas, la nariz un poquito aguileña y la boca chica y con buena dentadura. Su tez era blanca y trasparente como la de una dama, y los ojos grandes, azules y llenos de dulzura melancólica. En suma, nuestro héroe merecia en cualquiera parte la calificacion de guapo mozo, si bien un tanto desgarrado. A caballo estaba bien; pero más que señorito de la tierra, parecia un inglés que se habia disfrazado, vistiéndose á la moda de Andalucía. Esta última calidad habia de favorecerle, porque parecer andaluz entre andaluces no hace sobresalir á nadie, mientras que toda la traza del Doctor tenia algo de extraño y peregrino, que es lo que más atrae y encanta á las mujeres.

Meditando, pues, el Doctor, mientras caminaba, iba diciendo entre sí de esta manera:

—Por complacer á mi madre he acometido una empresa que por mi propio consejo é iniciativa

no hubiera yo acometido jamás. ¿Qué voy á ofrecer á doña Costanza de Bobadilla, si gusto de ella, si ella gusta de mí, y llega el caso de pedir-la en matrimonio? Mi casa solariega del lugar y unas cuantas fincas, cuyos productos se consumen en pagar los intereses del capital en que están empeñadas. Todo esto es ridículo. Valiera más no tener nada que tener esto. Lo ilustre de mi nombre no importa para ella, que es tan ilustre como yo. Además, en España apenas hay nadie que no sea ilustre. En cuanto á alguien tiene dinero y da valor á estas vanidades, prueba que desciende del rey Wamba si se le antoja. Si yo tuviese un título, aunque fuera el de Conde de las Esparragueras, que me han dado las hijas del escribano, ya sería otra cosa; ya habria algo que ofrecer. Siempre tiene vivo aliciente para una muchacha el pensar que la van á llamar condesa y que en las tarjetas va á poder escribir *La Condesa de Tal*. Es cierto que yo tengo el título de doctor y el de alcaide perpétuo; pero no se estila que el esposo trasmita estos títulos á la esposa por legítima que sea. Doña Costanza de Bobadilla, si llegase á ser mi mujer, no podría escribir en las tarjetas: *La doctora y alcaidesa perpétua de la fortaleza y castillo de Villabermeja*. Vamos..... está visto; yo no tengo que ofrecer sino esperanzas. Pero si Costancita las acepta por bue-

nas, y me da en cambio su corazón, su mano y cinco ó seis mil duros de renta, que dicen que puede y quiere darle su padre, ¿por qué no aceptarlo todo? Además de tener por marido á un joven de mis prendas, el dinero que dé á Costancita su padre será como dado á usura, ó más bien como puesto en una aparcería, en que pongo yo el saber, el ingenio y el trabajo.

Aquí se encumbraba la meditación, pero con tal rapidez, que no es fácil seguirla y ménos encerrarla dentro de un lenguaje hablado ó escrito. El Doctor, ora se veía coronado en el Liceo de Madrid, después de haber leído una fantasía ó un poema oriental; ora salía á la escena en el teatro del Príncipe, donde acababa de representarse un portentoso drama suyo; ora estaba despachando ó dando audiencia en la silla ministerial; ora venían á pedirle albricias sus numerosos amigos porque la Reina tenía á bien concederle el título de duque, libre de lanzas y medias annatas, en pago de sus relevantes servicios; ora llegaba á París de embajador, y el rey Luis Felipe y toda su corte se quedaban encantados de su mucha discreción y finura; y ora inventaba un nuevo sistema de filosofía, para que informase todas las demás ciencias secundarias, creando así la ciencia primera, una y toda, con general asombro y contentamiento de los nacidos.

Estos triunfos y otros mil, que pasaban refulgentes, arrebatadores, estruendosos, ricos en color, llenos de armonía y de belleza, por la mente entusiasta, se tocaban con la mano, tomaban cuerpo, se iban á realizar, una vez dueño el doctor Faustino de los cinco ó seis mil duros de renta de doña Costanza de Bobadilla.

—Pero no—proseguia el Doctor—no me casaré con doña Costanza, si no me enamora, ó al ménos si no tiene talento y hermosura, por donde la gente llegue á presumir que pude enamorarme de ella, aunque no sea tal el caso. No me casaré, aunque pierda y desbarate todos mis sueños.

El Doctor se decía esto, porque los hombres nos complacemos en engañarnos á nosotros mismos, poniéndonos en trances apurados, que no existen, y saliendo de ellos de un modo heróico. ¿Quién no se ha fingido alguna vez que le acometen seis ó siete enemigos y que él les hace cara y los vence y aterra? Y con todo, si los seis ó siete, ó tal vez si uno solo le acomete de verdad, es probable que ponga piés en polvorosa. ¿Cuántas costurerillas y cuántas fregatrices no dan por seguro en el fondo del alma, que ni el propio Fúcar las seduciría, aunque les ofreciese el oro y el morro? Y sin embargo, sabe Dios con cuán ligero empuje suele luégo el interés derribar su entereza.

El Doctor no ignoraba que doña Costanza era bonita, y por consiguiente, no habia para qué hacer del heróico y del desprendido, diciendo que no se casaria con ella, si no fuese bonita. Pero esto, que llaman ahora *darse charol*, no es sólo para deslumbrar á los otros, sino para deslumbrarnos y deleitarnos en nuestras propias perfecciones.

Verdad es que el soliloquio del Doctor era más candoroso, era profundamente sincero y notable, cuando continuaba.

—¿Y si Costancita no me quiere? ¿Y si me halla poco ameno, encogido y sin chiste? ¿Y si no comprende el valor de mi alma? ¿Y si no cree en mi porvenir, como yo creo? ¿Y si, á pesar de su falta de fé en mí, y de sus desdenes, soy yo quien me enamoro de ella? Entónces será menester matarla. Pero ¿qué culpa adquiere, si no le caigo en gracia? ¿Por qué, no digo matar, pero ni tan sólo odiar á una mujer que nos desdeña? En este último caso desesperado, ya sé lo que debo hacer. Desoiré los consejos de mi madre: me iré á Madrid sin recursos; á la ventura; lucharé; no reposaré hasta ganar dinero, posicion y nombradía, hasta probar á doña Costanza que soy digno y más que digno de ella; que no necesito de su dinero para elevarme; que mis ensueños de ambicion no son vanos. Casi estoy por irme ya á

Madrid derechito, y entrar por la Puerta de Toledo con todo este aparato y estruendo de mulos, y con los alfajores, el piñonate y demás presentes, que no faltará allí quien se los coma.

El doctor, no obstante, seguía caminando en pos de Respetilla, hácia el pueblo y casa de su tía doña Araceli, sin poner la proa hácia Madrid sino por un instante y con la imaginacion sólo.

—Eso sí—añadía—si doña Costanza no me ama y yo la amo, me siento capaz de algo más grande y poético que lo que hizo Marcilla por Isabel. Aquél fué por esos mundos, para ganar la mano de su amada. Yo iré por esos mundos, á dar razon de quién soy, á llenarlos de mi gloria, y á ganar al cabo el desdeñoso corazon de Costancita. Si ahora no me amase, oscuro y desconocido, ¿cómo no habia de amarme y áun de idolatrarme cuando me viese descollar entre la multitud, con la frente ceñida en oro y lauro, y grabado mi nombre, con indelebles y gruesas letras, en las páginas de la Historia?

Tomando este giro la meditacion, el Doctor se representaba tan á lo vivo que amaba ya á Costancita y que no era amado de ella, que empezó á suspirar con furia, como si se hubiese puesto enfermo. Respetilla iba muy adelante y no le oyó, que si no, se hubiera asustado.

En esto llegaron todos á un visillo, y desde

allí descubrieron la ciudad á donde iban á parar. Blancas eran las casas por el mucho enjalbiego, y con grandes patios, desde cuyo centro se alzaban las verdes copas de naranjos, acacias, adelfas, azofaifos y cipreses. Un riachuelo, que corre por delante de la ciudad, regaba no pocas huertas en una fértil llanura que se extendía á los piés de los viajeros.

A la bajada del cerrillo tomaron éstos la carretera, saliendo de la vereda ó camino de herradura.

Diez minutos más tarde se divisó una nubecilla blanca sobre la carretera. Despues un bulto que se movía.

Respetilla, con vista de águila, lo advirtió y reconoció todo, y volviendo riendas, vino hácia su amo gritando:

—Señorito, señorito, ahí vienen á recibir á su merced. Ese es el birlocho del Sr. D. Alonso.

No se había engañado Respetilla. Ya se estaba oyendo el sonar de los cascabeles y campanillas de plata que adornaban los pretales y colleras de los lindos caballos negros que tiraban del birlocho.

El Doctor se gallardeó sobre el aparejo redondo, se limpió el polvo con el pañuelo, se ladeó el sombrero con donaire, y puso espuelas á la jaca, que llegó pronto cerca del coche, haciendo mil escarceos.

El birlocho se paró entónces, y el Doctor pudo ver á dos damas que en él venian.

La una era vieja y seca como una pasa, pero con ojos muy vivos y semblante bondadoso y alegre. Vestia de negro y traia en la cabeza una papalina con moños morados.

La otra era menudita, pero graciosa. Negro el cabello como la andrina y más negros los ojos. Los labios como el carmin: sonriendo siempre y dejando ver unos dientes blanquísimos é iguales. La nariz caprichosamente respingada, lo cual daba á su rostro cierto aire atrevido, burlon y de malicia infantil. La tez, fresca, limpia y brotando salud y juventud. El color, trigueño. El talle, flexible, no como una palma, sino como una culebra. Y por último, todo lo que de las formas podia revelarse, presumirse ó conjeturarse, artistica y sólidamente modelado, sin exceso ni superabundancia en cosa alguna, sino en su punto, con número y medida, guardando las justas proporciones, segun las reglas del arte, y en consonancia con la edad de diez y ocho años y la condicion de señorita principal y cuidadosa de su persona, y no de descuidada aldeana.

Vestia la dama gentil un traje de seda de color de lila, y en la cabeza no llevaba más tocado que sus negros cabellos, ni más adorno que seis ó siete rosas, alternando con la clara púrpura de sus

pétalos la alegre verdura de varias hojas del tallo.

Ambas señoras conocían al Doctor por el retrato, y no había miedo de equivocarse. Así es que doña Araceli, pues no era otra la viejecita que venía en el birlocho, exclamó apenas se acercó al Doctor:

—Buenos días, sobrino; bien venido seas.

—Bien venido, señor primo—dijo doña Costanza.

El Doctor saludó con la mayor cordialidad. Bajó del caballo y dió un abrazo muy cariñoso á su tía, y á la primita un apretón de manos, advirtiéndole, á pesar del guante, que la mano de la primita era pequeña y los dedos largos, afilados y aristocráticos, y no aporretadillos y plebeyos.

—Mira sobrino—dijo doña Araceli—yo he querido salir á recibirte, y he pedido prestado el birlocho á Costanza, que ha tenido la bondad de acompañarme. Tu tío Alonso no ha podido venir, porque anda afanadísimo apartando el ganado que quiere presentar en la feria; pero no te puedes quejar cuando viene en cambio su hija.

El Doctor se deshizo en cumplimientos, y hasta formuló algunas frases bonitas, á pesar de que estaba cortado y de que naturalmente era algo tímido.

Costancita llamó lisonjero á su primo, y se puso colorada.

—Oye, sobrino—dijo doña Araceli—¿quieres creer que Costancita tenía miedo de verte y hablarte, figurándose que estabas siempre de doctor, tan serio como en el retrato, y temerosa de cometer alguna falta de prosodia ó de soltar una patochada? Ahora, que te ve de majo, me parece que ya no se asusta.

—Siempre me asusto, tia.... ¡Y qué cosas dice usted! ¡Válgame Dios! ¿Cómo habia yo de creer que mi primo viniese á caballo, vestido de doctor, con su muceta, borla y bonete? ¡Vamos, no me haga V. tan simple! Lo que yo creia es que mi primo es muy entendido é instruido, esté ó no con el traje doctoral, y que quizás me tuviese en ménos cuando notase lo ignorante que soy. No.... y lo que es este miedo, no se me ha quitado todavía.

El Doctor volvió á deshacerse en cumplidos, alambicando mucho y devanándose los sesos para demostrar, en lenguaje corriente, sin aparato ni términos científicos, que la mujer todo lo sabe y penetra por intuicion, aunque nada estudie, y que en la cara y en los ojos de su prima se columbraba y traslucia más ciencia que en Aristóteles, en Platon y en Santo Tomás de Aquino.

Ya había demostrado el Doctor dicha tesis por dos métodos distintos, é iba á demostrarla por el tercero, cuando le interrumpió doña Araceli, di-

ciéndole que sin duda vendría cansado, y que cabalgase de nuevo, á fin de llegar pronto á su casa, donde podría reposarse.

El Doctor montó otra vez á caballo; y trotando al estribo del birlocho, del lado en que iba su prima unas veces, y otras, por cortesía, del lado de la vieja, llegó con ellas á la ciudad y á la casa de doña Araceli.

En los veinte minutos que duró este dulce complemento del viaje, el Doctor lanzó veinte mil miradas incendiarias á su prima: á millar de miradas por minuto.

Costancita recibió el bombardeo de un modo delicioso, aunque difícil de explicar. Ya parecía que penetraba toda la intensidad y significacion de aquellas miradas, y bajaba la suya con un pudor lleno de agüeros dichosos; ya que en su inocencia no consideraba aquellas miradas sino como muestras del cariño propio de parientes, y las pagaba con otras miradas de afecto puro y sin pasion de amor; ya se reia con risa sonora y franca, como si la provocase á reir el súbito y volcánico enamoramiento del primo; ya por último, lanzaba ella tambien, de vez en cuando, alguna mirada tan semejante á la del Doctor, que no parecia sino que era la misma, que volvia á él de rechazo, haciéndose mil y mil veces más bella al reflejar en los negros ojos de Costancita.

El Doctor llegó algo mareado á la puerta de la casa de doña Araceli. Todo se le volvía cavilar si doña Costanza era un angelito ó un diablito; pero angelito ó diablito, siempre le hechizaba.

Se apeó el Doctor de su caballo, que tomó de la brida un criado para llevarle á la caballeriza, y dió la mano á doña Araceli para bajar del birlocho. Apénas bajó doña Araceli, acudió el Doctor á dar la mano á Costancita para que bajase también.

—No, primito. Yo no bajo; me voy á casa. Adios, primito. Adios, tia.

Y diciendo—¡á casa!—al cochero, se fué doña Constanza, dejando al Doctor tan embobado, siguiéndola con los ojos hasta que la perdió de vista. Ella volvió la cara dos ó tres veces ántes de desaparecer, y al ir á pasar la esquina disparó la última mirada, que por la distancia no pudo ya el Doctor distinguir de qué clase era.

V.

Primera impresion.

Doña Araceli instaló al Doctor en un cuarto muy alegre y bonito, con un balcon á un patio interior, cuyos muros estaban tapizados con las siempre verdes y frondosas ramas de varios naranjos y limoneros, y en cuyo centro se alzaba un surtidor de agua cristalina, derramándose en una taza de mármol con peces colorados. Todo alrededor se veian arriates con flores. Su aroma y el apacible murmullo de la fuente lisonjeaban á la vez olfato y oido.

En el cuarto habia cama, sillas, tocador, sofá y mesa de escribir: todo limpio y bueno.

Allí dijo al Doctor el ama de la casa que podria descansar un rato, hasta las tres de la tarde, hora de la comida.

Luégo le dejó entregado á sus propias reflexiones.

Faltaba poco tiempo para las tres, y el Doctor

no tenia gana de descanso. Púsose, pues, á pasear y á hacer exámen de conciencia.

Hombres hay que la tienen clara, y otros que la tienen confusa. La del Doctor era de la última clase. No quiere decir esto que viese ménos y peor que otros en el fondo de su alma. Tal vez nace la confusion de la conciencia de ver demasiado. Los que no ven más que aquello que les conviene, agrada ó adula, lo ven ó creen verlo con gran claridad. Los que ven tambien lo que los contraría, vacilan y se enredan. El pro y el contra de sus propias acciones, y un tropel tumultuoso de encontrados pensamientos y propósitos, pelean sin tregua allá dentro.

Con la misma oscuridad y contradiccion que se veia el Doctor á sí propio, veia los demás objetos que venian á pintarse en su interior sentido.

La primera duda que se proponia el Doctor era la siguiente:

—¿En qué concepto tendré á mi prima?

Ya estaba cierto de que era bonita, elegante y discreta; pero no sabía si era buena ó mala.

Lo que no queria creer, es que fuese medio mala ó medio buena. O habia de ser Costancita un breve cielo, ó un resúmen y amasijo de todos los diablos. Propenso el Doctor á exagerar las cosas, apasionado y romántico, decia de Costancita:

—¡Ella será mi salvacion ó mi perdicion, mi

infierno ó mi gloria, mi Tabor ó mi Calvario!

Claro está que Costancita no le era indiferente: que casi estaba ya enamorado de ella. Despues se preguntaba:

—¿Y ella... pagará mi amor? ¿Será capaz de pagarle? ¿Será capaz de comprenderle siquiera?

Procedamos con método.

Este mismo amor, elevado, difícil de comprender, cuya magnificencia tal vez no cabe en el angosto cerebro del vulgo de las mujeres, ¿le sentia ya ó no le sentia el Doctor por doña Costanza?

El Doctor no sabía qué responder á esto, como no sabía qué responder á casi nada, á fuerza de saberlo todo.

Amaba ó no amaba á Costancita, segun lo que por amor se entendiese. Y como él se daba una multitud de definiciones del amor, resultaba que unas veces la amaba y otras veces no la amaba.

Si la queria con el fervor de la mocedad, viéndola linda, fresca, aseada, elegante, algo coqueta, consideraba que podría amar sucesiva ó simultáneamente á otras muchachas como se presentasen á sus ojos adornadas de los mismos requisitos.

—El amor —añadía —es exclusivo: luego no amo á mi prima con verdadero amor.

¿Amaba á su prima porque en su rostro, en sus ojos, en su sonrisa, habia creído descifrar y

traslucir un espíritu simpático con el suyo, lleno de inteligencia, de pasión y de vida? El Doctor recelaba que iba ya amándola así, y entonces concedía, no que la amaba como se ama á la mujer en jeneral, sino con el exclusivismo propio del verdadero amor; con predilección al ménos. A poco que hiciera la primita, el Doctor se consideraba preso en sus redes.

Pero en este amor repentino, ¿no podría intervenir por mucho el interés? ¿No podría parecerse su amor al del profeta Elías hácia el cuervo? El Doctor despojaba entonces mentalmente á su prima de la renta que debía darle su padre y de las esperanzas de una pingüe herencia. Con este despojo, algo se sutilizaba y se esfumaba el amor; pero no se evaporaba ni desvanecía. Aun quedaba en el alma su figura, si bien ménos determinados los contornos. Sentía el Doctor que, prescindiendo de la conveniencia, importaba poner otras condiciones más poéticas que las acabasen de decidir; era menester que el dibujo de su amor se concluyese y determinase con líneas más puras, pero al cabo, con otras líneas.

El amor propio, la vanidad, ¿no podría ser, en este caso, estímulo y fundamento del amor? El Doctor se confesaba que sí. Pero, ¿qué amor, nacido en corazón humano é inspirado por un objeto, humano también, finito y perecedero, hace

su primera aparicion limpio de toda mezcla de otros sentimientos más vulgares? El oro del amor rara vez sale de sus ocultos mineros sin estar en liga con metales de más baja ley. Sólo el fuego vivísimo, que en sí lleva, le purifica despues en el crisol del alma, donde, si el alma tiene la firmeza y el temple que necesita para resistir dicho fuego, acaba por resplandecer el amor puro, como oro exento de toda escoria y de superiores quilates.

Con esta comparacion metalúrgica se tranquilizaba bastante el Doctor, porque se estimaba en tanto y empezaba á estimar en tanto á su prima, que se afligia de que en sus relaciones con ella pudiera haber nada que no fuese poético y moralmente bello.

¿Qué habrá pensado de mí la primita?...—era otra de sus preguntas.

Entónces sentia un noble deseo de agradar, y un delicado y modesto temor de no agradar. Pero ¿esto probaba la existencia de un amor tan sublime como el Doctor lo fantaseaba? En manera alguna.

El Doctor era de aquellos que desean agradar á todo el linaje humano, aunque no le amen, y ser apreciado áun de las personas á quienes ménos aprecian.

Notaba él, sin embargo, que deseaba ya con

más ánsia agradar á la prima que agradar á cualquiera otro individuo. Sólo quedaba por cima de este deseo de agradarla el deseo de agradar á muchos á la vez, el deseo de gloria. ¿Qué era preferible, enamorar á la muchedumbre ó enamorar á la prima? ¿Llegaria á amarla de modo que hasta á la gloria la prefiriese? El Doctor se quedaba perplejo en este punto. La cuestion estaba en hallar en lo profundo del alma de su prima los tesoros poéticos que él por momentos le atribuía con la imaginacion generosa. Si hallaba estos tesoros, preferiria á su prima hasta á la gloria. Era indispensable que fuese tan mala ó tan buena como él soñaba, ya que hasta por mala comprendia él que podria amarla de amor no vulgar.

¿Y si la primita no era ni buena ni mala, ni tonta ni discreta, sino un sér mediano? Aquí el Doctor creia que no llegaria á amarla, salvo en un caso. Su prima podia tener en el metal de la voz, en la luz fulmínea de la mirada, en la armonia de las facciones, en el movimiento del cuerpo, en el aire, en el ambiente magnético de su sér, un atractivo misterioso, cuya fuerza, sin que ella la comprendiese, sedujera y encadenára á un hombre como él. Así tal vez hay demonios ó genios que acuden sumisos á un conjuro, pronunciado por algúien que sabe la fórmula de memoria, si bien ignora su valor y el secreto y la ra-

zon de su eficacia. Así tal vez un músico, cantando ó tocando, despierta en un alma superior, como el Doctor juzgaba la suya, sentimientos y pensamientos que él ignora, que él no atina ni á concebir en su mente.

Todo esto y mil cosas más discurrió el Doctor con rapidez y en forma de maraña, sin poner orden ni concierto en sus vagas imaginaciones.

Descendiendo luego á negocios más triviales, pensó en que le convenia que su prima gustase de él, para lo cual era de suma importancia no ponerse en ridículo á sus ojos, pues él entreveia ya que su prima era algo burlona.

El miedo de hacerse blanco de sus burlas crecia con el afecto. Miéntas más imaginaba amarla, más miedo tenia de hacerla reir á su costa. Importa declarar aquí, á pesar de todo, y aún exponiéndonos á que nuestro héroe pierda muchas simpatías entre nuestras lectoras, si llegamos á tenerlas, que el Doctor no formaba muy favorable opinion del juicio de las mujeres en general. A la más recta y acertada en sus juicios no solia darle un criterio superior al de un niño de diez años. Temblaba, no obstante, de aparecer digno de risa á los ojos de su prima.

Aunque era inocenton y casi siempre estaba en Babia, se dió á cavilar y presumir que el retrato, enviado por doña Ana á doña Araceli, con mu-

ceta, bonete y borla, habia hecho reir á doña Costanza. Entónces se percataba de que el retrato estaba mal pintado, como pintado por seis duros, y de que además estaba él muy serio en el retrato.

—Vamos—decia—mi prima imaginó que yo era un extraño pedanton de lugar: un bicho raro. Mejor... ya se habrá desengañado; ya me ha visto: ya habrá formado de mí mejor idea. De todos modos, bien pronosticaba yo que el uniforme de lancero y el de maestrante no habian de cautivar á este diablo de chica. No quise disgustar á mi madre. Por eso los he traído; pero los dejaré en el fondo de los baules y me guardaré de decir que los tengo aquí.

Tomada con brío esta resolucion de no emplear los uniformes para conquistar el corazon de doña Costanza, surgia otra dificultad de mayor tamaño, si cabe.

—Y el piñonate, los gajorros y demás comestibles, que vienen de presente, ¿me estará bien entregarlos?

Aquí el Doctor se acordó de aquellos versos de *La Gatomaquia*, cuando habla el poeta del presente que Micifuf enviaba á Zapaquilda:

¿Qué gala, qué invencion, qué nuevo traje?

En fin, vió que traia

Un pedazo de queso

De razonable peso,

Una pata de ganso y dos ostiones.

Su presente le pareció gatuno. Lamentó su miseria. Deploró no haber traído algun brazalete de oro y diamantes, algun collar de perlas ó algun rico medallon de esmeraldas y rubíes, en vez de traer empanadas de boquerones. Pero, en fin, en Villabermeja no habia otras joyas miéntras no se descubriesen las emparedadas por su tatarabuela la princesa india. *Nemo dat quod in se non habet.*

Además, todo el busilis estaba en dar el arroppe, las gachas de mosto y las empanadas de un modo sencillo y humilde. La mirra, el oro y el incienso de los reyes de Oriente, no fueron más gratos á la divinidad humanada que las pobres y rústicas ofrendas de los pastores.

No se serenaba el ánimo del Doctor con este recuerdo evangélico. La sangre se le agolpaba á las mejillas sólo de pensar en el instante de la entrega de las empanadas y del arroppe.

¿Entregaria el presente á doña Araceli de parte de su madre, salvando toda su responsabilidad? En esto podria haber falta de piedad filial y sobra de cobardía. ¿Haria que Respetilla lo diese todo buenamente á alguna criada para que ésta lo entregase á la señora? Tal arbitrio ó recurso no parecia mal al pronto; pero, apénas recapacitaba el Doctor, cuando le encontraba relleno de inconvenientes y preñado de peligros. Acaso las criadas, que en Andalucía suelen ser aficionadas

á golosinas, se atracasen de todo, ó se llevasen gran parte á sus casas, ó agasajasen á sus novios con lo más apetitoso y delicado, menoscabando así la grandeza y dignidad del presente, ántes de que le viese doña Araceli y fuese á encerrarle en la despensa.

Ello es que la entrega del presente dió mucho en que pensar á D. Faustino. ¡Cuánto se arrepentía de haberle traído!

—Estuve sobrado condescendiente con mi madre, se decia, sin recordar que él mismo, dentro de Villabermeja, respirando aquellos aires, sujeto á aquellos influjos campesinos, y distante aún de la prima burlona y seductora, no habia considerado con desden ó desvío el presente succulento. Ahora, por el contrario, quizás ponderaba más de lo justo su ridiculez, murmurando entre dientes:

—Costancita se vá á burlar de mí. De seguro que ha visto los tres mulos de reata que venian en pos de nosotros. Sin duda que estará diciendo: ¿Qué traerán aquellos mulos? ¿Qué ocultarán aquellos serones y cofines? Tal vez repetirá, en prosa, el verso de *La Gatomaquia*:

¿Qué gala, qué invencion, qué nuevo traje?

Cruelísima carcajada vá á soltar cuando su tía Araceli le envíe de mi parte gachas de mosto y

arrope y empanadas de boquerones. ¡No falta más sino que yo haga la advertencia que me encargó mi madre que hiciera! Mi madre me encargó que hiciera la advertencia de que estas empanadas se toman con chocolate... Pero señor, ¿y por qué no han de tomarse con chocolate? Pues lo que es á mi me gustan. No pocas veces, á pesar de su picadillo de cebollas y tomates, me he sacado con ellas, á pulso, un par de jícaras bien hondas. Con todo, mejor hubiera sido no traer las empanadas. ¿Me callaré que he traído los comestibles, y se los cederé á Respetilla para que los devore? Tampoco. ¡No, y mil veces no! Respetilla es interesado, y podría poner con ellos tienda en la feria, y hasta suponer que era por cuenta mia, y que el alcaide perpétuo de la fortaleza y castillo de Villabermeja se habia metido á bodegonero.

Así cavilaba y se contradecía el Doctor, cuando entró Respetilla, cargado con los baules.

—¿Dónde vienen los uniformes?—preguntó el Doctor en voz baja, no hiciese el diablo que le oyeran.

—En este baul—dijo Respetilla señalando el mayor.—¿Saco el de lancero para que su merced vaya de lancero á ver á su prima?

—No, maldito de Dios. No saques ni el de lancero, ni el de maestrante. No digas siquiera que has traído tales uniformes.

—Pues qué, ¿no le gusta á la señorita la gente de tropa?

—No, no le gusta. Guárdate bien de decir que he traído los uniformes.

—Válgame Dios—añadió Respetilla—pues si á la señorita no le gusta la vestimenta militar, ¿por qué no traje su merced aquellos arreos de doctor?

—Porque tampoco le gustan aquellos arreos.

—Entónces, ¿qué arreos le gustan?

—Yo no sé. Ningunos.

—Pues todo aquello de doctor es muy vistoso. ¡A fé que lo celebraron poco el cura y el médico, el día en que su merced se lo puso para que le viesen en casa!

—No digas simplicidades. Cuenta con charlar aquí. Que no sepan que yo me vestí de doctor en Villabermeja para que me viesen el médico y el cura.

—Toma... ¡y qué mal hay en eso! Y el ama Vicenta tambien quiso ver á su merced, y su merced se volvió á poner otro día el bonete y el ropon negro y la esclavina colorada. Por señas que el ama dijo á su merced: ¡Ay, hijo mio, qué hermoso estás así: te voy á comer á besos! ¿Quién me había de haber dicho que se criaria á mis pechos un doctor tan resalado?

—Bien, bien; pero aquí no está el ama que me

crió, y cómo en cada tierra hay sus usos, y como esto se parece más á Granada que á nuestro lugar, conviene obrar con circunspeccion. Lo que en Villabermeja fué una condescendencia inocente, lícita y hasta indispensable, aquí podría pasar por una tontería. No hables á nadie tampoco del traje de doctor.

—¿Pues de qué hablo?

—De nada. De tí mismo. ¿Qué necesidad tienes de hablar de mí? Cállate.

Respetilla se calló, y su amo se lavó y vistió con pantalones, levita y chaleco.

Cuando le llamaron al comedor, y durante la comida le dijo doña Araceli que Respetilla le habia entregado el presente de su madre, al Doctor se le quitó un peso de encima.

Doña Araceli, sin la menor ironía, elogió el arropo y las gachas y todo lo demás, incluso las empanadas, y dijo que habia enviado gran parte á su sobrina, á quien gustaban mucho aquellas cosas.

El Doctor se avergonzó entónces por un motivo contrario. Creyó que habia tenido una mala vergüenza del lugar en que habia nacido, del presente, y hasta de su madre que le enviaba. Lo cierto es que la esencia de esto que llaman ahora *cursi* está en el exagerado temor de parecerlo.

Miéntas que el Doctor habia estado pensando

y haciendo cuanto queda dicho, su prima doña Costanza tenia con su padre, que acababa de llegar del campo, el siguiente coloquio:

—¡Dios te guarde, muchacha!—dijo D. Alonso, entrando en el cuarto de su hija, sin haberse aún descalzado las espuelas.—¿Llegó por fin Faustinito, como anunciaba mi prima Ana?

—Sí, papá, llegó Faustinito.

—¿Saliste á recibirle con tu tia ? ¿Le viste y le hablaste?

—Sí, papá.

Don Alonso miró atentamente á su hija, como si quisiese descubrir en la mirada el efecto que habia hecho el primo.

Importa advertir aquí que D. Alonso era el padre más amoroso que puede imaginarse. Su hija le dominaba y hacía de él lo que queria. Nada amaba D. Alonso tanto en el mundo, si se exceptuaba su dinero. Su dinero y su hija eran sus dos amores, y los dos fundamentos de su desmedido orgullo. Lo mismo que se dejaba dominar por la codicia se dejaba dominar por el amor paternal. No habia sacrificio que no hiciese por ganar dinero. No habia capricho de su hija á que no se prestase como no hubiese que sacrificar el dinero que habia ganado.

Don Alonso era brusco, censurador, enemigo de todo compromiso y de toda ligereza; pero, re-

funfuñando y rabiando, pasaba por todo como se empeñase su hija.

—Siento que haya venido ese chico—dijo al cabo de un rato D. Alonso.—Te he aconsejado mil veces que no le hicieses venir; pero tú no haces caso de mis consejos. Eres loca de atar.

—¿Y qué locura hay en haberle hecho venir? ¡Vaya, papá bonito, no estés tan desabrido conmigo!

—¿Cómo que no hay locura? Mi sobrino es mi sobrino, y no es ningún mono para que tú te diviertas.

—Mira, papá, ¿de dónde infieres tú que yo gusto de monos para divertirme, ni que lo sea Faustinito, ni que yo quiera divertirme con él, en mal sentido se entiende? Porque, lo que es en buen sentido, él es mono, y quizás, quizás acabe por divertirme yo con él más de lo que crees. ¿Por qué no he de enamorarme de él y darle mi blanca mano?

—Aunque dice el refrán que *quien habla mal de la pera es quien se la lleva*, no puedo creer que hables con formalidad. Pues qué, ¿será tal el Faustino vivo que logre inspirarte amor, después de haberte dado tanto que reír en efígie? Aquí, donde nadie nos oye, confiesa que le has hecho venir por curiosidad y por gana de burlas y risas.

—Bien: ¿y qué? Lo confieso. ¿Dónde está el pecado? Figúrate que Faustinito ha venido para mi recreo durante la feria. ¿Qué hueso se le rompe? ¿Qué tormento se le da? ¿De qué sogas se le ahorca? ¿A qué palabra se le falta?

—Pero, hija mia, ¿no es un pecado burlarse así de un pobre muchacho? Tu tia Araceli, á quien debes heredar, y que ha tomado el negocio de buena fé y por lo serio, ¿no se picará, si llega á entender tu malicia?

—Nó, papá, porque estos pecadillos míos no se los digo á nadie más que á tí, porque para tí no tengo secretos. Por otra parte, lo repito con seriedad, me he llevado chasco. No te diré que me voy á enamorar del primo; pero, al verle, no le he hallado ridiculo como en el retrato. ¿Quieres creer que es guapo mozo? Y no parece tonto, ni ordinario. En fin, ya le veremos con más detencion esta noche. La tia le traerá á casa de tertulia. ¡Ah! se me olvidaba. El infeliz nos ha enviado una infinidad de chucherías de su lugar, que ya he mandado poner en la despensa. Y monta bien á caballo. Y la jaca castaña que trae no es ningun jamelgo.

—¿Y qué tal se explica? — preguntó don Alonso.

—Muy bien se explica — respondió doña Costanza.

—¡Eres muy original, hija mia; eres muy original!

—¿Y por qué soy original? ¿Qué das á entender con eso?

—Doy á entender que me haces pasar de Herodes á Pilatos. Yo no queria que nos burlásemos de Faustino y que nos indispusiésemos con la familia, y que hiciésemos una afrenta á nuestra propia sangre y casta; pero, la verdad, tampoco quisiera que acabases por enamorarte de un hombre más perdido que las ratas, y que talvez no sirva para cosa alguna, sino para comerse lo que yo te dé. Pues no creas que es mucho. La fama es mentirosa y ponderativa. *En dinero y calidad, la mitad de la mitad.* ¿Qué piensas tú que podré yo darte? Harto sabes lo malas que han sido en estos últimos años las cosechas de trigo y de aceituna. El Gobierno nos saca el redaño á fuerza de contribuciones. Todo se lo tragan en Madrid. Aquello es un sumidero de caudales. Vamos, ¿qué piensas tú que podré yo darte?

—¿Y qué se yo, papá? Tú me darás cuanto yo te pida. ¿Pues qué me negarás, queriéndome tanto?

—No es que yo te niegue nada, sino que no tengo mucho. No te figures que tu papá es un Creso. Lo más que podré darte son tres mil duri-

tos de renta. Para vivir aquí hay de sobra; pero si quieres ir á Madrid ó á Sevilla, esto es poquísimo, y no hay que contar con más en mucho tiempo. Yo estoy robusto, y pienso vivir veinte años lo ménos todavía.

—Ojalá me vivas miéntras yo viva. Pues qué, ¿no te quiero yo con todo mi corazón?

—Sí, me quieres. Ya lo creo que me quieres; pero no eres dócil: haces cuanto disparate te pasa por la cabeza: estás demasiado mimada. En fin, no vayas á enamorarte ahora de ese descamisado de doctor Faustino.

—Entónces me burlaré de él, y afrentaré á mi familia, á mi sangre y á mi casta, y se picará la tia Araceli, á quien debo heredar.

—Pues no te burles de él tampoco.

—Mira, papá: esto, he leído yo en no sé qué librote que se llama un dilema. Tiene dos términos: ó burlarme ó casarme. ¿Qué prefieres?

—Niega tal dilema. Conviértele en trilema ó en cuatrilema. Añádele el término de no coquetear ni marear al primo y de que se vuelva sosegado y contento á su casa cuando pase la feria, ó añádele el término de desengañarle suavemente, si se empeña en enamorarte, y no te burles ni te cases.

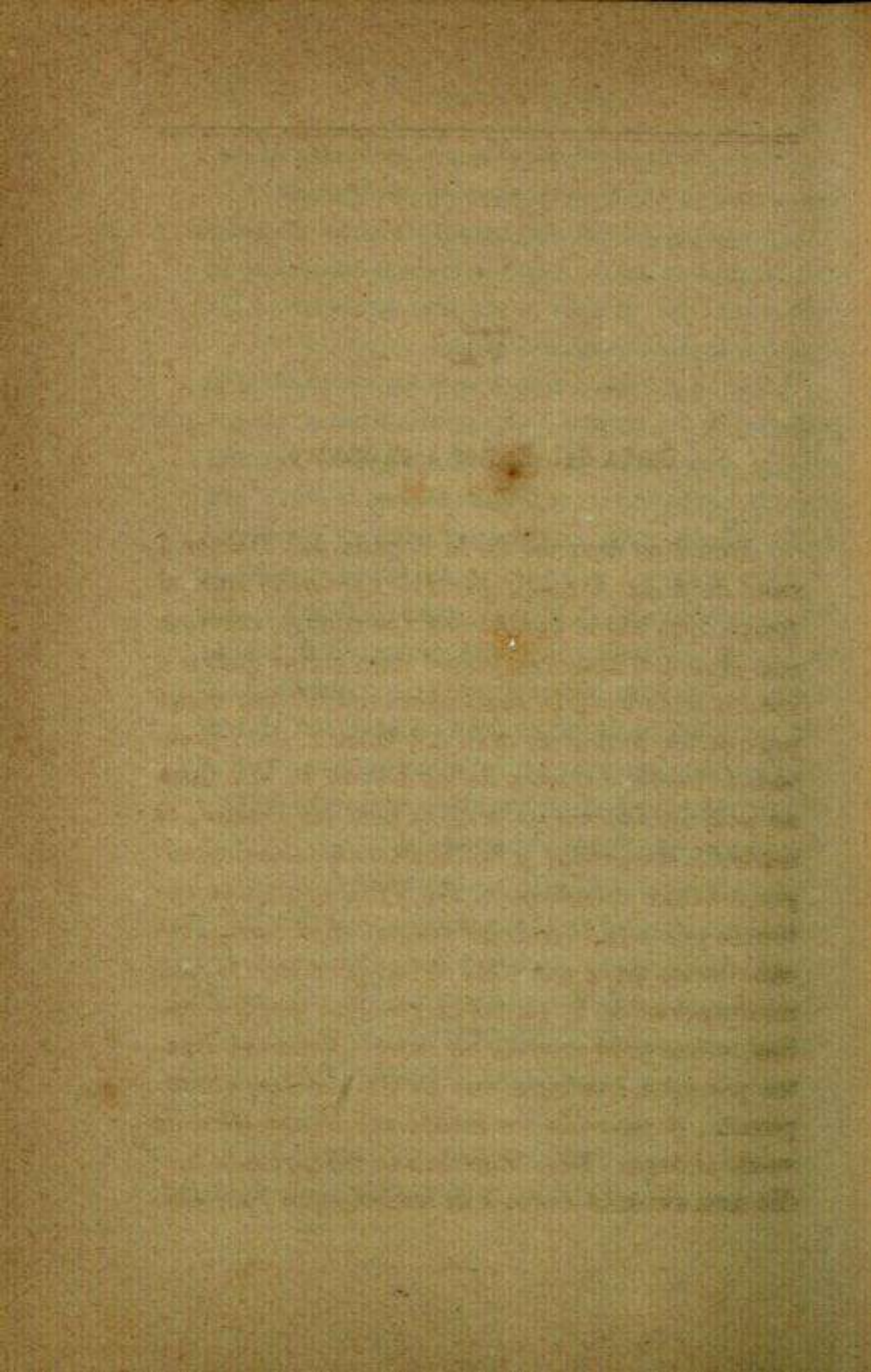
—No me vengas con sofisterías, papá: aquí no hay más que dilema y archi-dilema: ó boda ó bur-

la. ¿Sería poca burla pagar sus chucherías al pobre primo dándole calabazas enconfitadas?

Apurados todos los recursos de su dialéctica, don Alonso se calló, reconociendo tácitamente la existencia del dilema y dando un beso en la frente á doña Costanza.

Ella, en cambio, hizo á su padre el lazo de la corbata, le dió cuatro ó seis palmaditas en el carrillo, y le acarició, por último, la calva, con una fuga de besos sonoros, mientras que le tenía asida la cabeza entre sus manos blancas y suaves.

Don Alonso, en aquel instante, se sintió tan feliz y tan amado por su hija, que le hubiera dado, en vez de los tres mil, hasta cuato mil duros de renta. Lo que no le hacía gracia era que Costanita pensase, ni de broma, en casarse con el doctor Faustino; pero se consolaba con creer que el tal proyecto no podia pasar de ser una broma, y sólo temia que fuese algo pesada,



VI.

Carta del Doctor á su madre.

Dos dias despues de la llegada del Doctor á casa de doña Araceli, pareció necesario que el mozo, que habia venido con los mulos, volviese con ellos á Villabermeja, así para evitar gastos é incomodidades á la espléndida anfitriona, como porque los mulos no eran del Doctor, sino prestados. La ilustre casa de los Lopez de Mendoza no podia sustentar ya sino la jaca del Doctor, el mulo de Respetilla, y dos borricos que casi siempre estaban *estudiando*. En Villabermeja se entiende por *estudiar* dejar sueltas en el campo las caballerías para que ellas se busquen la vida, alimentándose de la escasa hierba que pueden hallar, sobre todo cuando no llueve. Como el Doctor pensaba quedarse con su tia una larga temporada, el mozo de los mulos volvió con ellos de vacío al lugar. Don Faustino envió por este medio una extensa carta á su madre, que traslada-

rémolos íntegra en este sitio, por ser un importante y fideligno documento de nuestra historia.

La carta decia:

« Querida madre: No sé si alegrarme ó entristecerme de haber venido por aquí y de haber acometido esta empresa. La tia Araceli es la misma bondad, la quiere á V. mucho y me ha recibido y tratado con el mayor afecto. Aunque la tia tiene talento, es tan candorosa, que no descubre en nada la malicia. Así es que los elogios que Costancita hizo de mí, al ver el retrato doctoral, créame V., fueron irónicos, y la tia los tomó por moneda corriente. Costancita me ha echo venir por curiosidad y porque es muy caprichosa y porque está muy mimada por su padre y hace cuanto se le ocurre; mas no porque se enamora al verme en efígie con el bonete y la muceta. Por fortuna, me linsojeo de haber infundido en el ánimo de Costancita mejor idea vivo que retratado.

»He hablado con el tio Alonso, que, gracias á Dios, tiene buena índole, pues sería insufrible si no la tuviera. Está tan vano y engreido con sus riquezas, que se figura que es el hombre más discreto, hábil y entendido entre cuantos mortales conoce. Atribuye á ciencia suya, y no á feliz casualidad, el haber hecho tanto dinero, y entiende que poseyendo él en alto grado dicha ciencia, que es la principal, puede y debe decidir

sobre todas las otras sin apelacion. Habla, pues, de política, de literatura, de artes, de todo en suma, con autoridad imperiosa, y como aquí apenas hay persona de la sociedad que no le deba dinero ó favores, todos acatan su opinion como la voz de un oráculo, y no hay quien le contradiga.

»La amabilidad del tío es extraordinaria, no sólo conmigo, sino con cuantos vienen á verle. Quiere pasar por un señor muy llano, lo cual no impide que sea majestuoso y entonado á la vez. Se dirige á todos con cierto aire de proteccion y de superioridad que no ofende por la natural buena fe de que nace.

»El tío presume tambien de chistoso y goza mucho de que le rian las gracias. Cuantos asisten de noche á su tertulia se juzgan en la obligacion de reírse las, y, por lo comun, se las rien sin esfuerzo ni violencia, porque el dinero está dotado de tal encanto, que agracia la palabra y los pensamientos de quien le tiene.

»Nada ha dicho el tío por donde se pueda colegir que sabe nuestros planes.

»Sólo se ha jactado conmigo, y creo vana la jactancia, de que, si quisiese, podría disponer de todos los votos de este distrito y hacer un diputado á su gusto.

»Dos ó tres veces me ha interrogado como para

examinar mi capacidad, medir mis fuerzas y calcular qué se puede esperar de mí. Ignoro si el resultado de estos exámenes me ha sido favorable ó adverso. Bajo las apariencias de franqueza lugareña y de inocencia rústica y campechana, tiene el tío, á mi ver, mucha recámara y disimulo.

»No hablo á V. de la tertulia diaria de casa del tío, pues es como todas. Los viejos juegan al tresillo; los jóvenes arman duos amorosos ó se divierten contando chismes. Costancita parece una emperatriz. Dos ó tres amigas están junto á ella, como si fueran sus damas de honor ó su servidumbre, y luégo se forma en torno un ancho círculo de admiradores.

»Al punto se advierte que todos la adoran, sin que la deidad adorada haga el menor favor, salvo el de agradecer los rendimientos y adoraciones con alguna mirada piadosa ó con alguna dulce sonrisa. A Costancita se le graba y ahonda, cuando sonríe, un precioso hoyuelo en la mejilla izquierda, y enseña además unos dientes blanquísimos.

»No se ha proporcionado ocasion, en dos dias, de que yo hable con ella á solas. Casi me alegro. Costancita me ha inspirado cierto respeto y consideracion, tal vez porque es mi prima, y no quisiera profanar el amor, hablándole de amor, ántes de estar cierto de que la amo.

»Cuando yo no sé aún si la amo, ¿cómo he de saber si me ama ella? Me echa miradas muy cariñosas, pero no acierto á calcular todo el valor y significado de estas miradas. Creo que á ninguno de los admiradores se las dirige tan significativas; pero como el amor propio puede engañarme, siempre estoy espiándola á ver si mira á algun otro del mismo modo que á mí.

»Ella no cae en la cuenta de que yo la espío. Hay en ella mucho candor infantil. Reina en su conversacion singular hechizo. ¡Qué melindres los suyos! ¡Qué inocentadas! Parece una criatura de siete años.

»Y no obstante, ¡si viera V. con qué discrecion habla en ocasiones, qué cosas tan sutiles dice, cómo remeda á éste ó se burla de aquél, y con qué travesura y desenfado lo hace todo! El tio Alonso se queda embobado oyendo y viendo las que él llama maldades de su diablillo. Yo no extraño esto, porque la chica es tan viva y tan graciosa, que aún sin que sea á su padre puede embobar á cualquiera.

»Al principio (ya V. sabe lo receloso que yo soy) empecé á temer que Costanza fuese una niña muy consentida, mala de carácter y fria de corazon; pero ya creo que no; ya creo que es buena.

»¡Si oyera V. con qué voz tan argentina y con qué acento tan blando me llama primito!

»En la tertulia, en medio de sus admiradores, me distingue y considera mucho, y me saca conversacion á propósito para que yo pueda lucirme, y me anima, y me aprueba cuando digo algo que le parece bien.

»Me ha hecho varios cumplimientos muy naturales y sentidos, que me han lisonjeado. Me ha dicho que monto muy bien á caballo, y que sé contar cosas muy entretenidas y amenas.

»Hasta llega á asegurar que las empanadas de boquerones que hacen en Villabermeja le saben á gloria, y que de las que yo he traído, se regala tomando una diaria con el chocolate del desayuno.

»Me ha preguntado por las curiosidades de ese lugar, y unas veces ha celebrado con risa mis contestaciones, cuando eran para reir, otras veces las ha oído con mucho interés, cuando eran serias. Ha querido saber, por ejemplo, si era muy grande el castillo; si el Comendador Mendoza seguía penando en los desvanes de casa; si en Villabermeja roncan al hablar como en Jaen ó gastan otro linaje de ronquidos; y, por último, si nuestro Santo Patrono sigue haciendo milagros ó vive ocioso en el cielo. Acerca de este punto le contesté dando involuntariamente á mis palabras cierto tinte vago de libre pensador, y afirmando que el Santo Patrono no trabaja ahora; pero pronto me contuve,

notando la severidad y el disgusto con que me oyó Constancita, de quien he sabido además, por tia Araceli, que es fervorosa creyente. En efecto, en aquella frente serena, en aquellos ojos que destellan luz inmortal, y en todo aquel sér delicado, elegante, etéreo y armónico, se está rebelando que vive un espíritu lleno del más puro idealismo.

»Ni con la tia Araceli he querido hablar de proyecto de boda. Tampoco la tia me ha hablado. Es menester ántes que yo me enamore de Costancita y que Costancita se enamore de mí. Entónces todo será natural y decoroso. Una gran pasion todo lo justifica. Pero así, sin pasion, ¿cómo he de tratar yo de matrimonio? ¿Qué puedo ofrecer á mi prima? Un caudal de esperanzas y de ilusiones.

»Siempre que siento la tentacion de hablar de boda, siquiera con la tia, recuerdo cierto cuentecillo, y la tentacion se me pasa. Recuerdo á aquel novio que dijo que si su futura llevaba para comer, él llevaria para cenar; pero, cuando se casaron y comieron ricamente, llegada la hora de la cena, el novio salió con que no era ningun buitre, y con que, si comia bien, jamás cenaba. Así tendria yo que hacer con Costancita, ó como no le ofreciese para cena mis ilusiones, como no la obligase á vivir en Villabermeja, en un

perpétuo idilio, donde, con los zuritos de la casería, con los conejos, pavos, gallinas y pollos de nuestro corral, con la caza, con la miel de nuestras colmenas, con las uvas de nuestras viñas, con nuestro vino y aceite, y con cuanto V. prepara y guarda en la despensa, basta y sobra para un rústico banquete diario, digno de García del Castañar y de su fiel, enamorada y linda esposa.

«Mas para esto son inútiles todas las riquezas de Costancita.... ¿Qué digo son inútiles? Son perjudiciales. Rica heredera, lisonjeada de hermosa, con la conciencia de su natural distincion, de su poder, de su gallardía y de su elegancia, Costancita querrá ir á las grandes ciudades y brillar en ellas, y tendrá tambien sus esperanzas y sus ilusiones, que nunca desechará como nó se prende de mí y llegue á adorarme. Y si se prenda de mí y llega á adorarme, ¿qué razon hay para quedarnos en Villabermeja, teniendo Costancita dinero con que vivir en Madrid, donde justificaré yo su amor y el gran concepto que ella forme de mí, encumbrándome por todos estilos? Resulta, pues, que ora me quiera, ora no me quiera Costancita, es imposible realizar con ella un idilio bermejino. Para este idilio importaba encontrar una Costancita tan pobre como yo ó más pobre.

«Y aquí me pregunto: ¿Tengo vocacion para hacer este idilio? Si Costancita fuese pobre, más

pobre que yo, y me amára, ¿la amaría mi alma y olvidaría por ella todo otro anhelo, y undiría y ahogaría en el piélago de luz beatífica de una mirada suya los mil ensueños de ambicion y de gloria?

«Desde que vi á Costancita me estoy preguntando esto, y no atino con la respuesta. Advierto luego con vergüenza que mi pregunta equivale á esta otra, despojada ya de todo artificio retórico, en su terrible y brutal desnudez: ¿Quiero engañarme á mi mismo fingiéndome que amo ya á Costancita, cuando en realidad no amo sino su dinero? ¿Qué hipocresía absurda pretendo emplear hasta conmigo? ¿Por qué vine aquí? ¿Me atrajo la fama de las virtudes y de la hermosura de mi prima ó acudí al olor del dote? Si soy un Coburgo lugareño, ¿para qué presumir de fino enamorado y de romántico adorador de la señora de mis pensamientos?

«Para que responda á estas preguntas, para que confiese su crimen, hace dos dias, desde que ví á Costancita doy á mi alma todo género de tormentos. Soy un feroz inquisidor de mi alma, y el alma no contesta claro. ¡Es singular! En Villabermeja, y durante el viaje de Villabermeja á esta ciudad, acepté é hice sin repugnancia el papel de Coburgo, y ahora me repugna el papel y quiero cohonestar mi conducta fingiéndome enamorado.

¿Será mi orgullo que se despierta al ver lo burlesca que es mi prima? ¿O la misma vergüenza de ser un aspirante á su dote provendrá de que ya la amo?

»En fin, yo ando muy confuso, y no atino á explicarme estas cosas.

»Tal vez, como yo he vivido casi siempre en Villabermeja, donde lo más distinguido que hay en punto á mujeres son las Civiles, y como en las cortas temporadas de Granada he hecho siempre vida estudiantil, jugando al monte, y siendo las damas más encopetadas con quienes he tratado alguna bailarina ó alguna pupilera, me he dejado deslumbrar por Costancita. Quizás, viniendo en busca de dinero, hallé amor, pues más bien halla amor quien le siente que quien le inspira.

»De cualquiera modo que sea, presiento en este asunto algo más serio de lo que pensábamos.»

VII.

Preliminares de amor.

Hay en mi mente mil razones que la inclinan á no proseguir la narracion de esta historia. Sólo el compromiso que contraje al empezar su publicacion me lleva ahora á contiunarla.

El protagonista me desagrada cada vez más. En sus calidades intrínsecas hay poco ó nada que le haga interesante, y, sobre todo, su opinion de señorito pobre es anti-poética hasta lo sumo. ¿Qué lance verdaderamente novelesco puede ocurrir á un señorito pobre? Un buen héroe de novela sin dinero no es concebible sino entre salvajes, en países remotos, en edades antiguas, en medio de civilizaciones bárbaras ó en lucha abierta con nuestra civilizacion y foragido de ella, donde sean, de acuerdo con la sentencia del ingenioso hidalgo, *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*. Pero protegido á par que reprimido por un juez, por un alcalde y hasta por

un guardia civil, con cédula de vecindad ó con pasaporte, sujeto á multitud de reglas, encomendada la defensa propia á gente asalariada por la comunidad, lleno de temor de faltar, no ya á un precepto de ley, no ya á un reglamento de policía urbana, sino á lo que llaman *conveniencias*, ¿qué se ha de esperar que dé de sí un señorito pobre, digno de la más sencilla y pedestre novela? De no romper con la sociedad haciéndose mendigo ó bandolero, importa sobreponerse á ella, lo cual no se consigue sin ser un Abul-Casen ó un Montecristo.

Nada de esto era nuestro pobre Doctor, y yo no he de apartarme un ápice de la verdad, suponiendo lo que no era. Suplico, pues, á mis lectores que me disculpen si caigo y hasta me arrastro y revuelco en el más prosáico realismo.

A fuerzas de trabajo y de súplicas, habían logrado doña Ana y el Doctor que unos marchantes bermejinos les compráran dos tinajas del vino superior que tenían, de la flor y nata de la cosecha, pagándolas al contado, caso raro por allí, y á diez reales la arroba. El producto líquido de esta venta, deduciendo mermas, botas de regalo á los marchantes y gajes y propina del corredor, se elevaba á la cantidad de mil novecientos reales. Los marchantes entregaron religiosamente dicha suma en monedas de todas clases, siendo más de

mil reales en calderilla. Según el uso del país, cada cien reales, ó sea cada ochocientos cincuenta cuartos, venian metidos en una esportilla de palma de escoba, cosida con guita ó con tomiza. Como la esportilla no se ha de dar de balde, en cada esportilla se cuentan sólo ochocientos cuarenta y ocho cuartos, restados dos por el valor de la esportilla. Verdad es que la esportilla es siempre útil, pues cuando no sirve para llevar cuartos, sirve para llevar aceitunas, con lo cual se saca la ventaja de que los cuartos vengan á menudo bañados en el caldo y aliño de las aceitunas, y las aceitunas adquieran cierto sabor y olor á la mugre de los cuartos. Por lo demás, lo mismo debieran valer mil reales en cuartos, metidos en esportillas, que mil reales en oro. El Doctor, sin embargo, no quiso emprender la conquista de su prima doña Costanza con aquel numerario tan voluminoso y mugriento. Su transporte, en la forma en que estaba, casi hubiera requerido otro mulo más sobre los tres, ó mejor dicho en pos de los tres del equipaje y de los presentes. El Doctor tuvo, pues, la precaucion de acudir á la vieja tendera, que le queria bien, á pesar de la mala pasada que hicieron los podencos comiéndose el reparo de bizcochos con vino y canela; y la tendera, rica y generosa, le hizo el insigne favor de cambiarle los mil y novecientos reales en do-

bloncillos de dos y cuatro duros. Con este oro se habian pagado ya las costas de la posada durante el viaje.

A los cuatro dias de vivir el Doctor en casa de doña Araceli, un señor Marqués Guadalbarbo, que habia venido como él á la feria, le llevó al casino, le indujo á jugar al monte, le excitó á echar tres ó cuatro vaquitas, que todas berrearón, y los mil novecientos reales se vieron reducidos á poco más de mil.

Temeroso el Doctor de encontrarse sin blanca, hizo promesa solemne de no volver al casino, para no caer en la tentacion de jugar al monte.

Era menester que los mil reales que le quedaban alcanzasen para el tiempo que habian de estar en el pueblo de su prima, para gratificar á los criados al partir, y para los gastos del regreso á la patria.

La íntima contemplacion de esta miseria propia aumentaba la timidez, la melancolía y el encogimiento del Doctor en todas partes. Se avenia tan mal el don con el tiruleque, disonaba tanto lo de Alcaide perpétuo y demás blasones con aquella escasez absurda de metales preciosos, que D. Faustino se sentia acobardado, postrado, abatidísimo, como si le hubieran dado cañazo.

Llegaron los dias de la feria; hubo toros; hubo mucho turrón y mucho garbanzo tostado; en

fin, cuanto hay en todas las ferias. Don Faustino fué á los toros, convidado por su tío; paseó por el campo de la feria, caballero, en su jaca y vestido de majo; hizo como quien se divierte, pero se divirtió ménos que en un entierro.

Las indefinibles miradas entre él y Costancita continuaban como desde el principio. Por la noche, cuando no habia velada en las calles ó en el paseo público, habia tertulia en casa de D. Alonso. Así se pasó una semana, y así llegó el último dia de la feria; pero los amores de D. Faustino y de doña Costanza estaban ménos adelantados que en el primer dia en que ambos primos se vieron.

Si el Doctor hubiera hallado á doña Costanza por acaso, sin prévio aviso y concierto de que venía á vista para casarse con ella, el Doctor le hubiera declarado sin rebozo sus más atrevidos pensamientos. Pero ¿qué es decir á doña Costanza? Al lucero del alba, á la propia Diana, á la propia Vesta, los hubiera declarado el Doctor. Su proceder tímido no nacia de natural timidez, sino de orgullo. Él, al ménos, así lo imaginaba. Allá en su rica fantasía segaba á montones cuantas flores brotan en las faldas del Helicon y del Parnaso; lozanas y olorosas por el fecundo riego de las fuentes Hipocrene y Castalia, y con estas flores adornaba y cubria su declaracion de amor á doña Costanza; pero no bien apartaba de nuevo

las flores y quedaba la declaracion escueta, el Doctor no veia sino esta fórmula prosáica: «Tráeme los tres ó cuatro mil duros de renta, que me hacen mucha falta. Yo en cambio no tengo sino amor.» Cada vez que á solas en su cuarto, durante el silencio de la noche, el Doctor se repetia las mencionadas frases, se le saltaban las lágrimas de dolor y de rabia. Cada vez, sin embargo, se le figuraba que amaba más á su prima. Por momentos creia sentir por ella verdadero amor; pero los mil reales en que tenia que mirarse para que no se gastáran; su pobreza bermejina, en suma, que hasta para él mismo hacia inverosímil su amor desinteresado, ¿cómo no habia de hacerlo tambien para Costancita?

¡Cuánto lamentaba el Doctor entónces tocando y áun pasando los límites entre la razon y la locura, no haber nacido en Oriente y ser corsario ó *klepta* y *giaour*, como un héroe de Byron, ó no haber nacido en humilde cuna para ser bandolero como José María, ó no haber nacido en el siglo XI ó XII para conquistar á cuchilladas y lanzadas, no ya dinero, sino un imperio, y dársele luego á Costancita en pago de su corazon!

Doña Araceli, que, por amor á su amiga y prima doña Ana, habia preparado el asunto del noviazgo, aficionada despues al sobrino Doctor, se dolía de que las cosas marchasen con tanta frialdad.

dad y lentitud. No quería ó no se atrevía, con todo, á decir nada á D. Fanstino. Juzgaba más conveniente dejar á los presuntos novios en completa libertad para que todo dependiese á su iniciativa.

El Doctor habia dado un bufido á Respetilla siempre que éste, á las horas de irse á acostar su amo, que era cuando más á solas se veía, habia empezado á hablarle del noviazgo. El Doctor, pues, respecto á sus amores con doña Costanza, estaba reducido á un soliloquio perpétuo. Respetilla, con todo, no pudo resistir más la gana de hablar, y una noche le dijo:

—Señorito, hoy hace ocho días que estamos aquí.

—Bueno, ¿y qué? Estarémos otros cuatro ó cinco más, y nos volverémos á Villabermeja—contestó el Doctor.

—Pues si aprovecha su merced los cinco días que quedan como ha aprovechado los ocho, lindo viaje hemos echado; estamos lucidos.

—¿Qué tienes tú que ver con eso? Cállate. No seas insolente.

—Señorito, yo tengo mucha ley á su merced, y aunque me dé de palos he de hablar y he de meterme en camison de once varas y he de decir lo que conviene.

—Respetilla, Respetilla, *cuidados ajenos matan al asno.*

—Yo no niego que soy un asno, señorito; pero niego que los cuidados de su merced sean para mí cuidados ajenos: los cuidados de su merced son para mí más que propios.

—¡No eres tú pillo, ni nada, Respetilla! Vamos, dí lo que te se antoje. Te doy completa libertad por esta noche.

—Pues, señorito, lo primero que digo es que *fray Modesto nunca fué guardian*. Su merced anda muy encogido y cobarde, *y de cobardes no hay nada escrito*. Yo sé, de buena tinta, que mi señora doña Costanza tiene más gana de que su merced le diga algo de amores que un gitano de hurtar un borrico. Está frita y refrita por esos pedazos; pero, ya se ve, como su merced se calla, doña Costanza no ha de hacer lo que hizo la dama del romance con su camarero Gerineldos.

—¿Y cómo sabes tú esas cosas? ¿Cuál es esa *buena tinta* de que la sabes?

—La buena tinta es una morena más retrechera que el reloj de Pamplona, que apunta, pero no da, y me tiene achicharrado hace días.

—Me dejas en la misma duda. ¿Quién es esa retrechera?

—¿Quién ha de ser?... Manolilla.

—¿Y quién es Manolilla?

—Señorito, perdone su merced, ¿tengo yo la culpa de que á su merced se le vaya el santo al

cielo, y esté casi sienpre trasponido y á oscuras, y no vea ni entienda, y con tanto entendimiento y con tanto libraco como ha leído, viva en Belen, como quien dice?

—Pues hombre, no faltaba más, sino que para no vivir en Belen y para tener una idea exacta y completa de las cosas creadas y de lo que más importa fuera necesario que yo supiese quién es Manolilla.

—Pues aunque su merced se me enoje, le sostendré que es necesario y más que necesario. Manolilla no es una Manolilla cualquiera; es la criada favorita de doña Costanza. Yo no me duermo en las pajas, y aunque no he venido á vistas, como la he hallado vacante, la he dicho: aquí me tienes, cuerpo bueno; y como la moza no es ninguna fiera, habla conmigo algunas noches por una de las rejas del jardin.

—¿Y qué te ha dicho de su señora? ¿Sabe ella lo que su señora piensa de mí?

—Dice que la señorita dice que su merced tiene mucho talento y sabe más que Lepe y Lepijo del cielo y de los espacios imaginarios; pero que su merced parece á veces un tio lila, y que le está dando un camelo con no declararse.

—¿Eso dice?

—No digo yo, ni dice Manolilla, que ella lo diga con las mismas palabras; pero así, por estilo

burdo, no atinamos nosotros á exponer de otra suerte el sentido de lo que dice.

—Está bien. ¿Cuándo hablarás tú con Manolilla?

—Esta noche á la una. En cuanto su ama se acueste, saldrá á la ventana Manolilla á pelar la paba conmigo.

—¿Podrás llevar una carta mia para doña Costanza?

—¿Y por qué no? Escríbala en seguida su merced.

Don Faustino se puso al momento á escribir la carta, y una vez escrita, se la entregó al criado, que se fué á ver á Manolilla.

El Doctor no pudo pegar los ojos en toda la noche, pensando en el efecto que la carta produciría y lleno de zozobra de hacer reir á doña Costanza.

Lo primero que hizo el Doctor, cuando Respetilla entró en su cuarto á la mañana siguiente para limpiarle la ropa, fué preguntarle si habia entregado la carta.

—Manolilla quedó anoche en entregársela á su ama en cuanto su ama despertase. A estas horas ya la habrá leído treinta veces la señorita, y se la sabrá de memoria—contestó Respetilla.

—¿Crees tú que habrá contestacion?

—¿Y cómo dudarlo? Tan cierta tenga yo la gloria. Esta noche espero que Manolilla me traerá

la contestacion, y yo vendré en seguida á dársela á su merced.

Miéntras pasaban estas cosas entre el Doctor y Respetilla, doña Araceli, harta ya de ver que sus planes no tenian resultado ninguno, se decidió á romper el silencio y á tener una explicacion con su sobrina. Con pretexto de ir á misa, salió de su casa muy temprano y se fué á ver á doña Costanza, que estaba en cama aún, pero ya despierta. Don Alonso habia ido al campo á caballo, de lo que se alegró doña Araceli, que no queria que la sospechasen ni acusasen de favorecer demasiado aquellos amores.

Doña Araceli habia amado muchísimo, aunque sin fruto y con desgracia, y como la mayor parte de las mujeres que amaron mucho de mozas, se deleitaba, cuando ya era vieja, en que la gente jóven se amase, y hasta aceptaba y hacia el tercer papel, con la misma vehemencia y ternura con que en su juventud habia hecho el primero.

Una de las mayores rudezas y crueldades de la opinion vulgar es, en mi sentir, dar un nombre feo, malsonante y de vilipendio, tanto que no me atrevo á estamparle aquí, á las mujeres ya viejas que conciertan voluntades. Cuando esto se hace con buen fin y sin interés, es el grado más sublime á que puede elevarse el amor en lo hu-

mano; es la manifestacion gloriosa del amor, limpio ya de egoismo; es el amor del amor, sin atender al propio bien ni al logro del propio deseo. No hay obra de misericordia que no se resuma y cifre en el ejercicio de esta virtud archi-amorosa, tan denigrada y escarnecida. La que ejerce esta virtud cura al enfermo, redime al cautivo, da de beber al sediento, enseña al que no sabe, busca posada para el peregrino, y viste la desnudez de un alma con todas las galas y joyas del amor bien pagado. Sólo mujeres tiernas y excelentes, como doña Araceli, son capaces de esta virtud. Hay además en esta virtud mucho de semejanza al estro poético, á la inspiracion, al prurito nobilísimo de producir lo bello, de crear una obra de arte. ¿Qué obra de arte más bella que unos amores, que el concierto y armonía de dos voluntades, que la confusion y compenetracion de dos almas en una sola?

Movida, pues, de tan altos y benditos sentimientos, entró doña Araceli en la alcoba de su sobrina. Suave fragancia trascendia por toda ella. No eran aromas alambicados por Atkinson, Violet ó Lubin. Apénas si habia más que jabon y agua fresca en aquel tocador. Así es que, si no disgustase ya el empleo de la mitología, podria decirse que prestaban á doña Costanza tan delicado aroma la ninfa de la fuente de su jardin é Hi-

gía y Hebe, diosas de la salud y de la juventud.

Habia en la alcoba una ventana que daba al jardin. Al través de los cristales entraban por ella algunos rayos de sol, que parecian filtrarse por entre el tupido ramaje de la madre selva y los jazmines que velaban la ventana. Un canario, cuya jaula pendia del techo de la alcoba, cantaba de vez en cuando. Y en el lado opuesto al de la cama se via un altarito, con dos velas encendidas, y sobre el altarito, una Purísima Concepcion de talla, bastante bonita.

Doña Costanza no usaba papalina, cofia ni redecilla para recogerse el pelo durante la noche; de suerte que el pelo, libre y desatado, mostraba entónces toda su abundancia y hermosura. No exigian tampoco ni el uso ni aquel clima benigno otra vestidura para dormir, que la holanda venturosa que inmediatamente tocaba el lindo cuerpo de doña Costanza, plegándose y ajustándose un tanto á la garganta, merced á una cinta de seda azul celeste, que formaba un lacito sobre el pecho. La sábana y una colcha ligera cubrian á la jóven, si bien ciñéndose al cuerpo por tal arte, que revelaban sus graciosas, elegantes y juveniles formas.

Doña Araceli, que además del cariño de tía tenia lo que llamaba Dante entendimiento de amor, no pudo ménos de extasiarse al ver á su

sobrino; y despues de haberla contemplado un rato, se echó en sus brazos y la besó, diciendo:

—¡Qué hermosísima estás, muchacha! ¡Dios te bendiga! ¡Vamos, si pareces una Magdalena sin penitencia y sin pecado!

—Tiita, no se burle de mí con lisonjas. Mire usted que no soy presumida.

—¡Qué me he de burlar, hija mia! ¡Qué me he de burlar! ¿Dónde se ha visto cosa más mona que tú? ¡Alabado sea Dios, que quiso lucirse y echar el resto en tu persona! Así, en estos momentos, es cuando hay que ver á las mujeres para juzgar sobre su mérito; despeinadas, sin afeites, sin cascarilla ni arrebol, como el Señor las ha criado.

—¿Qué la trae á V. por aquí tan de mañana, tia?

—Pero, muchacha, ¡qué colores tienes tan frescos cuando te despiertas! ¡Si pareces una rosa!—interrumpió doña Araceli.

Costancita, en efecto, se habia puesto más colorada que de costumbre, cuando su tia entró de improviso, y habia ocultado rápidamente debajo de la almohada la carta del Doctor, que Manolilla le habia dado y que ella acababa de leer.

—¿Qué quiere V., tiita? V. misma lo ha explicado todo. Sin penitencia y sin pecado, ¿cómo no he de tener buenos colores?

—Dí también que sin amor y sin desvelos. Eso es lo que no me explico, hija Costanza. Tus ojos son engañosos. ¿De dónde procede el fuego seductor que los anima? ¿De aquí? ¿De este corazoncito? Pero ¿cómo ha de proceder, si este corazoncito está helado?

—¡Helado! ¿Y de dónde infiere V. eso? Al contrario, tía. Sepa V. que mi corazón está lleno de amor.

—¿Para quién, hija?

—Hasta ahora, tía, para nadie. Pero ¿dejará de arder el amor y de morar en mi alma y de ocuparla toda, aunque no tenga objeto en quien se emplee?

—No me salgas con tiquis-miquis que no se entienden. ¿Qué es amor, sino deseo, apetito violento, afán de unirse al objeto amado? Y si careces de objeto, ¿cómo no has de carecer de amor? ¿Qué anhelas tú gozar? ¿A qué apeteces unirte, amándolo?

—Pasito, tía, que no es tan invencible el argumento de V. Cuando hay amor y no hay objeto en el mundo para el amor, se imagina, se sueña, se crea un objeto, y este objeto se ama. Así hago yo. ¡Y si V. viese qué precioso es el objeto que forjo en mis sueños!

—¿No se parece nada á tu primo Faustino?

—A decir verdad, tía, estas imágenes que se

forjan en sueños distan mucho de tener la consistencia de la realidad: son vagas, confusas, aéreas. Sus contornos se desvanecen en un ambiente de niebla luminosa. ¿Cómo he de saber yo de fijo si mi objeto soñado se parece al primito ó no? Eso es segun. Ya creo que se parece algo, ya que no se parece nada.

—¿Luego amas una imágen que no sabes cómo es?

—Sé y no sé. Es un misterio que no logro poner en claro.

—No seas pícara, Costancita. Déjate de misterios. Dime sin rodeos ni diabluras si quieres ó no á tu pobre primo.

—Antes sería menester saber si él me quiere ó no.

—Él te quiere, te adora. Eso se conoce.

—Usted lo conocerá, tia, porque V. tiene más conocimiento que yo. Yo soy inexperta y tan mocita, que nada conozco. ¿Para qué sirve la lengua? Si me quiere, ¿por qué no lo dice? ¿Por qué no se declara? ¿Quiere él y quiere V. que yo le pretenda?

—No, hija Costanza. Él no se declara porque es muy tímido.

—La timidez y la tontería suelen confundirse.

—En este caso no. Además, Faustinito no ha tenido ocasion. ¡Tú estás siempre tan circundada!

—Se rompe el círculo que me circunda, se busca ocasion y se halla.

—¿Y quién sabe si él la anda buscando?

—Muy torpe es si anda buscándola ocho días sin hallarla. Pero, vamos, tiita, yo la quiero á usted muchísimo, y no quiero embromarla más ni ocultar á V. nada.

—Di, di, picarita. Ya calculaba yo que habia gato encerrado.

Doña Costanza metió la mano debajo de la almohada y sacó el billete de su primo entre los lindos dedos.

—Aquí está el gato, tia—dijo.—Aquí está el gato. Ocho días ha tardado el primo en pensar y en escribir esta epistola. Confiese V. que no se precipita y que va con calma, reflexion y reposo.

—No seas burlona. Tu primo no se habrá atrevido á escribirte ántes. Léeme la carta.

—Tia, ¡por amor de Dios! Este es un secreto. No se lo diga V. á papá ni á nadie. Estas cosillas son más gustosas cuando no se saben.

—No tengas cuidado. Yo me callaré. Lee.

Doña Costanza, en voz muy baja, leyó el billete, que decía así:

«Primita: He tenido el atrevimiento de concebir una esperanza de felicidad, que me alienta hace ocho días. Mil temores, nacidos de mi corto valer y de lo mucho que tú vales, asaltan mi es-

peranza, luchan contra ella y procuran matarla. Acudo á tí para que la perdones y la ampares. Basta con una palabra de tus frescos labios para que viva. ¿Pronunciarás tan dulce palabra? En todo caso, no condenes á esta esperanza sin oír ántes lo que tengo que decir en su defensa. ¿Cómo y dónde podré hablarte? Si cierta simpatía que he creído leer en tus ojos, si cierta piedad con que me miras á veces, no son mentira que mi fatuidad inventa, confío en que has de buscar medio de oirme léjos de la turba de adoradores que te rodea. Aguarda con ánsia tu contestacion el más fervoroso de todos, tu primo—*Faustino.*»

—¿Ves cómo no debes quejarte?—dijo doña Araceli.

—Y si yo no me quejo, tia.

—¡Y qué carta tan fina y tan bien hilvanada! ¡Cómo el galan encaja en ella todo lo que quiere! ¡Con qué arte es atrevido sin dejar de ser modesto! ¡Con qué primor pide amores y citas sin que parezca que pide nada! Y tú ¿qué vas á hacer?

—Allá verémos, tia. Lo natural, lo que se cae de su peso, es estar pensando durante otros ocho dias la contestacion.

—Costancita, no seas mala. ¿Le quieres ó no le quieres?

—¿Y yo qué sé, tia?... ¿He de sentirme enamorada de sopeton? Hablando con franqueza, yo me temo que voy á amarle. Advierto que me atrae, que se va hácia él un poquito mi voluntad; pero no le amo todavía. Será menester, lo primero, que me convenza yo de que soy querida, muy querida. Despues... repito que allá verémos.

—Entre tanto, ¿qué vas á contestar?

—Nada, por lo pronto. Ocho dias de silencio.

—Se va á morir de impaciencia.

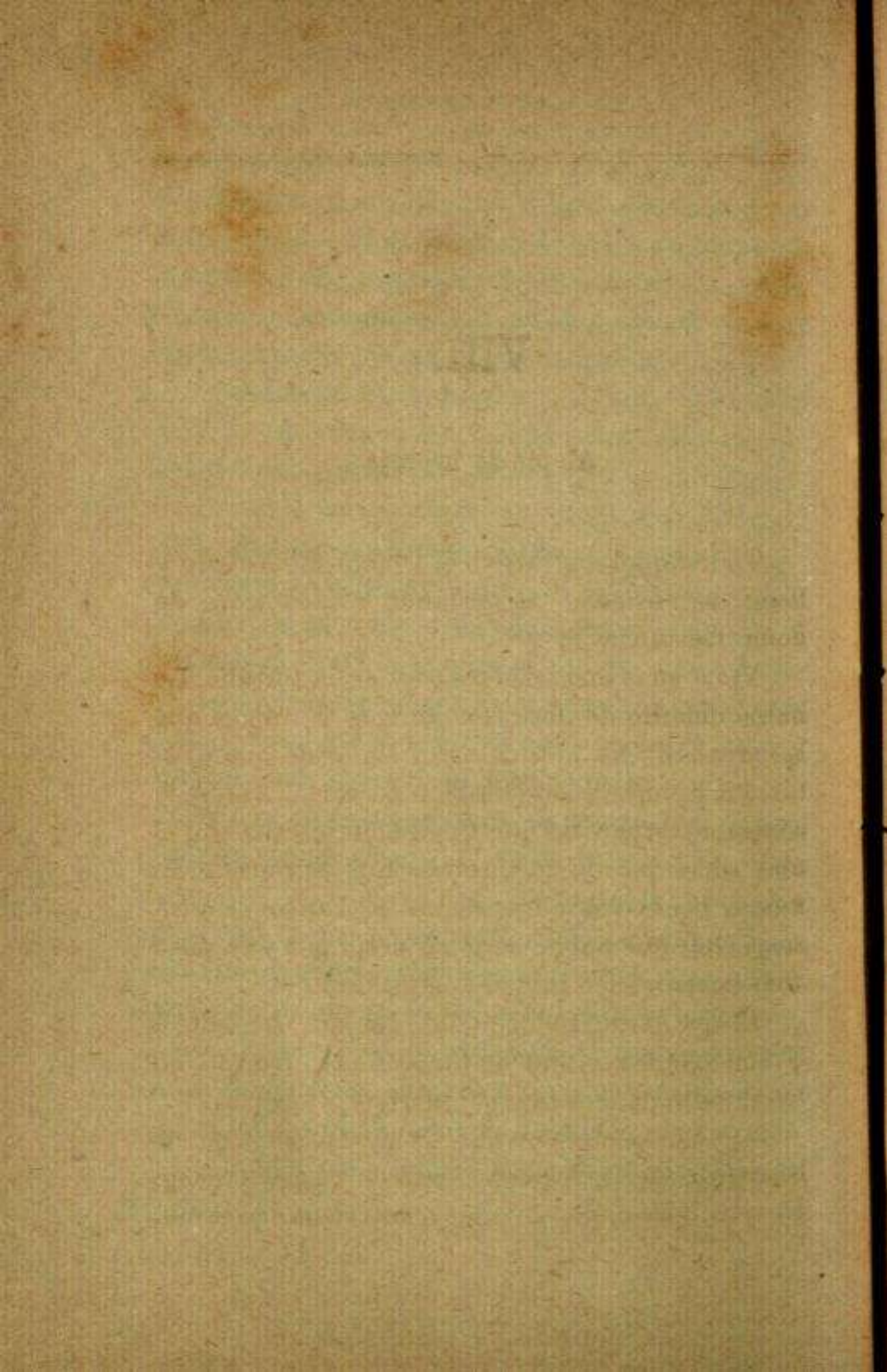
—Pierda V. cuidado, que no se morirá. Por otra parte, ya ve V. que el primito es atrevido: tardío, pero cierto; me pide nada ménos que una cita á solas, ó yo no lo entiendo. Darle la cita sería comprometerme demasiado. ¡Jesus! ¡Qué ligereza! ¿Qué se diría de mí si se supiese?

—Pero, muchacha, si ha de ser tu marido, ¿no podrás hablar con él un momento por una reja?

—¿Y quién le dice á V. que ha de ser mi marido? Eso está por ver.

Por más halagos, razones y caricias que hizo y dijo doña Araceli á su sobrina, no logró ni más promesas ni más luz sobre el estado de su alma con relacion á D. Faustino.

Doña Araceli, no obstante, volvió á su casa algo más confiada en el buen éxito de los amores que con tanto entusiasmo patrocinaba.



VIII.

Al pié de la reja.

Todo aquel dia estuvo el Doctor alborotado y lleno de ansiedad aguardando contestacion de doña Costanza.

Vió á su prima en el paseo y en la tertulia. Le habló delante de los otros amigos y amigas que la cercaban. No notó ningun signo de que Costancita hubiese recibido bien su carta. Antes al contrario, le pareció que Costancita estaba con él más séria que de costumbre. Sus miradas eran ménos benévolas y frecuentes. El Doctor se dió á sospechar que habia caido en desgracia y se puso más melancólico que de costumbre.

Respetilla no habia podido ver en todo el dia á la doncella favorita. Don Faustino le preguntó en balde sobre la suerte y paradero de su carta.

Aquella noche volvió el Doctor á las doce de la tertulia de D. Alonso á casa de la tia Araceli. En vez de desnudarse, rogó á su criada que fue-

se cuanto ántes á hablar con Manolilla, y que á la vuelta entrase á hablarle, que él le aguardaba despierto y vestido.

Así lo hizo, y se quedó sentado á la mesa leyendo un libro de filosofía; pero no acertaba á entender ni un renglon siquiera. Sobre las páginas graves del libro brincaba la imágen de Costancita, riéndose, enamorándole y distrayéndole de todo.

Trascurrieron dos horas mortales. Despues de las dos oyó D. Faustino pasos de puntillas en los corredores. A poco levantó Respetilla el picaporte y entró en el cuarto.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Traes contestacion?—preguntó el Doctor.

—Vaya, señorito, ¿cree su merced que es tan fácil entrar en esta casa? El chico que me abre la puerta falsa se habia dormido como un tronco, y por poco no me quedo á dormir al sereno.

—¿Traes carta?—volvió á preguntar D. Faustino.

—No se apure su merced.

—¿Qué hay? No me apuro—dijo el Doctor, contradiciendo lo apesadumbrado y lastimero de la voz lo mismo que expresaba.—No me apuro. Di, ¿qué hay?

—Pues digo que no hay carta. Doña Costanza ha regañado á Manolilla porque le entregó la de

su merced, á la que dice que no quiere contestar.

—¡Bien me lo decia el corazon! Yo soy poco dichoso. No quiero seguir aquí tonteando. Mañana nos volvemos á Villabermeja.

—Señorito, yo creo que las cosas no están tan mal como su merced se las figura.

—¿Y por qué lo crees?

—Lo creo porque á doña Costanza, que no quiere contestar á su merced, le ha entrado de repente una manía rara.

—¿Qué manía?

—Ha dicho á Manolilla que hace ahora un tiempo delicioso; que el jardin está que da gusto, y que por las noches, con la luz de las estrellas y con el perfume del azahar, debe de estar mejor. Manolilla le ha contestado que sí; que el jardin está encantador de una á dos de la noche; y la señorita ha replicado que tiene el capricho de bajar mañana al jardin, á la referida hora.

—¡Ay, Respetilla, apénas quiero creer mi ventura! ¡Me da cita! ¡Quiere verme y hablarme por la reja del jardin!

—Señorito, yo no digo eso. No saque su merced de mis palabras lo que en ellas no se contiene. Estos son asuntos muy dificultosos y resbaladizos. Ni doña Costanza á Manolilla, ni Manolilla á mí, han dicho nada de cita. No se ha hablado de su merced para nada. Sólo se sabe que doña

Costanza tiene el capricho de bajar mañana al jardín, á la una de la noche, para oler el azahar y contemplar el cielo estrellado; pero como en el jardín hay dos rejas que dan á la callejuela, su merced puede ir por allí, porque la calle es del rey, y nadie le prohíbe á su merced estar en la del rey, y su merced puede oler también el azahar á la hora que se le antoje.

—Iré, Respetilla; iré sin falta.

—Añade Manolilla que su merced debe ir muy embozado en la capa para que no le vean. En este pueblo son muy chismosos y maldicientes. Y cuando estemos los dos en la callejuela, su merced se podrá acercar á la reja como para ver el jardín y oler las flores, y entónces podrá ocurrir la casualidad de que vea su merced allí cerca á la prima, y por casualidad podrá hablarle.

—Ojalá que tan feliz casualidad se realice!— dijo el doctor suspirando.

—No suspire V., señorito. Ensanche su merced el pecho; que hay casualidades que parecen providencia.

El Doctor se puso contentísimo. Era generoso y en albricias dió á su criado una monedilla de cuatro duros, equivalente á ocho arrobas de vino superior de su candiotera, y á poco ménos de la duodécima parte de su haber en metálico.

Al otro día hubo paseo, tertulia, todo lo de los

días anteriores. Costancita, como de costumbre, ni más ni menos afectuosa: más bien menos. Don Faustino la vió, y al lado de su padre, ya cercada de amigas y adoradores. La habló... y como si tal cosa.

La impaciencia devoraba al Doctor. El día le parecía eterno. La tertulia interminable; pero no hay plazo que no se cumpla, llegó la una de la noche.

Ya D. Faustino había acompañado á la tia Araceli desde la tertulia á casa, y había cenado con ella. Estaba listo.

No bien la casa quedó en silencio y todos recogidos, el Doctor se escapó con Respetilla por la puerta falsa, de sombrero calañés, embozado en la pañosa, y con una pistola y un puñal en el cinto.

Antes de que diese la una en el reloj de la iglesia mayor, ya estaban el Doctor y Respetilla en la callejuela. Las tapias del jardín eran muy altas y había en ellas dos ventanas con rejas de hierros cruzados, pero sin celosías ni puertas de madera. Todo lo interior del jardín se descubría perfectamente, en cuanto lo consentía la espesura frondosa de naranjos, limoneros, jazmines, rosales de enredadera y otros árboles y plantas. En la callejuela había profundo silencio, y más silencio profundo en el jardín. Sólo se oía el murmurar de la fuente que estaba en el centro.

No había luna; pero era tan clara la noche y brillaban tanto las estrellas, que iluminaban las senditas del jardín y rielaban en el agua del arroyo por donde se desahogaba la fuente para que no rebosase. En ámbas orillas del arroyo había, sin duda, muchas violetas, pues su aroma sobresalía por cima del de las rosas, azahar y demás flores.

—Aun no ha bajado, señorito—dijo Respetilla.

—Calla y aguardemos—dijo el Doctor.

Trascurrieron en silencio tres ó cuatro minutos.

—Ahí vienen ya, ahí vienen—dijo Respetilla.

—Ea, no se quede su merced así... tan delante de la ventana, hecho un espantajo: no se asusten estas palomas y se escapen. Arrímese su merced al muro, y deje la ventana libre, á ver si acuden.

El Doctor obedeció con docilidad á Respetilla; se apartó de la ventana y se pegó contra el muro. Entónces oyó ruido de pasos ligeros y el crujir agradable y provocativo de la seda y de las leves faldas. Doña Costanza y Manolilla estuvieron á poco en la ventana donde se hallaba el Doctor.

—¡Qué hermosa noche, Manuela!—dijo doña Costanza.—¡Cuánto me alegro de haber bajado al jardín! Estaba desvelada... Pero tengo miedo.

¿Nos habrá sentido papá? Dios quiera que no lo sepa. ¡Dios mio! ¡Qué furioso se pondría!

El Doctor no sabía cómo salir de su escondite y empezar el diálogo.

Por último, se desembozó y se acercó á la reja, donde estaba su prima.

—¡Ay!—dijo ésta asustada.

—No te asustes, Costancita; soy yo, tu primo Faustino.

—¡Hola, hola, primito!—dijo doña Costanza, riéndose.—¡Vaya un susto que me has dado! ¡Miren qué diablura de coincidencia! Hemos tenido el mismo antojo los dos.

—Así es, prima. Yo también estaba muy desvelado, y he salido á tomar el fresco y á respirar el ambiente embalsamado de tu jardín. Buena dicha ha sido el hallarte.

—Sí, hijo mio; pero ¡qué compromiso! Papá, si supiera que yo estaba hablando contigo á estas horas, y por la reja, ¡sólo Dios sabe lo que haría!

Al llegar á este punto de la conversacion, advirtió D. Faustino que ya Respetilla y Manolilla se habian apartado discretamente, sin decir, «queden ustedes con Dios», y estaban hablando muy cerquita el uno del otro, en la otra reja, como quienes quieren dar buen ejemplo.

El Doctor imitó á su criado, y se aproximó

cuanto pudo. Costancita sin duda que no lo advirtió, porque no se retiraba, ántes insensible y naturalmente, sin caer en la cuenta, se acercó tambien un poco. Por momentos estuvieron tan próximos, que el Doctor aspiró el fresco y perfumado aliento de la boca de doña Costanza, y sintió que el fuego de su mirada se le entraba en el alma y como que la encendia.

—Te amo, te adoro—exclamó entónces el Doctor, en voz baja, aunque vehemente.—Para esto queria verte á solas. Esto queria decirte. Ámame ó márame. Eres mi cielo, mi gloria, mi esperanza. Con tu amor y por tu amor me siento capaz de todo. De tí depende mi suerte y mi vida. Tú puedes salvarme ó perderme. Eres más linda que las flores, más fresca que la aurora, más graciosa que las ninfas que imaginaron los antiguos poetas. Vales más que todos mis ensueños, aunque llegáran á realizarse.

—Cállete, primo, cállate y no seas loco. Esa vehemencia de expresion me aterra. Ten juicio, ó no vendré otra noche.

—¿Vendrás otra noche? ¿Vendrás todas?

—Vendré, vendré un ratito; pero es menester que seas muy callado y muy juicioso.

—Pero ¿no me quieres?

—Pues ¿si no te quisiera, vendria?

—¿Con qué, me quieres de amor?

—Mira, Faustino, yo no debo engañarte. Yo te quiero, y te quiero mucho como á primo, y como se quiere á un amigo, y como se quiere á un hermano. Todo esto lo sé, lo siento y lo comprendo; pero de amor, ignoro lo que te diga. Soy muy niña y no sé qué debo sentir, ni siquiera qué debo pensar. Dame espera para que yo me interroge á mí misma y me estudie.

—Perdona mi fatuidad, Costanza; pero ese cariño de que me hablas, ese afecto de prima, de amiga y de hermana, ¿qué es más que amor?

—No trates tú ahora de engañarme, Faustino. Harto se me alcanza que amor es algo más. No sé lo que es, no sé en qué consiste; pero es algo más. Y en prueba de ello, voy á hacerte una confianza.

—¿Cuál, bien mio?

—Que si no te quiero de amor, quiero quererte de amor, y ya esto es mucho. Cuando me paro á pensar en esto, ¿sabe lo que se me ocurre?

—¿Qué se te ocurre?

—Que mi alma anda como la mariposa, revoloteando, revoloteando en torno de la luz, que la atrae de un modo singular. Esta atraccion la siento ya mi alma hácia tí, pero no es amor todavía. Es inclinacion á amar. Si mi alma cae en la luz y se quema, entónces la llamaré enamorada.

—¡Ojalá caiga pronto!

—¡Cruel, hombre sin caridad! ¿tan mal quieres á mi alma? ¿Qué te hizo la pobrecilla?

—Herirme, matarme de amores.

—¿Qué exagerados y enfáticos sois los poetas! No sé qué pensar cuando te oigo. ¿Serán frases, me digo, serán figuras retóricas, ó sentirá éste de véras lo que dice?

—¿Dudas de mi lealtad y buena fe?

—Entiéndeme bien. Yo no dudo. Te ofenderia dudando, y más aún diciéndote que dudo de que eres sincero. Pero acaso te engañas á tí mismo. Este jardin, esta noche tan apacible y serena, este aroma de flores, la novedad de la cita, el silencio poético de las altas horas, ¿no pueden ser parte de tu entusiasmo? Si en vez de estar yo aquí, estuviese aquí otra mujer jóven como yo, y bonita como yo, pues que me dices que soy bonita, ¿no te entusiasmarias lo mismo, y no la llamarías tambien, con la misma sinceridad, gloria é infierno, salvacion y condenacion, y todo lo restante que me dijiste?

—No, no la llamaria. Tú sola eres para mí todo eso.

—Pues bien. Yo haré por creerlo. Permíteme que dude todavía. No quiero ser crédula y fácil. No quiero que me alucine la vanidad. Lisonjea tanto ser amada como tú dices que me amas, que no me atrevo á dar crédito á lo que afirmas.

Dispénsame esta modestia. Adios. Hasta otra noche.

—¿Por qué te vas tan pronto? ¡Apénas has llegado y ya me dejas!

—Estoy llena de inquietud. Temo que me sorprenda mi padre. Cualquier ruido me espanta. Un soplo del viento entre las hojas me hace temblar. Véte.

—¿Vendrás mañana á la misma hora?

Costancita vaciló un rato. Luégo dijo:

—Vendré mañana.

—¿Estarás más tiempo hablando conmigo?

—Estaré si eres bueno, si pierdo un poquito el temor, si me voy convenciendo de que me quieres.

—Y tú, ¿me querrás?

—Ya te he dicho que quiero quererte. Bien sabes tú que el amor es cosa terrible para una mujer. Me siento atraída hácia él, y retrocedo al mismo tiempo espantada, como si viera á mis piés una sima sin fondo, muy oscura y llena de misterios. A la vez que quiero amarte, tengo miedo de amarte. Adios. Déjame por hoy. Pídele á Dios que me dé un sueño tranquilo. Si no duermo nada esta noche, mañana estaré pálida y con ojeras, y papá empezará á hacerme preguntas, y quién sabe lo que recelará, porque es muy caviloso. Véte ya, Faustino.

Don Faustino se preparó á partir. Dirigió una tiernísima mirada á Costancita y le dijo: —Dame la mano.

Doña Costanza no podia tener el mal gusto de negarle allí la mano que le daba en público.

El Doctor la estrechó entre las suyas y la cubrió de besos.

Poco despues, él y Respetilla salieron de la callejuela y se fueron muy alborozados hácia la casa de doña Araceli, siguiendo su camino por las calles de ménos tránsito, á fin de no llamar la atencion.

Orgullosa de su triunfo, prendada como nunca de Costancita, levantando, no ya castillos en el aire, sino alcázares hadados, paraísos, olimpos y jardines de Armida, se durmió aquella noche don Faustino Lopez de Mendoza al són de una serenata magnífica con que le arrullaban el sueño todos los genios del amor y de la esperanza.

IX.

Entrevista misteriosa.

Durante tres ó cuatro dias se repitió la misma función, si con algunas variantes en los pormenores, idéntica en la sustancia.

De día, cercada siempre doña Costanza de amigas y admiradores, no daba ocasión para que su primo le hablase en secreto.

Solia cruzarse sólo entre ambos alguna mirada fugitiva, pero tan confusa en la expresión por parte de ella, que aún sorprendida por alguien no hubiera podido ser interpretada de modo que los comprometiese.

De noche, con el mismo recato y las mismas precauciones, se renovaban las citas y los coloquios por la reja del jardín; pero el amor no daba un paso.

La mariposa revoloteaba siempre en torno de la luz y no se quemaba.

La inclinación á amar no llegaba á convertirse en amor.

Las esperanzas de D. Faustino no se realizaban ni se desvanecían.

Mientras él se veía al lado de ella, se sentía bajo el poder de un hechizo. A todo se sometía. Era crédulo como un niño y sumiso como un esclavo. No hallaba razón que oponer á los discursos con que ella sabía contenerle, y se consideraba dichosísimo y más que pagado con recibir, á cuenta de sus rendimientos y de un amor ya decidido, aquellas vagas promesas de amor posible, aquella propension de afecto, aquel preludeo de correspondencia con que doña Costanza le traía embelesado y falto de juicio.

Pronto, sin embargo, pasada la primera embriaguez, y cuando no estaba en presencia de doña Costanza, empezaron á asaltar al Doctor mil pensamientos harto poco lisonjeros.

—¿Por qué, este misterio en nuestras relaciones?—se preguntaba.—¿Qué perdería mi prima en dejar ver delante de gente que hace más caso de mí, que me distingue más; que empiece á quererme un poco? ¿No hay cierta hipocresía, no hay cierta doblez en su conducta?

La disculpa que hallaba para esto el Doctor Faustino salvaba en parte la buena intención de su primita, pero, en cambio, era desfavorable á la vanidad de él y á sus aspiraciones.

—Mi primita aguarda, sin duda, á que esta pro-

pension que tiene á amarme se convierta en amor ya hecho; á que este gérmen de pasión nazca y crezca y se desenvuelva. Mientras esto no sucede, estoy amenazado de que su amor muera ántes de nacer, ó de que no sea amor, sino simpatía vaga, lo que siente hácia mí. Esta simpatía puede desvanecerse como el humo, y Costancita, previendo que puede desvanecerse, no quiere que deje rastro ni huella. Pero en el fondo de los melindres y niñerías de mi primita, tan mimada y tan candorosa en apariencia, ¿no hay un refinamiento de disimulo, de sangre fría y de cálculo despiadado? ¿No está jugando con mi corazón, con mis sentimientos y hasta con mi dignidad? ¿No es cruel la incertidumbre en que me deja? ¿Es lícito que le sirva yo como de juguete para que se pregunte: ¿le quiero, ó no le quiero? y no sepa qué contestar?

Contra estas cavilaciones ocurrían al Doctor varios argumentos que no carecían de alguna fuerza. ¿No seré demasiado exigente?—se decía.— ¿Qué derecho tengo á que me ame ya? ¿Qué derecho tengo ni siquiera á que mi amor sea creído? Hasta hace poco ¿no he dudado yo mismo de mi amor? ¿Por qué extrañar que dude ella? ¿Cómo, pues, culpar á mi prima porque no cede, porque no me entrega sin reserva su corazón, no estando segura de la sinceridad, de la ternura, de la devo-

cion del mio? ¿Qué pruebas de amor le he dado hasta ahora? ¿Qué sacrificio he hecho por ella? En verdad que ninguno. Ir á verla, á hablarla y á besarle la linda mano por la reja del jardin, léjos de ser sacrificio, es regalo y deleite. Y á trueque de tan dulces favores, ni siquiera sé mostrar un poco de paciencia, ni ménos tener alguna confianza en su buena fé y sanos propósitos.

Así acusaba el Doctor á su prima, y así la defendia en el tribunal de su conciencia, sin llegar nunca á dictar un fallo definitivo. Entre tanto, siempre estaba deshecho, aguardando la suspirada una de la noche, en que acudia á la reja del jardin, acompañado de su fiel Respetilla.

Los amores de éste no adelantaban más que los de su amo. Tambien seguian en el mismo sér; pero Respetilla se lo explicaba todo, suponiendo que cada tierra tiene sus usos, y que los de aquella exigian que los amores, tanto señoriles quanto lacayunos y fregatricios, caminasen con lentitud, y que, en vez de gastar alas, gastasen piés de plomo.—*No se ganó Zamora en una hora,*—añadía Respetilla.—*Lo que mucho vale mucho cuesta.* Pues qué, ¿no hay más que meterse de rondón en los corazones de tan lindas mozas, como trasquilados por iglesia, y entrar en ellos á saco y á sangre y fuego, sin prévia resistencia, sin combate y sin abrir brecha á fuerza de trabajos y fatigas?

En esta situación las cosas, Respetilla vino una mañana al cuarto de su amo, que acababa de despertarse, y le entregó una carta.

Un desconocido se la había dado en aquel mismo instante, en la puerta de la calle, desapareciendo en seguida.

—¿Quién me escribirá?—se preguntó el Doctor.—¿Si será Costancita?

Esperándolo, sin duda, abrió la carta y leyó con asombro lo que sigue:

«Eterno amor mio: Te has olvidado de mí. Ya no me conoces. Yo no te olvido y siempre te amo. Mi espíritu está ligado al tuyo por un lazo indisoluble, que ni el destino adverso ni el tiempo destructor romperán nunca. A través de mil fugitivas existencias, en la rápida corriente de los seres mudables y de las formas pasajeras, mi alma permanece, y tu amor es su esencia. En la vida mortal que hoy tengo en el mundo, el cielo, cuyo fines ignoro y acato, ha puesto entre tú y yo obstáculos casi insuperables. No he querido luchar contra los decretos y designios del cielo. Por eso no me he presentado ante los ojos de tu carne. No quiero que sepas ni el nombre que llevo. Llámame *tu inmortal amiga*. Velo sobre tí. Te veo sin que me veas. Cuando se rinde al sueño mi cuerpo, mi espíritu vuela á tí y se pone á tu lado. ¿Tan material y distraído te has vuel-

to, que no me sientes en lo más íntimo de tu ser cuando te acaricio y me uno á tí en un místico abrazo? ¿No hay ya brío en tu espíritu para evocar el mio? Los ojos inmortales de tu espíritu ¿no logran la aparición de aquella á quien tanto has amado en otras edades? ¿No hay, ni durante el sueño, ni durante la vigilia, un confuso recuerdo en tu mente de los pasados amores? Empiezas á amar, amas ya á otra mujer, y tengo celos. ¡Qué horrible es el tormento de estar celosa! Nada haré, sin embargo, en contra de ese amor que nace en tu alma. En esta vida mortal, no puedes, no debes ser mio. ¡Sería una locura! ¡Sería un crimen!.... No me es lícito, por egoísmo, oponerme á que seas de otra. Lo lloraré; lo lloro; pero sabré resignarme. Con todo, si esa mujer á quien amas es fría de corazón, indigna de tí, y te abandona y te burla, yo te consolaré, dulce bien mio. Mi amor invariable no acaba ni con la rivalidad, ni con el desden, ni con el olvido tuyo. No quiera Dios que llegues á ser infeliz; mas si lo fueres, evócame, di con toda la energía oculta de tu corazón: «¡Acude, consuelo mio!», y me tendrás contigo. Hace días que lucho con el deseo de mostrarme materialmente á tus ojos. Tal vez no pueda resistir á este deseo. Tal vez te llame para verte y hablar contigo y guardar una prenda tuya. ¿Vendrás si te llamo? Sí, yo creo que vendrás.

Eres noble y generoso, y no me privarás de este bien. Quiero un recuerdo tuyo, quiero una viva impresion tuya en los sentidos materiales de que estoy revestida, ántes de perderte para siempre en esta existencia transitoria, ántes de que seas dichoso con esa mujer frívola por lo ménos. Adios. Acuérdate de *Tu inmortal amiga.*»

Maravillado se quedó el Doctor con la lectura de esta carta, haciendo sobre ella mil diversas suposiciones.—¿Será mi primita la que me escribe para burlarse de mi romanticismo con algo más romántico todavía? ¿Será alguna loca que se ha enamorado de mí y cree de véras todos estos delirios? ¿Será el tío Alonso, ó algun tertuliano de su casa, que trata de embromarme? En fin, sea como sea, lo mejor es quemar la carta y no decir á nadie que la he recibido. Buen chasco se va á llevar el que pensó divertirse con el efecto que la carta iba á producir en mí.

El Doctor quemó la carta: ni á Respetilla confió palabra de su contenido, ni á su madre, á quien todo se lo confiaba, le escribió sobre dicho incidente.

Siguió el Doctor amando de dia á doña Costanza, y viéndola y hablando de amor con ella por las rejas del jardin, en las altas horas de la noche; pero cuando se quedaba solo en su cuarto, cuando la prolongada vigilia sobreexcitaba sus nervios,

creía sentir extraños rumores á su lado, como si se deslizase junto á él una sombra. Una vez despertó de su sueño temblando casi y con sudor frío, y pensó sentir en la frente la impresion ligerísima de unos labios etéreos, que habian depositado en ella un beso de amor. Don Faustino Lopez de Mendoza, filósofo racionalista, estaba avergonzado de su cobardía y de su momentánea credulidad; pero es el caso que dos ó tres noches casi juzgó inevitable la aparicion de un espíritu, y sacó de su corazon fuerzas para recibirle con valor y sin amilanarse.—Si es un espíritu, ¿por qué ha de ser terrible?—decia.—El espíritu de una mujer hermosa, de quien anduve yo enamorado, Dios sabe cuándo, no debe ser para asustar, sino para deleitar.—Dicho esto, el Doctor se serenaba y se reia; pero al punto se trocaban en cuidado la serenidad y la risa, porque se persuadía de que estaba oyendo el andar vago y tácito de un espectro que se alejaba, y el susurro de una vestidura levísima, y hasta un suave, profundo y triste suspiro.

¡Cuántas veces resonó en lo íntimo de su alma la última frase de la carta que habia quemado: *Acuérdate de tu inmortal amiga!*

—¿Me iré á volver loco?—se preguntaba entonces.—¿Tendré una naturaleza miserable, débil, nerviosa, en quien prevalece la fantasía so-

bre la razon y el discurso? ¿Estará acaso al arbitrio de cualquiera tunante, á quien se le antoje escribirme una carta disparatada, robarme la tranquilidad y sacar de quicio todos mis sentidos y potencias?

Esta agitacion oculta del Doctor no impedia que siguiese su vida acostumbrada y que sus amores con doña Costanza creciesen en él y permaneciesen en ella en la misma situacion germinal, incierta é indecisa.

A las tres noches despues de recibir la extraña carta, volvía el Doctor con Respetilla á casa de doña Araceli. El coloquio amoroso no habia sido largo. Eran las dos nada más.

Al revolver de una esquina se acercó al Doctor una pobre vieja y le dijo en voz muy baja:

—Señor caballero, necesito hablar con V. sin que su criado lo oiga. Vengo de parte de la *inmortal amiga*.

Respetilla se habia quedado detrás. El Doctor aguardó á que llegase y le dijo:

—Véte á casa; no me sigas; espérame despierto hasta las cuatro.

Bien sabe el demonio lo que le ocurrió entonces á Respetilla. Perdónele doña Costanza el mal pensamiento. Respetilla dió á su amo las buenas noches con un tono lleno de malicia, y le miró con envidia y espanto, como quien dice:

¡Que haya logrado éste lo que no logro yo por más que lo pretendo!

Respetilla no tuvo más recurso que obedecer á su amo, dejarle é irse á la casa.

Solos ya en la calle D. Faustino y la vieja, entablaron este coloquio.

—¿Qué me quiere esa amiga inmortal? Si es burla de algun chusco, yo le prometo que habrá de costarle cara.

—No es burla, señor caballero. Es asunto muy sério. Quizás la carta que recibió V. se resintiese un poco del estado de la desgraciada. Tenía mucha fiebre cuando la estaba escribiendo; pero hoy está bien de salud y forma un empeño grandísimo en ver á V.

—¿Y quién es esa mujer? Dígame V. su nombre.

—No lo sé, y aunque lo supiera no lo diria. Mi obligacion es decir á V. que me siga y venga á verla.

—¿Y cómo aventurarme á ir á ver á quien no conozco?

—¿Tiene V. miedo, señor caballero?

—Abuela, yo no tengo miedo. Vaya V. delante y guie. Iré al infierno, si es menester.

—Tengo encargo de no llevar á V. sin imponerle algunas condiciones.

—Vamos, dígalas pronto. Me someto á ellas

como no sean desatinadas. La curiosidad de ver á mi inmortal amiga puede mucho en mí.

—Son las condiciones, que V. no ha de procurar nunca averiguar el nombre de ella; que no la ha de perseguir; que no ha de tratar de conocer la casa á donde voy á llevarle ahora; que no ha de preguntar mañana, ni pasado, ni nunca, si por acaso la recuerda, quién vive en dicha casa, y, por último, que en el punto que yo le diga á V. *vámonos*, V. me ha de obedecer, dejar la casa, y venirse conmigo hasta este mismo sitio, donde le dejaré para que se vuelva solo á la suya. ¿Acepta V. las condiciones?

—Las acepto.

—¿Me da palabra de caballero de que las cumplirá?

—La doy.

—¿Por lo más sagrado?

—Basta ya. Queda empeñada mi palabra de honor.

—Pues sígame V.

Aunque la ciudad era chica, no tanto, que no hubiera en ella un laberinto de calles estrechas y tortuosas, por donde se internó D. Faustino, precedido de la vieja.

Miéntas andaban, iba el Doctor formando todo género de hipótesis para explicarse aquella aventura. Podía ser una burla de doña Costanza

ó de su padre ó de algun pretendiente de doña Costanza. Aquel marqués de Guadalbarbo, con quien el Doctor habia echado las vacas en el casino, presumia de chistoso. ¿No sería él quien le embromaba? De Málaga, de Granada y de Sevilla habian acudido á la feria algunas mozas alegres, de estas que llaman ahora *traviatas*. ¿No sería posible que alguna de estas mozas se hubiese aficionado del Doctor, viéndole en la feria, y deseosa de tener con él una cita, hubiese inventado todo aquel aparato novelesco para lograrla y hacerla más picante y más grata? Pero ¿qué moza andaluza de dicha laya, con perdon sea dicho de las del gremio, tiene el espíritu bastante cultivado para escribir la carta que D. Faustino recibió, é inventar maraña tan fina? ¿Sería su amiga inmortal alguna vieja casquivana? ¿Sería alguna mujer enferma de enagenacion mental?

Discurriendo de este modo, llegaron á la puerta de una casa, donde se paró la vieja. Al llegar el Doctor, empujó la vieja la puerta, que estaba entornada, y entró é hizo entrar al Doctor en el zaguan, entornando otra vez la puerta, y quedando el zaguan oscuro como boca de lobo. El Doctor, aunque iba bien armado, tuvo cierto recelo y puso mano á la pistola que llevaba en el cinto. La vieja buscó á tientas el agujero de la llave de la puerta interior, por donde se entraba en la casa

desde el zaguan, y abrió con la llave que guardaba en el bolsillo.

La misma oscuridad que en el zaguan habia dentro de la casa.

La vieja tomó de la mano al Doctor, y con mucho silencio le hizo subir por una escalera. Luégo pasaron por dos cuartos, tambien á oscuras. Llegaron, por último, á la puerta de otro cuarto, por cuyos resquicios se veia luz. La vieja dió un golpecito en la puerta.

—Adelante—dijo una voz de mujer.

—Entre V., señor caballero—dijo la vieja.

D. Faustino entró en el cuarto, y la vieja se quedó fuera.

El cuarto estaba pobremente alhajado, pero muy limpio. No habia más que media docena de sillas y una mesa, sobre la cual se veia un velon de Lucena con dos mecheros ardiendo. En el fondo habia una puerta, que conducia á una alcoba.

De pié, en medio del cuarto, estaba una mujer alta y delgada, toda vestida de negro. Sus cabellos eran tambien negros, negros como el ébano. El color de su rostro, trigueño claro. Sus ojos, hermosísimos y del color de los cabellos. Todas sus formas, elegantes.

Aunque pálida y ojerosa, en la tersura de su frente y en la frescura de su tez se notaba que era una jóven de veinte años, lo más.

—Caballero—dijo aquella jóven con voz dulce y algo trémula—perdóneme V. que le haya molestado, escribiéndole primero, y despues obligándole casi á tener esta entrevista conmigo. Cuando escribí á V. la carta estaba yo muy exaltada: creo que tenia calentura. Esto baste para explicar á V. cualquiera extravagancia que pudiese haber en la carta.

—Señora, ¿qué he de creer entónces de la carta que V. me escribió y que ya califica de extravagante?

—Todo en el fondo. Yo no califico de extravagante sino el estilo, quizás lleno de exaltacion.

—Luégo es V. *mi inmortal amiga*.

—Lo soy.

—¿Usted me conoce desde hace tiempo?

—Le conozco á V.... V. es quien se ha olvidado de mí.

—Dígame V. algo para que la recuerde. ¿Dónde, cuando nos hemos visto?

—¡Escucha, Faustino! Perdóname que te hable así; que te llame por tu nombre.... ¡Hemos sido tan íntimos!... ¡Nos hemos amado tanto!...

El Doctor miró con la mayor atencion las hermosas facciones de aquella mujer, y llegó á creer que las recordaba; pero de un modo tan confuso, que no acertaba á decirse en qué ocasion las habia visto. Aun despertaba más en él confusos y

perturbadores recuerdos el metal sonoro y simpático de su voz femenina.

—¡Escucha, Faustino!—repitió la mujer.—Ya te lo escribí. Ahora te lo digo. Yo no debo ser tuya en esta vida mortal; pero quería verte y hablarte una vez sola ántes de que nos separásemos para siempre. Un destino cruel, horrible, me condena á huir de tí... Ama á esa jóven. ¡Dios quiera que sea digna de tí! ¡Dios te haga dichoso!.... ¿Me concederás una gracia?

—Pídeme lo que quieras—dijo el Doctor, pensando si estaria con una loca, sospechando aún si sería todo aquello una burla, y recelando á veces si él mismo estaría soñando ó delirando.

—Dame, como memoria tuya—dijo la mujer—un bucle de tu pelo rubio.

Apénas lo dijo, se acercó al Doctor, que estaba turbado y sin saber lo que le pasaba, y le cortó un bucle con unas tijeras que tomó de la mesa.

Todo esto fué más breve que el tiempo que tardamos en referirlo.

—Ya me has visto *de nuevo*—prosiguió la mujer.—No te olvides *de nuevo* de mí... Si algun dia eres desdichado, llámame y acudiré á consolarte. Hoy eres dichoso y no me necesitas... Dí-melo con sinceridad. ¿Amas á doña Costanza?... Responde lealmente; responde como debe responder un caballero.

El Doctor, así interpelado, no pudo ménos de contestar:

—Amo á doña Costanza.

—¡Véte, véte, véte!—dijo la mujer con acento lastimero á par que iracundo.

Don Faustino iba á irse, obedeciendo á aquella voz imperiosa; pero, de pronto, la mujer le echó los brazos al cuello. Sintió el Doctor sobre su rostro su aliento juvenil. Luégo, la impresion de un beso sobre cada uno de sus párpados.

Tuvo un momento de aturdimiento y de ceguera. Al volver en si, la mujer ya se habia apartado de él y se habia ido por la puerta del fondo, cerrándola con llave.

La vieja estaba al lado del Doctor.

—Cumpla V. su palabra, señor caballero—dijo la vieja.—Sígame V., y le dejaré en el mis sitio en que nos encontramos.

Don Faustino vió que era inútil toda súplica y toda averiguacion. La vieja le recordaba su palabra de honor empeñada, y no tuvo más remedio que cumplirla, siguiendo á la vieja.

Ella le llevó por otras calles, dando rodeos, adrede sin duda para desorientarle. Al cabo le dejó casi á la puerta de la casa de doña Araceli.

X.

La niña Araceli.

Hasta despues de la entrevista misteriosa con su *inmortal amiga* no conoció el Doctor cuán de véras estaba enamorado de doña Costanza. En su *inmortal amiga*, miéntras la tuvo presente, nada habia visto de fantasma aéreo, de diabólico ni de inconsistente, sino una mujer sólida, maciza, hermosa é interesante, y, sin embargo, ningun impulso de amor sensual habia despertado aquella mujer en su pecho, ocupado todo con el amor de la primita.

Lo que la innominada le inspiró desde luégo fué una simpatía profunda y una vehemente curiosidad. Pero ¿cómo satisfacerla?

El Doctor era de suyo muy sigiloso; habia prometido callar, y ni á su madre ni á Respetilla contó nada de la extraña aventura.

En balde recorrió todas las calles de la ciudad en busca de la casa donde la desconocida se le

habia aparecido. Era torpe para recordar sitios. Lo ménos sospechó de treinta casas; pero no decidió que fuese ninguna. Cuando veía una mujer alta y delgada, imaginaba si seria su *amiga inmortal*. Se acercaba y le miraba el rostro, y se convencía de que no. A veces corria detrás de las viejas, á ver si volvía á ver á la vieja que le guió á la casa. Tampoco la volvió á ver.

—¿Quién será mi *inmortal amiga*?—se preguntaba el Doctor.

Miéntas duró vivo en su alma el recuerdo de la impresion material de aquellos labios hermosos sobre sus párpados y del dulce calor de aquel aliento juvenil sobre su rostro, ni soñando ni velando, en la oscuridad y silenciosa soledad de la noche, oyó el Doctor de nuevo vagos rumores como de una sombra que se desliza, ni creyó sentir junto á él espíritu alguno. Sus cavilaciones, para averiguar quién ella sería, tomaron un carácter que podemos calificar de enteramente realista. El Doctor llamó á careo con la impresion que la desconocida le habia dejado á todas las mujeres que vivian en su memoria y con quienes habian tenido algo de parecido al amor. De lo único de que se penetró el Doctor, evocando tales recuerdos, fué de que nunca habia amado. Su primer amor era, pues, doña Costanza. Habia tenido, sí, algunas aventuras galantes, más ó mé-

nos plebeyas. Ninguna de las heroínas de aquellas aventuras era su *amiga inmortal*: ni las pupileras, costureras y bailarinas de Granada, ni una gitanilla, ni varias *traviatas* de oficio, de quienes también se recordaba, ni tres ó cuatro muchachuelas guapas, que habían servido á su madre, y con quienes el Doctor, allá en su primera mocedad, había estado más insinuante y había sido más familiar de lo que al ilustre mayorazgo de los Lopez de Mendoza cuadraba y convenia.

Resultaba, pues, que dentro de los límites de lo naturalmente posible, según el Doctor lo entendia, su *amiga inmortal* no se había mostrado jamás ante sus ojos, desde que era hombre y se llamaba D. Faustino, hasta la noche de la entrevista misteriosa que dejamos referida.

Ella podría haberle visto, sin ser vista, y haberse enamorado de él. ¿Dónde y cómo? Difícil era averiguarlo.

Pasaron tres ó cuatro días, y la impresión viva, la huella, por decirlo así, de los labios de la mujer innominada se borró de los párpados del Doctor; pero la imagen de aquella mujer, que por los ojos había pasado al alma, allí permanecía impresa. Y no sólo en el alma, en la misma retina creía el Doctor que conservaba aquella imagen. Mientras más tiempo pasaba, después de

haber visto materialmente á la mujer, más persistia la imágen, adquiriendo cierta consistencia fantástica. Cuando cerraba los ojos, cuando estaba á oscuras, la veia cercada de un nimbo luminoso.

Aunque algo confusa é indistinta, el Doctor, al contemplar aquella imágen, acabó por hallar en ella cierta semejanza con otra imágen que guardaba tambien en la memoria. Su madre tenía en su estrado un retrato del siglo XVI, que parecia de Pantoja. Era una dama vestida de terciopelo negro, con mangas acuchilladas y brahones, collar de perlas magníficas, gorguera y puños de lechuguilla ó abanillos, y en la cabeza muchos diamantes. Este retrato, aunque no tenía nombre escrito, se sabía que era de la coya ó señora peruana con cuyo dinero se edificó la casa solariega de los Lopez de Mendoza.

Al Doctor, no en seguida, sino cuatro dias despues de haber visto á su *inmortal amiga*, se le hubo de meter en la cabeza que se asemejaba bastante al retrato de la coya.

Ya se entiende que la imaginacion poética del Doctor estaba en completa discordancia con su inteligencia cultivada y con su espíritu crítico. Todos los razonamientos del Doctor venian á demostrar que la mujer desconocida que le habia escrito y que le habia besado los párpados era

una mujer de carne y hueso, bautizada en alguna parroquia, no con siglos, sino con veinte años de edad, á lo más, y que habia de llamarse Juana, Francisca, Teresa ú otro nombre por el estilo, de los muchos que hay en el calendario.

El Doctor, con todo, hallando demasiado largo y enfático el nombre de *inmortal amiga*, tuvo el capricho de dar un nombre ménos vago á su vision, y la llamó María. Quizás fué casualidad, quizás contribuyó á esto el que, en aquella época del romanticismo, los poetas, en vez de llamar á sus ninfas Nise, Filis, Galatea, Delia ú otros nombres algo pastoriles, gentílicos y helénicos, habian puesto en moda el dulce nombre de María: y cuando sus versos no eran ¡*A ella!* eran ¡*A María!* casi siempre.

Lo singular fué que, despues de haber puesto el Doctor á su desconocida el nombre de María, y despues de haberla nombrado así várias veces allá en su interior, vino á recordar con algun asombro, chocándole un poco la coincidencia, que la coya, durante su vida mortal, reinando en España el señor rey D. Felipe II, se habia llamado tambien doña María.

Recordaba luégo el Doctor vários cuentos que habia leído ó que habia oido contar, los cuales, si corroboraban por momentos en su imaginacion la idea absurda de que la coya tenia algo de co-

mun con la *amiga inmortal* daban, por otra parte, cierta luz á su entendimiento para explicarlo todo racionalmente.

En primer lugar, como el recuerdo del retrato no era perfectamente claro, y el de la desconocida, á quien sólo habia visto algunos minutos, era más confuso aún, podria ser muy bien que la semejanza fuese más imaginaria que efectiva. Lo que se contaba de que el espíritu de la coya andaba en su casa velando el tesoro de las perlas, tal vez habia contribuido á infundirle aquella idea con la fantasía. Cuando pequeño habia oido referir que la coya era además el más activo de los genios, espíritus familiares ó lares de su casa. Miétras que el Comendador Mendoza se limitaba á ir penando por los desvanes, la coya habia intervenido en no pocos asuntos de la familia. Al ménos así se decia en Villabermeja. Estos y otros recuerdos habian acalorado, sin duda, la imaginacion del Doctor.

Lo más seguro, pues, era creer que la *amiga inmortal* era una loca, ó una *romántica*, ó una mujer que habia querido divertirse á costa del Doctor, sabe Dios con qué propósito. Hasta el parecerse á la coya, dado que en realidad se pareciera, podia justificarse y aceptarse como verosímil. Pues qué, ¿no hay personas que se parecen mucho sin ser parientes? ¿No podia además ser

la desconocida algo parienta del Doctor, y por lo tanto de la coya?

En lo que al Doctor no le cabia duda es en que no habia soñado ni la carta recibida, ni la entrevista en la casa á donde le llevó la vieja, ni los besos en los párpados. Su *amiga inmortal*, por testimonio evidentísimo de sus sentidos, era un ser viviente, que estremecía el aire con su palabra, que respiraba, que se movia, que tenia calor y aliento, y sangre en las venas. De todo esto se recordaba el Doctor muy bien.

Como hombre previsor, prohibió á Respetilla que dijese á nadie, ni á Manolilla siquiera, que una noche habia estado solo, fuera de casa, hasta las cuatro de la mañana. Respetilla tenía tanto miedo á su amo, que se calló, á pesar de su aficion á contarle todo, y siguió sospechando que doña Costanza no era tan retrechera como su criada, y que se podia comparar mejor á cualquier reloj bien dispuesto que al reloj de Pamplona, de que habla la copla del fandango.

Desgraciadamente para D. Faustino, las atrevidas sospechas de Respetilla carecian de fundamento. Doña Costanza no acababa de amar á su primo, si bien seguia *queriendo quererle* y viéndole todas las noches un ratito por la reja del jardin.

En cambio, el afecto que el Doctor habia infun-

dido en el tierno corazón de la niña Araceli era más vehemente cada día. Este afecto era amor y más que amor; pero, como era amor sentido con humildad y devoción magnánima, y por un espíritu encarcelado en una triste armazón de huesos y forrado de una piel llena de arrugas, había tomado la forma sublime y desprendida de querer realizarse y consumarse por medio de otra tercer alma y por medio de otro cuerpo joven y hermoso, á quienes también amaba é idolatraba la niña Araceli.

Pensarán algunos que esto que refiero es insólito y raro; pero, si lo meditan bien, notarán que ocurre con frecuencia. Hay, por dicha, corazones de viejos y de viejas que no tienen la monstruosidad de amar para sí, que no se encastillan en el egoísmo, y que siguen amando con más energía y de un modo más completo, si cabe, que cuando eran mozos. Uno de estos corazones, y de los más nobles, era el de doña Araceli.

Amaba á Costancita con más ternura que la amaba y podía amarla D. Faustino, y había acabado por amar á D. Faustino, no ya sólo para casarse con él, sino para arrostrar por él muertes, miserias y cuanto hay que arrostrar, si ella se hallase en el cuerpo de doña Costanza. Su sueño de oro era, por consiguiente, verlos casados á ambos. Faustino y Costanza eran como dos pe-

dazos de su propia alma, en cuya union estrecha ponía doña Araceli toda su felicidad y todo su deleite.

La amistad vivísima y constante que, desde la infancia, había unido á doña Araceli con doña Ana, madre del Doctor, había servido de fundamento al afecto de doña Araceli por D. Faustino. Las prendas personales de éste habían despues, con el trato y la convivencia, acrecentado aquel afecto. La niña Araceli ardía, pues, de impaciencia al ver que tardaban tanto en llegar á un término dichoso los amores entre sus dos sobrinos.

La conferencia que tuvo con Costancita, y de que ya dimos cuenta, se repitió en balde otras dos veces.

Recelando doña Araceli que la timidez de su sobrino fuese causa de que el amor no adelantára, se decidió al cabo á hablar con él del asunto, y para ello se le llevó un día á su cuarto, y allí á solas se explicó de esta manera:

—Muchacho—le dijo—no he querido hasta ahora hablarte claro, pero ya es menester que te hable. No se entiende bien que siendo, como eres, tan lindo mozo, tan galan, tan discreto y tan sabio, seas al mismo tiempo tan para poco. Yo concerté con tu madre que vinieses aquí á ver si enamoras á Costanza y te enamoras de ella. Por amor á tu madre, quería yo hacer tan venta-

joso casamiento. Desde que te conozco y trato te he tomado mucho cariño, y ya deseo hacer la boda por amor hácia tí; mas para esto contaba contigo, y veo que me faltas. Y no por falta de amor, no. Yo conozco que amas á mi sobrina. Confíésalo, ¿no es verdad que es muy graciosa? ¿No es verdad que tiene talento? ¿No es verdad que la adoras?

—Sí, tia, la adoro—interrumpió D. Faustino.

—Entónces, ¿por qué no se lo dices, bobo? Yo sé que ella está muy inclinada á quererte; pero, ya se ve, ¿dónde has aprendido tú que han de ser las mujeres las que pretendan y persigan? Hijo mio, estás perdiendo el tiempo y la coyuntura, y te va á pasar lo que al héroe de una antigua comedia que llaman *El castigo del pensé que.....* Aunque echés á tu prima miradas como sinapismos ó cáusticos, que le quemén el corazón, esto no basta; es menester hablar.

El Doctor, deseoso de guardar el secreto de sus coloquios por la reja, contestó á su tia:

—Pero ¿dónde y cómo he de hablar á mi prima, rodeada siempre de gente ó al lado de su padre?

Aquí doña Araceli, aunque tambien habia prometido no hablar de la carta amorosa que Costancita le habia leído, no pudo disimular más, y exclamó:

—Ea, no seas embustero: fuera disimulo. Yo sé que has escrito á Costanza, declarándola tu amor y pidiéndole una cita. En un momento de expansion, ella me leyó tu carta. Dice que no te quiere contestar. Escríbele otra, y verás como te contesta. Yo entiendo que ya te ama. Es timidez ó soberbia de tu parte el no escribir nueva carta, ya que la primera, si no ha sido contestada, ha sido bien recibida.

El coloquio entre el sobrino y la tia siguió largo rato por este camino, y doña Araceli hizo tanto, y estrechó de tal suerte al Doctor, que éste, á pesar de su sigilo, vino á confesar á su tia que hacía ya algunas noches que hablaba con doña Costanza por la reja del jardin.

Doña Araceli recibió la noticia con más júbilo que si fuera ella misma la que hablase por la reja. Su curiosidad de saber hasta los más insignificantes pormenores rayaba en locura. Gozaba con ellos como si fuese su alma, á la vez, el alma del Doctor y el alma de doña Costanza enamorada.

Don Faustino tuvo que contarle todo y que repetir lo más importante.

—¡Válgame Dios poderoso!—decía doña Araceli—¿con que, siete veces hablando de seguida por la reja, en el silencio solemne de la alta noche, á la escasa luz de las estrellas, en medio de un ambiente perfumado de azahar y violetas;

hermosos, jóvenes ambos, y nada, ella no acaba de decidirse ni de confesar que te ama? ¿Tiene el corazón de bronce? ¿Es una piedra, y no una mujer? Te aseguro que no lo comprendo. Y dime, hijo mío, sin una falsa vergüenza, que aquí no es del caso: háblame como si yo fuera tu confesor; te quiero mucho y me intereso por tí; dime, ¿vuestras caras no se han acercado nunca hasta tocarse? ¿Tus labios no se han posado ni siquiera sobre la frente de Costancita?

—Nunca, tía. No he hecho más que tomar su linda mano y besarla.

—¡Ay, sobrino, sobrino! Si tú no fueses tan verídico, no te creería. ¡Esa chica es un alcornoque, es un roble! ¡Y cuán disimulada y astuta! ¡Cómo se lo tenía callado! Su condición natural, por otra parte, es recia de véras. No dejan rastro en su cara esas vigiliass y esos coloquios. Ni ha perdido la color, ni tiene ojeras. El demonio son las niñas del día. Está fresca y colorada como una rosa. Pero ¿qué digo como una rosa? ¿Qué rosa no se marchita y deshoja si está expuesta al sol de Julio sin que vierta el alba en su seno una gotita de rocío?

—Tía—contestó D. Faustino suspirando—yo creo que Costanza no me ama. El sol de mi amor no sólo no puede marchitarla, sino que no existe para ella.

—No, hijo mio, no digas eso; Costanza te ama. Si no te amase, no tendrían perdon la desenvoltura y la coquetería de ir á hablar contigo por la reja. Lo que importa ahora es que adelanten los amores, y que os convengais pronto, á fin de que los santifique la Santa Madre Iglesia, ciñendo al yugo vuestros cuellos con la suave é indisoluble coyunda del matrimonio.

Don Faustino no tenía qué contestar á tan buenos deseos y balbuceó mil gracias. Animada doña Araceli, prosiguió diciendo:

—Yo lo arreglaré todo, ó he de borrarle el nombre que tengo.

—Tia, considere V. lo que hace y no me pierda. No diga V., por Dios, á Costanza que yo no he sabido callar y he dicho á V. el secreto de nuestras citas. No me lo perdonaría nunca.

—¡Hombre, no te asustes ni te echas á temblar! Si sigues así, vas á ser el marido más gurrumino de que hablen las historias. Pierde cuidado, que nada diré á Costancita de cuanto me has dicho. Yo buscaré otros medios para ganarte por completo su voluntad.

—Gracias, tia; pero... mucha prudencia, mucha circunspeccion... no echemos á perder el asunto por querer llevarle á escape.

—En buenas manos está el pandero. Ya verás qué són saco de él para que bailes.

—Dios lo haga, tiita Araceli.

—Oye, Faustinito, te voy á decir una cosa, aunque tú, como eres filósofo, te vas á burlar de mí; pero quiero que me agradezcas los sinsabores que por tí paso.

—¿Qué sinsabores? ¿Se enoja, quizás el tío Alonso contra V. porque V. protege mis amores con su hija?

—No es eso. A decir verdad, tu tío Alonso, aunque no se enoja, no se alegra de estos amores. Tu tío Alonso tiene más conchas que un galápago, y es menester ser el mismo diablo para penetrar lo que quiere. Lo único seguro es que someterá su voluntad á la de su hija, si ésta se decide con firmeza en tu favor. Por lo pronto, no debo ocultártelo, el tío Alonso no está muy prendado de tí; te halla soñador, distraído, poco ó nada práctico, y por último, casi no me atrevo á decírtelo, porque yo misma creo, en este punto, que no carece de razon acusándote....

—¿Y de qué me acusa?

—Te acusa....

—Dígalo V.

—Te acusa de poco religioso; pero, en fin, yo espero que tú te enmendarás. Yo he leído en el *Año Cristiano* y en otros libros piadosos la vida de varias princesas y señoras de alto copete, que se casaron con reyes judíos, moros ó paganos, y

al cabo los convirtieron. ¿Por qué no ha de ser Costancita una de tantas? ¿Tiene acaso ménos labia ó ménos garabato que ellas?

—Sí, tiita; no dude V. de que Costanza me convertirá y hará de mí lo que guste, con tal de que me quiera. Pero, vamos, dígame V. al fin cuáles son esos sinsabores.

—Hijo mio, son una tontería de que te vas á burlar.

—No me burlaré; hable V.

—Ya verás qué débiles y medrosas somos las mujeres. Tú no ignoras que yo viví con tu madre algunos años ántes de que se casase: que despues, cuando tú eras niño, he pasado con ella en Villabermeja una larga temporada, y que siempre nos hemos escrito con frecuencia y con la mayor intimidad. No extrañarás, por lo tanto, que sepa toda la historia de tu familia y de tu casa.

—¿Y qué puede V. saber, tia, que le cause sinsabores? ¿Que soy pobrísimo? Yo no lo oculto.

—No es eso, hijo mio, no es eso. Ya te he dicho que es una tontería, un delirio, pero que me conturba á veces. Has de saber que los bermejinos hablan de un espíritu familiar que hay en tu casa y que interviene en todo. Tu padre, que de nada se asustaba, me contó una vez que, cuando tú naciste, dicho espíritu se le apareció en sueños y le habló de tí, pronosticando cosas oscuras,

que no quiso ó no supo declararme. Despues oi referir allí multitud de patrañas. Y como tu madre tiene en su estrado el retrato de la persona cuyo espíritu, desprendido hace siglos del cuerpo, es quien suponen que hace las tales diabluras, mi imaginacion se ha exaltado en estos últimos dias, y he creído ver vagamente dicho espíritu en la forma que tiene en el retrato.

—¿Usted ha visto á la coya, tia?—dijo don Faustino, con cierto asombro que no pudo disimular.

—Sí, la he visto en sueños dos ó tres veces, y me ha mirado con mucha ira, y he creído entender que se opone á que yo intervenga en el asunto de tu boda. En fin, aunque conozco que esto es una sandez, he tenido miedo. Hace noches (quédese esto para entre nosotros), con pretexto de que no estoy bien de salud, hago que duerma una criada en mi cuarto.

—Pero V. ¿no ha visto á la coya sino en sueños?

—Pues ¿cómo habia de verla de otra suerte? Dios, hijo mio, no puede consentir que las almas de los muertos se anden siglos y siglos paseando por acá para asustar ó para divertir á los vivos. ¡Pues no faltaba otra cosa!

—Eso es verdad, tia.

Lo malo es que la imaginacion puede mucho. Ella produce una ficcion, y sobre esta ficcion se

levanta luego un caramillo de otras ficciones. Dígalo, porque no hace muchos días fui á misa muy de mañana á la Iglesia Mayor. Me hincé de rodillas en el sitio más oscuro y solitario. Apenas noté al principio que había á mi lado una mujer alta, delgada, vestida de negro, al parecer rezando. No sé por qué me fué poco á poco llamando luego la atención su traza peregrina y fuera de lo comun. Antes de que yo me levantára, se levantó ella para irse. Volvió entonces la cara hacia mí, la ví por vez primera, y tuve la maldita ocurrencia de creer que se parecía aquella cara á la del retrato que posee tu madre.

—¿Y no ha vuelto V. á ver á esa mujer?— preguntó el Doctor.

—No, no la he vuelto á ver. La alucinación que en mí produjo entonces es causa sin duda de otros sueños que luego he tenido; pero la señal de la cruz ahuyenta á los malos, y yo procuraré no tenerles miedo. Aunque Satanás se oponga, he de trabajar para que te cases con Costancita.

Con esto dió fin doña Araceli al coloquio, dejando al Doctor con grandes esperanzas de ser completamente feliz en sus pretensiones amorosas, si bien un tanto confuso y meditabundo á causa de todas aquellas coincidencias de la coya, del retrato y de la *amiga inmortal* á quien llamaba María.

XI.

Actividad diplomática.

Después de la conversación con su sobrino, doña Araceli conoció que importaba *herrar ó quitar el banco*; echó sus cuentas, calculó que aquel estado de cosas no debía durar, y resolvió presentar su *ultimatum* á su sobrina y á su hermano D. Alonso, á fin de que diesen los pasaportes al Doctor ó le aceptasen y reconociesen como novio oficial y esposo futuro de Costancita.

Las razones que tuvo doña Araceli, después de recapacitarlo bien, deben exponerse aquí en resúmen.

Don Faustino empezaba á hacer un papel bastante desairado. Toda la gente de la ciudad, porque en una pequeña ciudad de provincia casi nada se encubre, sabía que habia venido á vistas; y como de las vistas nada resultaba, y podian al cabo resultar unas calabazas, mientras más tiempo pasára, sería mayor y más ruidoso el des-

aire. Como el Doctor no tenia mundo, y estaba además enamorado, no comprendia bien esto.

Aunque doña Araceli amaba con todo su corazon á doña Costanza, *el amor no quita conocimiento*, y doña Araceli auguraba mal del disimulo y recato de su sobrina, que hablaba por la reja con el Doctor sin confiárselo; y peor auguraba aún del dominio que tenia sobre sí para que, despues de siete noches en que un jóven tan gallardo le habia hablado de su amor, era de suponer que con arrebatadora elocuencia, no hubiese ella dado un sí y siguiese consultando su corazon, sin averiguar lo que su corazon respondia. Doña Araceli se acordaba de su juventud, y allá en el sigilo profundo de su conciencia se representaba las escenas por la reja, cuando ella tambien habia hablado con una persona querida. ¿Cómo resistir, si se ama un poquito, á las palabras dulces y ardientes, á los suspiros, á los juramentos de amor, á las quejas, al deseo expresado en el gesto y en las miradas lánguidas, cuando todo ello viene fortalecido por la magia del silencio, del reposo nocturno, de la oscuridad, de la incierta luz de los astros, que parece que se enamoran unos á otros en la bóveda azul, del perfume de las flores, de la blanda frescura del regalado ambiente, del arrullo lejano de alguna paloma ó del trino amoroso de algun ruiseñor, y de otros mil incentivos que

ofrecen á tales horas, y en la primavera, el clima, el suelo y el cielo de Andalucía? Todo esto, segun lo recordaba doña Araceli, era irresistible á los diez y ocho años de edad.

Comprendan tambien mis lectores que ya ha dado á entender que doña Araceli habia sido algo frágil y más amorosa que severa. Las que presumen de severidad lo primero que deben hacer es no acudir por la noche á la reja á hablar con el novio. No por eso sostendrá aquí el autor de esta historia que no haya mujeres que acudan á la reja, que estén enamoradas del que habla con ellas, y que escatimen tanto ó más que doña Costanza los favores y las generosas condescendencias; pero repito que lo mejor es no acudir á la reja. Así se lo recomiendo á los padres, hermanos y madres de las señoritas andaluzas. *Quien quita la ocasion, quita el ladron.* No sólo el vino embriaga.

Sea como sea, doña Araceli no acertaba á comprender por qué, á pesar de toda su honestidad y católica crianza, Costancita, ya que habia bajado á la reja durante siete noches, no habia permitido siquiera que su primo le diese un beso en la frente. Para la condicion, los ímpetus y las ternuras de doña Araceli, esto constituia prueba plena de que Costancita no queria al Doctor, y estaba entreteniéndole y divirtiéndose con él.

—En efecto—pensaba doña Araceli—es menester estar revestida de la piel del diablo para bajar á hurtadillas al jardín, de una á dos ó tres de la noche, para acudir con tanto misterio como si fuera un delito, y todo esto con el propósito de dar la mano á besar y de decir:—Ya veremos si te quiero. Está visto: ¡son incomprensibles las muchachas del día!

Otra consideracion se ofrecía á la mente de doña Araceli, que no tiene vuelta de hoja, y con la cual no dudo que estarán de acuerdo mis lectoras más graves.

La conducta de Costancita no tenia buena interpretacion. ¿Para qué aquel misterio? ¿Para qué no decir paladinamente que amaba á su primo? ¿Para qué no hablarle ya como á futuro delante de todos los tertulianos de su casa? Lo de ir á la reja era comprometido y pecaminoso, y ni siquiera tenía la disculpa del amor, ya que Costancita aún no amaba.

Hechas todas las reflexiones susodichas, y muchas otras que en obsequio de la brevedad se pasan por alto, doña Araceli se puso la mantilla y se fué á casa de D. Alonso, resuelta á arreglarlo ó tronarlo todo, sin más dilacion ni rodeo.

Don Alonso estaba en el Casino, y doña Costanza recibió solo á su tia. Lo que hablaron es de suma importancia, y se traslada aquí

tan fielmente como pudiera hacerlo un taquígrafo.

—Costancita—dijo doña Araceli despues del saludo y de tomar asiento—quiero que nos entendamos de una vez. El hijo de mi mejor amiga ha venido aquí, confiado en mis promesas y buenos oficios, y no conviene que salga burlado. ¿Le quieres ó no le quieres? Ya no puedes alegar que él no te ama, que él no se ha declarado. ¿Para qué hacerle penar? ¿Para qué tenerle en una espantosa incertidumbre, si es que le amas? Y si no le amas, ¿para qué engañarle con vanas esperanzas, consiguiendo así que sea más honda, quizás mortal, la herida que piensas hacerle ó que ya les has hecho?

—Tia, tia—respondió doña Costanza—usted viene contra mí espada en mano. Usted es quien viene á herirme. Usted viene tremenda. ¿Y cómo quiere V. que yo conteste á todo eso? Deseo amar á mi primo. Me siento inclinada á amarle, pero no le amo aún. No es culpa mia. ¿Mando yo en mi corazon?

—Pero, hija, ¿qué corazon es entónces el tuyo? Pues qué, ¿despues de tres ó cuatro semanas de ver, de hablar, de tratar á tu primo, nada te dice el corazon, ni en favor ni en contra?

—No es que no me dice nada el corazon. El corazon me dice demasiado, y la cabeza responde,

y entre el corazón y la cabeza se arman disputas crueles, que me aturden y desesperan.

—Confíate en mí, Costancita—dijo doña Araceli con mucha ternura, acercándose á su sobrina y dándole un cariñoso abrazo.

—Mire V., tía, la quiero á V. tanto, la creo á usted tan buena, que voy á abrirle mi alma y á revelarle cuanto hay en ella de bueno y de malo. Voy á exponer á V. mis dudas y contradicciones con franqueza y lealtad.

—Habla, habla, hermosa mía.

—Sin bromas, tía Araceli; yo soy niña, soy inexperta, sé poco de pasiones y de lances de amor; pero sospecho que en el amor hay grados, como en todo. Hasta cierto grado me parece que amo ya á mi primo, el cual es discreto, buen mozo, instruido y tiene otras muchas prendas estimables. Con la mitad, con la cuarta parte del amor que yo profeso ya á Faustinito, tiene de sobra cualquiera otra para aceptar á un hombre por novio, y luego por marido. Pero yo reflexiono demasiado, y necesito doble ó triple amor del que tengo para casarme con mi primo, venciendo las reflexiones. Creo que él me ama, pero también necesito en él doble ó triple amor del que me tiene.

—¿Cómo es eso? Explicáte.

—Es muy sencillo. Con doble ó triple amor,

con un amor inmenso, sublime, sería nuestra union dichosa. Viviríamos aquí ó en Villabermeja en un perpétuo idilio. Cuidaríamos de nuestra hacienda y la aumentaríamos. Nuestros hijos si llegáramos á tenerlos, serian la gloria, la honra, los amos de estos lugares. Faustino y yo recorreríamos en paz, y estrecha y amorosamente enlazados, el sendero de la vida, cubierto de flores, sin nada que turbase nuestra tranquilidad ni que envenenase la copa encantada é inexhausta de nuestra dicha en el mundo. Pero sin este amor, triple del que hoy nos tenemos, me inclino á creer que, si nos casásemos, seríamos infelices los dos. Yo no me resignaría á vivir aquí ó en Villabermeja, y Faustino ménos, porque es muy ambicioso. Él no tiene nada, y yo espero tener poquísimo. Mi padre podrá darme, á lo más, tres ó cuatro mil duros de renta. ¿Y qué es esto para vivir en Madrid? Quiero suponer que Faustino es un génio, un prodigio. ¿Cree V. que con sus versos, sus literaturas y sus filosofías, atinará á ganar mil duros al año sobre lo que yo lleve? Yo no lo creo. Si se mezcla en política, podrá tener algun destino importante por espacio de seis meses ó un año, y luégo se seguirá un largo período de cesantía. Como Faustino no es un hombre de cierta clase, como es más bien ave cantora que ave de rapiña, siempre vivirá pobre. Aun supo-

niendo que él vale mucho, que va á encumbrarse á los primeros puestos, y que le va á durar la prosperidad, todos los miserables sueldos que tenga durante su vida, acumulados y sumados, si fuere dable que los ahorrára, no puede nadie afirmar que constituyan un capital de veinte mil duros, ó sean mil duros de renta ó poco más cada año. No es esto negar que Faustinito no logre brillar como sábio, como orador ó como poeta; pero con este brillo ni se paga á la modista, ni se compran elegantes muebles, ni coches, ni caballos, ni joyas, ni trajes, ni todo lo que necesita una señora para brillar ella tambien. Seria muy triste, tía, que tuviese yo que consolarme y aquietarme con gozar del reflejo de la gloria de mi marido, y que, si alguna vez me sacaba á relucir, pasase yo entre las damas aristocráticas de la córte por una señora temporera, efimera ó provisional, por una semi-fregona, escogida y oscura, de quien unas preguntarían:—¿Quién es esa?—y otras responderian con desden:—Esa es la ministra tal; esa es la mujer del doctor Faustino ó del poeta Faustino.—Peor es, á no dudarlo, que el marido sea el oscuro ó aquel á quién sólo por su mujer se le conozca, como tambien hay muchos. Aflictivo y vejatorio ha de ser para un hombre el que le designen con el título de el marido de la doña Tal, ó de el marido de la condesa de Cual, ó algo

por este órden; pero tambien es vejatorio y affictivo lo contrario, y yo no me resigno á sufrirlo. En resolucion, con lo que mi padre puede darme y con las ilusiones y esperanzas vagas de Faustinito sería un disparate casarnos, á no querernos tan fervorosamente, que ambos sacrificásemos todo sueño de ambicion y de gloria, y nos resignáramos á vivir en un rincon. No crea usted que no comprendo yo la poesía de esta vida. Tanto la comprendo, que he ido y voy aún en busca de ella con mil esfuerzos de voluntad. He hecho lo posible por crear en mi alma un amor tal por Faustino, que venciese en mí el orgullo y las demás pasiones. He hecho lo posible por crear tambien en su alma un amor tal por mí, que matase su ambicion y todas sus ilusiones mentirosas. No me lisonjeo de haber logrado ni lo uno ni lo otro. Se lo confesaré á V. todo. No por una perversa coquetería, sino llevada de mi deseo de amor, y de todos estos ensueños campestres y de idilio que luchan con otros ensueños, he citado á Faustino por la reja del jardin, he hablado con él, le he dado á besar mi mano, y casi, casi le he dicho ya que le amaba. Él ha estado elocuente, apasionado, tierno, pero entretejiendo con sus amores sus ensueños de gloria, y pintándome inhábilmente, para seducirme, la realizacion de sus esperanzas, con lo cual despertaba en mí la am-

bición, que á menudo olvidan los hombres que tambien agita el alma de las mujeres.

—¡Ay, niña Costanza!—exclamó doña Araceli, casi con lágrimas en los ojos, muy contrariada y atribulada.—Me pasma, me aterra, me confunde lo que sabeis y discurrís ahora las muchachas. No era así en mi tiempo.

—Tia, en todas los tiempos ha sido lo mismo. Por otra parte, no tengo yo la culpa de saber y de discurrir tanto. Cuanto he dicho, y más, me lo ha enseñado mi padre. El novio mismo, tan poético, que me ha buscado V., me enseña á discurrir como discurso.

—Pero, hija, yo creo que discurre mal y de un modo perverso. Pues qué, ¿para no pasar por semi-fregona ó por dama temporera es menester tener más de tres ó cuatro mil duros al año? Esos diamantes, esas riquezas las necesitan las feas ó las necias para llamar la atención; pero las discretas y hermosas, como tú, se abren camino y brillan por donde quiera sin joyas ni dijes. ¿Qué joya más rica que la belleza? ¿Qué dije más raro que el verdadero ingenio? ¿Qué perla más luciente que la discreción? Además, á una señora como tú, tan bien nacida y emparentada, ¿quién ha de atreverse á no tenerla por legítima señora, aunque no vaya en coche?

—Tia, crea V. que el dinero es el que consti-

tuye en esta época, como quizás constituyó en todas, la verdadera aristocracia. Sin dinero seré plebeya aunque descienda del Cid, y con dinero pasaré por la hidalguía personificada aunque sea hija de un contrabandista, de un lacayo, de un negrero, de un usurero ó de un bandido.

Doña Araceli trató de impugnar aún los endiablados razonamientos de Constancita; pero pronto desfalleció y se rindió, no por falta de convicción, sino por torpeza de pensamiento y de palabras.

—¿Y qué piensas hacer, hija mia?—dijo por último.

—Si yo tuviese veinte mil duros de renta—respondió Costancita—me casaría sin vacilar con mi primo. Esto probará á V. que le amo. Si yo no tuviese nada, si estuviese tan perdida como él, también le tomaría por marido, porque él, al tomarme por mujer, me demostraría un verdadero y profundo amor, que satisfaría mi orgullo y me movería á no ser ménos generosa; pero mi mediana fortuna destruye estos dos extremos poéticos, y me coloca y le coloca en un justo medio de prosa tan vil, que no hay más recurso que despedir á mi primo, dándole calabazas con la mayor dulzura. Y crea V. que lo siento, tia. Vaya si lo siento. Si estoy enamorada de él, ¿no he de sentirlo?

Y al decir esto, aquella extraña muchacha se echó á llorar como un niño mimado á quien se le rompe su más precioso juguete.

Doña Araceli estaba consternada. Pensó que el infortunio la perseguía siempre en todos sus amores, así en aquellos en que habia hecho el primer papel, como en los que hacia el papel tercero. Doña Araceli habia sido incansable, y seguia siéndolo en cabeza ajena. Un destino feroz ahuyentaba de su lado al dios Himeneo. Cuando jóven no habia sido casadera, y cuando vieja no lograba ser casamentera. Estas ideas melancólicas acudieron en tropel á su alma, y doña Araceli acompañó en su llanto á Constancita. Ambas lloraron á duo, con la mayor desolacion, los infaustos amores del doctor Faustino.

Parecia el duelo que, allá en las antiguas edades, en Creta y en otros paises, debian de hacer las madres cuando llevaban al sacrificio á los hijos de sus entrañas, que eran sus amores, y que iban á ser inmolados en aras de los dioses Cabires ó de otros implacables genios subterráneos, creadores y repartidores de los metales esplendorosos.

En fin, hartas de llorar, ambas se enjugaron las lágrimas, reconociendo que el mal no tenía remedio.

El sol brilló aquel dia como los demás. Vino

la noche, y no faltó una sola estrella en el cielo. Ni una flor se deshojó más pronto de lo prescrito por su naturaleza.

Costancita pareció en paseo y en la tertulia de su casa tan inmutable y serena como el sol, las estrellas y las flores.

Doña Araceli trató también de disimular su mal humor; pero no pudo disimularle tanto como su sobrina. Aquella noche jugó al tresillo, según costumbre, siempre se enfadaba y rabiaba cuando perdía; pero aquella noche se enfadó y rabió mucho más. Se lamentó de su constante mala suerte, suspiró, chilló, y al Marqués de Guadalbarbo, que tuvo la poca galantería de darle tres codillos, le llamó grosero. Doña Araceli tuvo también en la punta de la lengua la palabra fullerero: hasta tal extremo llegó á perder los estribos y la debida compostura.

A la una de la noche fué el Doctor á la callejuela, acompañado de Respetilla. Doña Costanza tardó más que otros días en salir á la ventana. Salió, por último, pero llorosa, sobresaltada y triste.

—Faustino—dijo—mi padre lo sabe todo. No sé quién se lo ha dicho, pero lo sabe todo, y acaba de reñirme del modo más cruel. Me ha hecho prometer que no volveré á hablarte. Falto sólo á la promesa para despedirme de ti. Mi padre se

opone resueltamente á estos amores, y no debo resistir á su voluntad. El hado inexorable nos separa. Olvídate de mí. Compadéceme. Al ménos quiero tener este desahogo al perderte: no puedo ocultártelo más: ¡te amo!

El *te amo* final fué la dulzura en que vino envuelto todo lo amargo de las mal disimuladas calabazas. El Doctor entendió (y quizás no se engañaba, porque el corazon humano es un abismo tenebroso) que el *te amo* era la mayor verdad que habia en todo el razonamiento de doña Costanza. La propuso que la robaria y la llevaria depositada donde ella quisiese, y aseguró que, por amor de ella, arrostraria todos los peligros y desafiaría la cólera de cuantos poderes naturales y sobrenaturales hay en el universo.

Con superior talento, y sin herir el orgullo del Doctor, hizo ver doña Costanza que los planes de rapto, de bodas contra la voluntad paterna y de retiro bermejino, eran delirios vitandos. Demostró asimismo que su padre tenía razon en oponerse á los amores; y que ellos, áun amándose mucho, como se amaban, se harian infelices si fueran marido y mujer; que el cielo repugnaba aquel matrimonio; que el Doctor tenía abierto un risueño porvenir de venturas y de gloria; y que ella, léjos de prestarle alas para llegar á él de un vuelo, le pondria grillos en los piés para que

ni siquiera pudiese recorrer el camino paso á paso.

En suma, Costancita estuvo elocuente, inspirada, deslumbradora. Siento no hallarme en vena para trasladar aquí fielmente todo lo que dijo. Serviría de modelo á mil discursos semejantes que con frecuencia se ven obligadas á pronunciar las señoritas.

El pobre Doctor, aunque desahuciado, abandonado y pisoteado, tuvo que quedar agradecido.

No se entienda, sin embargo, que doña Costanza era una coqueta fría, embustera, hipócrita, y sin entrañas. Con su tia por la mañana, y con el Doctor por la noche, habia sido el mismo candor y la misma sinceridad. No mentía afirmando que amaba al Doctor. Le amaba, y le amaba ardentemente; pero tambien amaba su bienestar, su vanidad de mujer, y sus esperanzas de brillar un dia y de deslumbrar en el gran mundo.

Hasta el suponer doña Costanza que su alma era hermana de la del Doctor, combatida por las mismas encontradas pasiones, presa de iguales sentimientos en lucha, le hacía simpático, querido y adorable á su primo. Mas por aquello que más le amaba era por lo que le desechaba y apartaba de sí.

—Se me desgarrá el corazon—decia doña Costanza—pero es preciso que no nos volvamos á

ver; es preciso olvidar estos días de locura, este sueño fugaz de amor insano y peligroso.

Así Costancita coronaba de flores á su víctima al clavarle el puñal en las entrañas.

Su voz estaba trémula, entrecortada por los sollozos. Gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas.

Lo que doña Araceli extrañaba tanto que no hubiera sucedido ántes sucedió entónces, sin que nosotros lo podamos remediar. Costancita, como estaba llorando, inclinó la frente contra la reja, y el Doctor, conmovidísimo, acercó los labios y dió un beso en aquella serena y cándida frente.

Entónces, como si volviese en sí de un arrebato melancólico, dijo Costancita:

—¡Adios, primito, adios!

Costancita hizo ademán de irse.

—¿Así me dejas, cruel?—exclamó D. Faustino.

—Es preciso: nuestra suerte lo dispone. ¡Adios! No me aborrezcas.

—¡Aborrecerte... jamás!... ¡Quiera el cielo que pueda dejar de amarte!

—No, no me ames... Ama á otra que sea menos indigna ó menos desdichada que yo; pero guarda de mí un grato recuerdo. ¡Adios, primo!

Y Costancita se retiró de la reja, y desapareció, seguida de su criada Manolilla, que habia conversado con el fiel escudero. El Doctor se

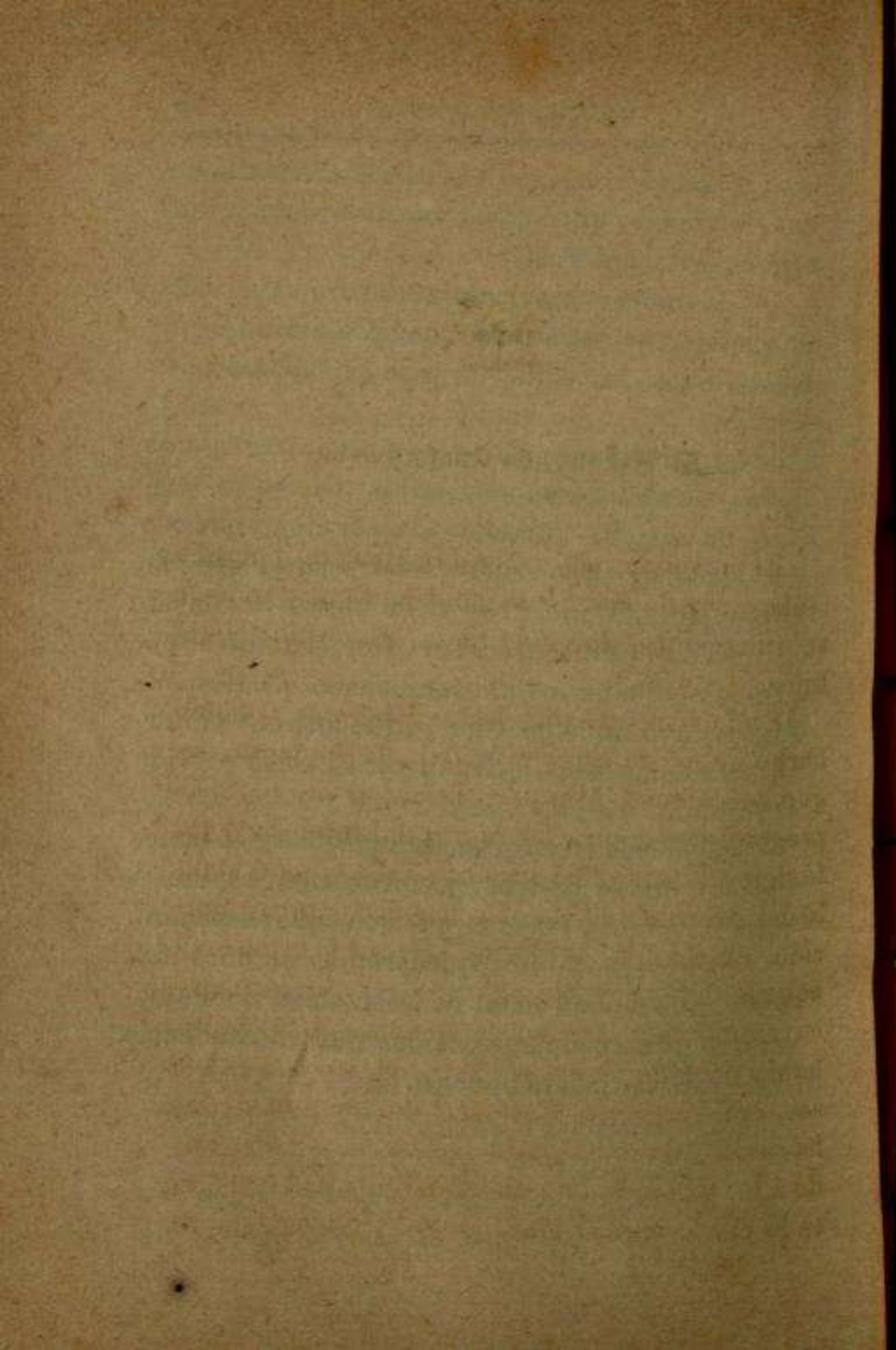
guardó las lágrimas para la soledad. Aquella noche, cuando se quedó solo en su estancia, lloró mucho y durmió poco.

A la mañana siguiente pretextó que acababa de recibir una carta de su madre avisándole que estaba enferma, y dispuso con precipitación su partida.

Después de despedirse ceremoniosamente de su tío D. Alonso y de su prima Costanza, después de repartir quinientos reales de propina á los criados, y después de recibir, para alivio de penas, un millon de besos, de abrazos y de lágrimas de la niña Araceli, el Doctor tomó el camino de Villabermeja, acompañado de Respetilla, en cuyo mulo iban los baules con los uniformes y demás galas, que tan poco habian servido y valido.

Dejémosle ir en paz, si es posible, y pidamos al cielo que le dé valor y sufrimiento bastantes para las penas y trabajos que tiene que pasar aún.

El lector y yo nos quedaremos algunos días más en la ciudad natal de Costancita, donde hemos de presenciar sucesos de gran trascendencia para esta verdadera historia.



XII.

El Marqués de Guadalbarbo.

El personaje cuyo nombre sirve de epígrafe tenía cerca de cincuenta años de edad y más de veinticinco mil duros de renta. Era viudo y sin hijos.

En la fértil y extensísima dehesa de Guadalbarbo había un castillo feudal, desde donde, según contaba el Marqués, pelearon sus heroicos progenitores contra los moros durante seis ó siete siglos. Los maldicientes afirmaban que el abuelo del Marqués había sido lechuzo; que enriquecido, en tiempo de Carlos III, había comprado aquella dehesa y otras fincas, y que su padre, cuyas bufonadas hacían reír mucho á María Luisa, había titulado después. Pero, como quiera que sea, ora vertiendo la sangre de los infieles, ora haciendo derramar lágrimas á los fieles y atrayendo á los labios de una graciosa reina la dulce risa, es lo cierto que el Marqués de Guadalbarbo te-

nia renta y título, vinieren de donde vinieren.

Algo había heredado del carácter alegre y de la chispa y amenidad que tan útiles fueron á su padre; pero, en el fondo, era un señor muy grave, morigerado y á veces austero. Su hermana mayor, la Condesa del Majano, estaba casi en olor de santidad, y el Marqués se asesoraba con ella á menudo y solía tomarla por norma y pauta de su conducta.

Deseoso el Marqués de recorrer sus Estados, y de abandonar, al ménos por una corta temporada, el bullicio y las intrigas de la córte, había venido á la tierra de D. Alonso, donde poseía algunos bienes.

Un mes hacia que estaba allí. La Condesa del Majano se devanaba los sesos por averiguar qué le detendría tanto tiempo. El Marqués apenas escribía, y cuando escribía, era muy lacónico.

Por último, como diez días despues de la partida del doctor Faustino escribió el Marqués á su hermana una extensa carta, que lo declaraba todo, y que trasladaremos aquí íntegra.

La carta rezaba:

«Querida hermana mia: Cuando te refiera las causas y razones que me detienen aquí, no lo extrañarás, como me dices que lo extrañas. Tú misma, á fuerza de lamentar los vicios, los desórdenes y los escándalos de esa capital, me has dis-

gustado de ella, y me has impulsado á venir entre estas gentes sencillas.

»Estoy contentísimo aquí. He hallado un amigo excelente en un caballero principal, llamado don Alonso de Bobadilla, el cual reúne dos prendas que rara vez se hallan juntas; es activo, cuidadoso de sus cosas, entendido en agricultura y ganadería; sabe, en suma, dónde le aprieta el zapato, y es al mismo tiempo el hombre más temeroso de Dios, más devoto y más amigo de ir á la iglesia que he conocido en mi vida. Cuando no está en el campo cuidando de su hacienda, suele estar en el jubileo ó en alguna novena, y rara vez en el Casino.

»Mucho me ha servido la amistad de este hombre, así para mejorar mis bienes con sus consejos, como para mi contentamiento espiritual con su agradable trato.

»El tal D. Alonso es viudo, como yo, pero con la dicha de tener una hija preciosa. No he visto jamás criatura más llena de candor. Y no creas que es tonta, ignorante, ni parada. Al contrario, Costancita, que así se llama, tiene extraordinario despejo y viveza. Su claro entendimiento está bastante cultivado; pero su educación ha sido sólida y muy cristiana, hasta rayar en la austeridad. ¡Qué interesante contraposición se advierte entre su malicia infantil, sus risas y sus chistes, y la

ignorancia santísima de todo lo malo, que desde el fondo de su puro corazón viene á iluminar sus inocentes travesuras.

»El recogimiento con que ha criado á Costancita una señora, tia suya, que permanece doncella, ha sido extraordinario y ha dado, como debia suponerse, los más sazonados frutos. Ya que Costancita es mujer, y, como dice su padre, ha salido á volar, ni con su misma tia se acompaña. La tia vive aparte, y Costancita siempre al lado de su papá, que está hecho un Argos y no la deja ni á sol ni á sombra.

»Nunca ha leído Costancita ni una sola de estas perversas novelas que ahora se escriben, sino libros de devoción, algo de Historia y mucho de *Año Cristiano*. Cose y borda con notable primor; por encargo de su padre me ha hecho una petaca de pita, que es un prodigio de paciencia, y sabe preparar y condimentar mil deliciosos platos de dulce y repostería, que le enseñaron las monjas, en cuyo convento entró con su tia cuando pasó Gomez por aquí. Luégo permaneció en el convento más de dos años, y casi fué menester que su padre la sacase de allí por fuerza, porque se habia encariñado con aquellas benditas madres y se empeñaba en tomar el velo.

»Criada así Costancita, es un ángel en la tierra. Hace muchas limosnas, envia flores y cera á la

iglesia del convento donde estuvo, y es fervorosa devota de la Purísima Concepcion.

»La tia, á quien llaman la niña Araceli, es muy buena señora, salvo que se enfurece cuando juega al tresillo y pierde. Y eso que jugamos á ochavo. Y digo *jugamos*, porque yo le hago la partida muy á menudo.

»No he visto gente que mire ménos á su propio interés, en ciertas cosas, que esta niña Araceli y este bueno de D. Alonso. ¿Quieres creer que tienen un pariente en un lugarcillo no muy distante de aquí; que este pariente no tiene absolutamente sobre qué caerse muerto, y consintieron ambos en que viniese á vistas para que se casase con Costancita si los primos se gustaban?

»Por dicha, el tal pariente, que ha estado aquí algunos dias, es un pedanton de siete suelas, pervertido con las espantosas y abominables doctrinas que ahora se enseñan en las universidades, y tan impío, que nadie le ha visto en misa una sola vez. ¿Cómo habia de convenir semejante trasto á doña Costancita? Así es que apenas si ella le ha mirado. Ha sabido tratarle con afabilidad, como á pariente, eso sí; pero sin hacerle caso como á novio, tal vez sin caer en la cuenta de que venia á pretender su mano, porque la pobre niña, á pesar de lo lista y avispada que es en todo aquello que no puede inclinarse ni torcerse

á lo pecaminoso, tiene completamente cerrados los ojos sobre ciertas particularidades. Tengo motivos para estar convencido de ello, y esto es lo que más me encanta.

»En fin, el primo ateo se ha largado á su lugar con viento fresco, convencido de que no se ha hecho la miel para la boca del asno; y, estoy seguro de ello, sin haber obtenido siquiera ni una mirada amorosa de su prima. Pero ¿qué mucho, si su prima no sabe emplear sus hermosos ojos en semejantes liviandades? Yo la he observado con persistencia, y no he sorprendido jamás que mire á nadie sino como Dios manda. Sólo mira ella con intensidad amorosa, pero ¡de cuán distinto género! cuando mira á su padre ó contempla en la iglesia la imágen de algun santo ó de alguna santa.

»¡Qué diferente es esta Costancita de tantas y tantas señoritas de Madrid, que tienen novios á montones, que coquetean con unos y con otros, que no hay nada que ignoren y que son tan desenvueltas!

»¡No puedes figurarte lo que me he acordado de tí, cuando hacías la justa censura, ya de esta, ya de aquella jóven de la sociedad madrileña, porque me veias propenso á entrar en relaciones, y querias retraerme de tan funesta inclinacion mostrándome los peligros que me amenazaban!

—Costancita es todo lo contrario, me decía yo entonces.—¡A ésta sí que no la censuraria mi hermana!

»En fin, ¿para qué hemos de andar con rodeos? Tú eres la primera persona á quien doy parte. Costancita me ha enamerado perdidamente. Con ella no son posibles coqueteos, ni términos vagos. Ni se la puede hablar al oído, ni sacarla á valsar, ni entretenerla con unas relaciones que no conduzcan al matrimonio, con el beneplácito de su familia. La honestidad y decoro de Costancita, el recogimiento con que vive, el respeto que infunde su honrado padre, y la misma sencillez é ignorancia de la linda muchacha, no consienten otra cosa. Rendido á la evidencia de estas razones, y prendado, cautivo, casi enfermo de amor, he buscado el único remedio posible y decoroso. He pedido á D. Alonso de Bobadilla la mano de su hija doña Costanza.

»Don Alonso me ha dicho que por su parte se honraria en ser mi suegro; pero que en nada quiere contrariar la voluntad de su hija; que la consultaria, y que seria lo que Costancita quisiese.

»Costancita ha pedido diez dias para decidirse.

»Hoy ha cumplido el plazo de los diez dias, y Costancita me ha hecho el más feliz de los hombres aceptando mi mano.»

Así, salvo los cumplimientos y memorias, terminaba la carta del Marqués. Y aunque sea adelantarse demasiado algunos sucesos, turbando el orden cronológico riguroso, añadiré que á las tres semanas de escrita la carta que dejamos copiada, en presencia de la virtuosa Condesa del Majano, que vino aposta de Madrid, y sin boato, galas ni preparativos, porque la modestia de Costancita lo repugnaba, se celebraron sus bodas con el enamorado Marqués, limitándose D. Alonso, en vez de los tres ó cuatro mil duros que prometía, á dar dos mil duros al año, que el generoso marido, con otros cuantos miles más, señaló á su mujer para que se vistiera como correspondia, y pudiera desquitarse con usura, despues de la boda, de la carencia de joyas, galas y dijes que se habia notado en ella.

XIII.

Exámen de conciencia.

Sin ningun incidente digno de contarse habia hecho el Doctor su viaje de retorno á Villabermeja.

Su madre, á quien refirió de palabra lo que por cartas no habia contado de sus amores con doña Costanza, y del fin desengañado que tuvieron, puso á su sobrina como hoja de perejil, y no trató con más piedad al bueno de D. Alonso de Bobadilla.

Despues de este natural y disculpable desahogo, la señora doña Ana Escalante de Lopez de Mendoza se afligió en el alma de ver á su pobre hijo derrotado y humillado, y el mismo Doctor tuvo que consolarla, mostrando que la derrota apénas lo era, ya que él habia ido á enamorar á Costancita, y no á su padre, y sosteniendo que no habia humillacion en que no se llevase á cabo la boda por razones de estado y hacienda que don

Alonso aducía, y por razones de prudencia que Costancita había expresado, y que él mismo había reconocido y aceptado como buenas.

Así pasaron algunos días, hasta que llegó por el correo el parte oficial del casamiento de Costancita con el Marqués de Guadalbarbo. El furor de doña Ana se recrudeció entonces, y el Doctor hizo por calmarle con mil reflexiones juiciosas.

Calmados ambos al fin, porque no hay agitación que no acabe, cayeron madre é hijo en una melancolía tranquila, y siguieron viviendo en Villabermeja, más apartados que ántes del trato de toda aquella gente.

Doña Ana administraba el caudalillo, cuyos productos se consumían casi todos en pagar los intereses de la deuda, y cuidaba diestramente de la casa, donde con órden y severa economía lograba conservar el lustre señorial.

El Doctor, entre tanto, estudiaba, meditaba y daba largos paseos á pié, subiendo á menudo á los cerros, y sobre todo al de la Atalaya, para descubrir más horizonte. Tambien iba á veces en su jaca á la quinta, que era lo mejor de su caudal. La quinta estaba en un sitio muy agreste y distante de los caminos reales, en la cumbre de otro cerro.

Casi la única persona con quien hablaba el Doctor, además de su madre, era el fiel Respe-

tilla, quien solia entretenerle y arrancarle alguna sonrisa contándole los chismes y novedades del lugar, y á quien, por falta de otro sujeto más á propósito, habia tomado el Doctor por contrario para tirar al sable y al florete, llenándole á menudo de cardenales el cuerpo con el sable de madera, y no saliendo ileso casi nunca, pues el Doctor no era un portento en la esgrima, ni para serlo habia recibido las suficientes lecciones. Por lo demás aunque el Doctor tenía la mano pesada y daba á Respetilla sobre diez palos por cada uno que recibia, los de Respetilla eran tan recios y desaforados, que valia tanto el diezmo que pagaba como la cosecha que por todo su cuerpo iba recogiendo. Este ejercicio, no obstante, era muy provechoso para el cuerpo y para el alma de los dos, y en fuerza de la costumbre, sentian ya amo y mozo como necesidad y comezon y hasta cierto deleite en apalearse todos los dias.

A pesar de sus coloquios y combates con Respetilla, y á pesar de las largas conversaciones con doña Ana, siempre quedaban al Doctor muchas horas de dia y de noche, durante las cuales, en la más esquiva y completa soledad, se complacia en recogerse y reconcentrarse dentro de sí mismo, juzgando los sucesos de su vida y sondeando los senos más profundos de su conciencia.

De la aparicion de la mujer misteriosa nada

habia dicho á su madre; pero una de sus primeras diligencias al volver á Villabermeja habia sido ir á ver el retrato de la coya, que estaba en el estrado, el cual era la *cuadra* ó sala cuadrada del piso principal. El Doctor examinó atentamente el retrato, pero no acertó á decidir si era real ó imaginada su perfecta semejanza con su *inmortal amiga*. Por otra parte, su *inmortal amiga* le tenia, al parecer, olvidado hacia tiempo, y su recuerdo, aunque persistente, iba haciéndose algo confuso.

La obra de Pantoja era bellísima, pero al cabo no era más que una imágen, y no podia despertar en el Doctor, que gozaba de cabal juicio, sino simpatías meramente artísticas. La certidumbre de que aquél era el retrato de una antepasada suya, muerta hacía tres siglos, cortaba además los vuelos á su imaginacion.

El Doctor habia leído un cuento oriental, de cierto príncipe que halló en el tesoro de su padre un retrato de mujer de quien se enamoró; pero el príncipe creyó contemporáneo suyo el original del retrato. Salió en su busca por el mundo, y nunca pudo dar con la mujer amada. Sólo vino á averiguar, despues de mucho tiempo y peregrinaciones, que la dama á quien amaba por el retrato habia sido una reina de la isla de Serendib, no ménos prendada de Salomon que la de Sabá, y quizás la más bella y favorita de sus mujeres.

Si el príncipe hubiera sabido á tiempo que el retrato era de aquella antiquísima reina, jamás se hubiera enamorado. El doctor Faustino no podia ni ser más loco que el príncipe.

A pesar de todo, se deleitaba tanto en mirar el retrato y llegó á cobrarle tanto cariño, que se le trajo al salon del piso bajo, donde él vivia, poniendo en el hueco otro retrato de los que adornaban y autorizaban su salon.

No dejaba el Doctor, entre tanto, de recordar á su *inmortal amiga* de carne y hueso, y de forjar nuevas hipótesis para explicarse la carta que de ella recibió y la extraña cita y aventura que tuvo con ella. Base de estas hipótesis era siempre la afirmacion de la existencia real, visible, tangible, corpórea y sólida de una hermosa mujer, que le habia escrito, que le habia hablado y que le habia besado los párpados. Pero ¿quién era esta mujer? Harto sabia el Doctor que ni la boca, ni los ojos, ni los brazos, ni la frente, ni todo el cuerpo en conjunto, eran lo esencial de aquella mujer; que algo habia en ella de indivisible que pensaba y amaba, y á esto llamaba espíritu. Dábase, pues, nombre de espíritu y no se encontraba más adelantado. Su ciencia impía no le llevaba más allá. ¿Era algo el espíritu por sí, ó era un resultado de toda aquella trabazon y concordia de partes, una armonía divina que brotaba de

aquellos órganos? Si el espíritu era algo por sí, bien podía permanecer despues de la muerte y ser ántes del nacimiento. En este caso, ¿por qué no habia de estar en aquel cuerpo de mujer, que él habia visto y tocado, el espíritu de la coya? El espíritu que le animaba á él ¿no podia tambien ser el mismo que animó á uno de sus abuelos, el amante y marido de la coya, pongamos por caso? Pero pronto desechaba de sí este pensamiento como un desatino.

¿Qué razon hay—se decia—para sospechar tal cosa, cuando nada recuerdo de ninguna vida anterior á esta que vivo? De esta misma vida apenas tuve conciencia hasta que mi espíritu acabó de formarse, saliendo de la primera infancia, como quien sale á luz de un seno tenebroso. Se diria que fué menester que la luz material hiriese mis ojos, que los objetos sensibles hiciesen impresion en mi alma, que la palabra humana me revelase la verdad penetrando en las ondas sonoras del aire por mis oidos, para que el espíritu, que sólo estaba en gérmen, diese razon de sí; fuese conociéndose á sí propio, pues sin conocerse no era.

El Doctor, si bien más inclinado á dudar que á negar ó afirmar, inferia de todo que ni su *inmortal amiga* era la coya, ni él era otro que no fuese el doctor Faustino. No aseguraba ni nega-

ba para sí una vida más allá de la tumba. Sobre esto vacilaba. Pero cuando se prometía la vida ultramundana, se la prometía con recuerdo completo, con la misma forma y el mismo carácter, nombre y fisonomía de entónces. Cuando se prometía, en sus momentos de entusiasmo, una prolongacion de su existencia más allá del sepulcro, todo lo ideal y etérea que puede suponerse, en otros mundos, en otras esferas, en otros cielos, no se comprendía sino como tal doctor Faustino, hasta con el mismo cuerpo que entónces tenía, aunque los átomos que le formasen fueran de luz y de gloria, en vez de ser de lodo terrestre.

—Sin embargo—seguía meditando el Doctor —¿dónde va mi espíritu cuando duermo? ¿No se corta, no se para entónces su vida? ¿No será la muerte como el sueño? Cuando duermo, no siendo el sueño muy profundo, creo sentir, aunque confusamente, que soy. Cuando despierto, me asegura la verdad de mi existencia el recuerdo claro y patente de toda mi vida anterior. Pues ¿por qué, aún imaginando la muerte como un largo y profundo sueño entre dos vidas, no ha de acudir al alma cuando despierta, esto es, cuando vuelvo á nacer, el recuerdo patente y claro de todas las existencias pasadas? Cuando tal recuerdo no acude, no hay razon para creer el dogma de los antiguos brahmanes, divulgado en

Europa por el sábio de Sámos y renovado tantas veces. Yo soy todo lo que soy, y en la sucesion y en las mudanzas de mi vida hay una esencia permanente, que es como hilo de oro que enlaza en un collar muchas perlas. El mundo visible, la série de mis impresiones, mis deleites, mis dolores, mis esperanzas, mis desengaños, mis dudas, mi ciencia, todo está enlazado en este hilo que persiste, que á veces creo que no se acabará jamás. Pero ¿cómo he de creer que es eterno? ¿Cómo creer que tampoco ha empezado, cuando veo y noto su principio? Si en el sueño queremos suponer que se rompe, la memoria de todo lo anterior al sueño al punto le reanuda. Pero si en mí hubo muerte corporal ántes de ahora, ¿dónde está la memoria que reanude la vida actual á la vida anterior á esa muerte? ¿Se baña quizás el espíritu, cuando el cuerpo muere, en el rio del olvido? ¿Va á confundirse acaso en el infinito Occéano del espíritu? ¿Hay un mundo del espíritu, como hay otro de la naturaleza, y la penetracion de ámbos es la humanidad? Si fuera así, léjos de creer en la existencia de mi individuo ántes de mi nacimiento y despues de mi muerte, me inclinaria mucho á dudar de la misma vida que ahora vivo. ¿Qué seria yo entónces, sino apariencia, ilusion efimera? Sólo habria real y efectivo por un lado la naturaleza y el espíritu

por otro, como dos modos de la misma sustancia. Ni mi sér ni mi conocer serian más que ilusorios, en cuanto yo me afirmase como sér finito y limitado, que vale tanto como afirmarme distinto de los demás séres.

El Doctor discurria así, de noche, á solas, en la gran sala baja, donde estaban los retratos, incluso el de la coya, y donde habia tambien un espejo. En aquella soledad, sin temor de que le vieses y tuviesen por loco, se tocaba el cuerpo con las manos, se miraba al espejo y se veia, andaba y oia sus pisadas al andar, hablaba y escuchaba su palabra misma. Luégo se reia de aquella prueba pueril que se estaba dando de su propia existencia. Cerraba entónces los ojos, se quedaba inmóvil en un sillón, y prescindia de todo, hasta del pensamiento, y entónces la prueba de que existia era más clara: no era porque se veia, ni porque se tocaba, ni porque andaba, ni porque se oia, ni porque pensaba, sino era porque era. Desenvolvía luégo aquella escueta y pura afirmacion de su sér, y resultado algo como el hilo ó lazo de union donde venía la memoria á engarzar todos sus pensamientos, impresiones, ideas y deseos. Más allá de cierto término, ni habia hilo, ni objeto alguno que ensartar en el hilo. Luego allí espiraba todo; luego aquello habia tenido principio; luégo ántes no habia sido nada.

El Doctor discurría una noche con tan cándida buena fé, que, al llegar á este punto fué á la mesa de su bufete y sacó de un cajon su fé de bautismo. Quiso cerciorarse y se cercioró de que habia nacido en el año de 1816, y se declaró á sí propio que hasta entónces no habia habido doctor Faustino, ni espiritual ni material, y que todos los séres que llenan el espacio sin límites, y todos los sucesos y cambios que traman y tejen la tela del tiempo, dentro de la eternidad inmutable, habian existido y ocurrido sin que él tuviese arte ni parte en cosa alguna.

Despues continuó cavilando:

—En la corriente de la vida, en la serie de los casos y de los séres he aparecido poco há. ¿Me hundiré, desapareceré para siempre, volveré á la nada de donde salí, ó persistiré en lo futuro? Toda esta sustancia que forma mi cuerpo, ¿no se ha renovado ya várias veces, y yo he permanecido? Mi forma misma, ¿no ha cambiado en lo accidental? Y, sin embargo, ¿esencialmente no persiste hasta mi forma? Pues ¿por qué no ha de seguir persistiendo? Persistirá; pero ¿cuál será el modo de su persistencia? Como idea, no sólo persistirá, sino que preexistía. Como realidad, tal vez persista, pero no preexistió. En todo caso, hasta su persistencia como idea será más firme despues de haber existido en realidad. An-

tes de ser yo realmente, era sólo, en la inteligencia infinita, una idea inmutable, eterna como esa inteligencia. Lanzado ahora en el seno de lo sucesivo y mudable, apareciendo mi sér en la corriente del tiempo, al ménos vivirá tambien larga vida, ya que no vida inmortal, como idea y como recuerdo, en otras inteligencias finitas. Algun efecto ha de producir esta vida mia; alguna huella ha de dejar; para algo he nacido; para algo soy. Sin embargo, no me contento con esta inmortalidad, ó con esta vaga duracion de más allá del sepulcro. Quiero, no la duracion de mi nombre, ni de mis pensamientos, ni de mis obras, sino de todo yo, con el recuerdo vivo de mi nombre, de mis pensamientos y de mis obras, aunque este recuerdo venga á ser un tormento sin fin de remordimientos y de vergüenza.

Aquí volvía el Doctor á recordar la fecha de su nacimiento. Luégo añadía:

—Nada; yo no era ántes de 1816. Todo lo ocurrido hasta entónces, ni pena ni gloria para mí; pero de lo que he pensado, y hecho, y amado, y sentido, y aborrecido desde entónces, quiero gloria y pena y recuerdo perenne, y responsabilidad que no acabe. Yo me siento libre. Hay un poder en mí que no se doblega, ni cede, ni se humilla ante la misma omnipotencia. Si obedece sus decretos, es porque quiere. Si no los

obedece, es porque quiere. Debe responder y responde de todos sus actos. Ya sea caduca, ya sea inmortal, la existencia de esto que llamo mi espíritu, en este instante fugaz, en esta vida que vivo ahora, no es un paso como otros muchos que voy haciendo en el camino de la perfección, sino que es trance que decide de todo mi destino, de toda la eternidad para mí. En esta vida he de hacerme adecuado á la idea eterna que hay de mí si fuera de esta vida no soy más que una idea, ó de merecer en realidad todos aquellos grados de excelencia y de beatitud á que estoy llamado. Un poco de ciencia, un poco de vana curiosidad ha destruido en mí las creencias. Mi mente vuelve, con todo, por el discurso á coincidir en los más importantes de lo que por fé me enseñaron. Será esta vida un tránsito, una peregrinación á otra vida mejor; pero de esta vida depende todo. Lo esencial es esta vida. La acción del drama está en ella. Si queda para mí después una eternidad, toda ella se resume y cifra en este instante. Toda ella es sombra, reflejo, consecuencia, resultado de lo que ahora yo determine. Cielo é infierno, con su perdurable extensión, nacen ahora en el centro de mi alma, en el abismo de mi conciencia, la cual, por cima del torrente silencioso del tiempo que va pasando, vive en lo eterno. Es absurdo suponer que la vida es un en-

sayo, y que si sale mal, venimos despues á hacerlo mejor en otra. El vivir humano es más serio, más digno que todo eso. Toda la educacion, todo el progreso, toda la purificacion, todo el bien á que podemos aspirar ha de lograrse ahora ó nunca. De esto vivo seguro, ya permanezca nuestro espíritu penando ó gozando, pero inactivo despues del drama, ya sobreviva sólo como concepto eterno con el recuerdo de las obras que hizo.

De esta suerte llegaba á persuadirse el doctor Faustino, no de que el espíritu de la coya no vagase por la casa y pudiese entenderse con él, sino de que la *inmortal amiga*, léjos de ser la coya, era un espíritu en cuerpo viviente, mil veces más real que la sombra, el recuerdo, el concepto de la coya, revestido de forma sensible por la imaginacion creadora de milagros.

Así volvía el Doctor, despues de mucho discurrir, á la pregunta del principio: ¿Quién era su *inmortal amiga*? ¿La habria visto, conocido y amado, y se habria olvidado de ella?

A este propósito recordaba el cuento de doña Guiomar, que le contaban las criadas cuando niño.

Una hechicera poderosa habia robado á doña Guiomar, que era lindísima, y la tenía encerrada en una torre muy alta sin puertas, porque la hechicera subía á la torre volando. La torre estaba en medio de solitaria llanura, donde casi nunca

llegaban piés humanos. La suerte quiso, no obstante, que un hermosísimo príncipe, hijo de rey poderoso, se extraviase un día y yendo de caza, y apartándose de sus monteros, halconeros y demás comitiva, el príncipe vino á encontrarse en la oculta y misteriosa llanura donde estaba la torre. El sol brillaba cerca del cenit. Doña Guiomar, en el elevado mirador de la torre, peinaba la sedosa madeja de sus cabellos rubios con un peine de plata. El reflejo del sol en aquellos lustrosos y dorados cabellos deslumbraba la vista. El rostro de doña Guiomar parecía circundado de refulgente aureola.

Doña Guiomar era de lo más bello que puede fingir la más discreta y generosa fantasía. El príncipe, galan, atrevido, elocuente y bello también. Nacidos el uno para el otro, se enamoraron y cautivaron al punto.

Con sábanas y colchas, con vestidos y otras telas, formó doña Guiomar una larga escala. Por ella se desprendió; llegó donde estaba el príncipe; se dieron ámbos palabra de casamiento; la confirmaron con un apretado y prolongadísimo abrazo, y puesta doña Guiomar á las ancas del caballo, huyó con el príncipe de su prision y de la hechicera.

Aunque caminaban de prisa, doña Guiomar notó al cabo de un rato, que la hechicera, que

habia vuelto á la torre y visto que ella se habia escapado, venia en su persecucion. Ya estaba cerca la hechicera, ya iba casi á tocar con su mano á doña Guiomar, cuando ésta tiró al suelo el peine de plata con que se peinaba, y se formó de repente una cordillera de montañas altísimas, con las cumbres cubiertas de nieve y de hielo. La hechicera quedó del otro lado de las montañas; pero tal era su poder y tanta su cólera y su brío, que salvó las crestas nevadas, bajó al llano, y ya iba alcanzando de nuevo á doña Guiomar y á su amante. Doña Guiomar, entónces, tiró al suelo un puñado del perfumado afrecho con que se lavaba las blancas manos. Al punto se formó un intrincado matorral de jaras, espinos y zarzas, cubierto todo él de niebla muy espesa. La hechicera pudo, con todo, atravesar el matorral, aunque destrozándose las carnes, y sin extraviarse, á pesar de la niebla, se puso otra vez al alcance de doña Guiomar y de su raptor. Doña Guiomar tiró, por último, al suelo, el espejito en que se miraba, y luégo se extendió entre ella y su seguidora un rio profundo, rápido y caudaloso. La hechicera pasó á nado el rio. Aunque desfallecida ya y sin fuerzas, llegó cerca de doña Guiomar. Doña Guiomar se tapaba la cara por no verla y los oidos por no oirla.

—¡Vuelve la cara, hija mia, vuelve la cara,

para que te vea la última vez ántes de perderte para siempre!—decía la hechicera.—Hija mia, ten compasion de mi, que te he criado. Mírame una vez, ya que me abandonas.

Doña Guiomar no queria mirar; pero el príncipe la rogó que fuese compasiva y mirase. Volvió entónces la cara, y la hechicera dijo:

—Permita el cielo que quien te lleva te olvide.

Esta terrible maldicion se cumplió. Llegados el príncipe y doña Guiomar cerca de la capital del reino, donde reinaba el padre del príncipe, dejó éste á doña Guiomar en una quinta, pensando volver allí por ella para que hiciese su entrada en la córte con gran pompa y aparato. Pero, no bien la dejó, se le borró su imágen, su nombre y su amor de la memoria, y así permaneció años, hasta que, por otro caso milagroso, que forma la segunda parte del cuento, vino al fin á recordarla.

Este cuento, como todos los de hadas, encantamientos y asombros, puede con facilidad traducirse en símbolo y alegoría. Por esto el Doctor fantaseaba que doña Guiomar era la poesía, la imaginacion, la fé, que obra milagros con quien la lleva para salvarse de la fria razon que la tenía aprisionada. Un momento de abandono basta luégo para que la fé se olvide y se desconozca.

La *inmortal amiga* era, pues, como doña Guio-

mar: era la fé, la poesía, el concepto más puro del alma del Doctor, olvidado, desconocido por una maldicion de la hechicera, que representaba y cifraba en sí ambicion, ciencia profana, codicia, vanidad, orgullo y otras malas pasiones.

Fuese quien fuese en el mundo real la mujer vestida de negro que una vez se le habia aparecido, el Doctor se sentia inclinado á convertirla en figura alegórica. Hecha esta conversion, todo se explicaba con facilidad. De la poesía, no quedaba en el alma del Doctor sino el egoismo. En su desesperada modestia, creia que habian muerto en su alma la devocion y la fé.

En otra noche de insomnio, lleno el Doctor del más doloroso abatimiento, se culpaba á sí mismo, y todo lo justificaba á la vez.

—Bien miradas las cosas—pensaba—más amor he alcanzado de Costancita que el que yo le daba y el que yo merecia. ¿Por qué fuí á enamorarla y á ver si me casaba con ella, sino por razones de conveniencia? Pues, si fué así, harta razon tuvo ella para mirar tambien por lo que le convenia y casarse con el Marqués, á cuya elevacion y fortuna no era probable que jamás hubiese yo llegado. Es cierto que algo de amor despertaron en mi alma la hermosura y juventud de mi prima; pero amor tibio, vacilante, incierto. Si yo la hubiese amado con todo el corazon, mi amor se

hubiera impuesto y hubiera hecho nacer en el corazón de ella otro amor capaz de sacrificio. ¿Por qué lamentarnos de la falta de amor, de amistad, de ternura, que guardan para nosotros las demás almas humanas? ¿Les prodiga la nuestra iguales tesoros, para exigir el cambio? ¡Ah! Yo amo con amor inmenso, mas no para rendirme y sacrificarme en aras del objeto amado, sino para hacerle todo mio. La fuente del verdadero amor está seca para mí. El verdadero amor empieza por conceder á su objeto cuantas perfecciones y excelencias le hacen amable, y despues que le ha dado tales excelencias y perfecciones, se prostra ante él y le adora y se ofrece en holocausto. El amor egoísta, como el mio, anhela para sí un objeto dotado de todas esas perfecciones; pero examina, critica y jamás le halla. Entónces dice: —Si yo encontrase una mujer como la que sueño, ¿qué sacrificios no haria por ella, qué virtudes no mostraria, con que afecto no la amaria? Por desgracia no la hallo, y nada de esto puedo hacer. Mi amor sin objeto es tambien un amor sin obras. Si yo creyese en el progreso de la humanidad, en el lazo estrecho que une las almas, en la comunión de los espíritus, en el movimiento ascendente de todos los corazones hácia la luz, el bien y la hermosura, ¿qué no sería yo capaz de hacer para contribuir en algo á ese progreso, á

esa ascension, á esa ventura y grandeza del linaje humano? Por desgracia, no creo mucho en eso, y así es que no hago nada. Siento que haya en mi alma este amor de la humanidad tan estéril. Si yo considerase que esta pátria, este pueblo ó nacion de que formo parte es merecedor de todo amor, ¿quién sabe las hazañas y heroicidades que haria por elevarle á la mayor altura? Pero no hago nada, porque al cabo no estoy muy seguro de que esto que llamamos la pátria sea más que un terreno, como otro cualquiera, donde por acaso he nacido, y de que esto que llamó mi nacion pase de ser un conjunto de hombres venidos de mil diversas regiones, de várias castas y orígenes, y sin más vínculo que el de leyes, instituciones y creencias forzosamente impuestas por los más poderosos á los más débiles. El amor de la pátria queda tambien estéril y sin objeto, á pesar de su intensidad. El amor de la belleza y del bien es amor de abstracciones; es el amor de mí mismo, si no hallo objeto fuera de mí que me parezca bueno y hermoso. Mi alma, sin embargo, está enamorada. ¿A quién ama mi alma? Quizás ama un ideal inasequible, que trabajo de continuo en forjar dentro de mí, sin llegar nunca á dar el ídolo por terminado.

Otro objeto de amor más excelso, más comprensivo, reconocia el Doctor que le convenia

buscar para que su corazón se aquietase; pero no se atrevia á negar la realidad de la existencia de ese objeto, y, de miedo, de encontrarse con un fantasma, no le buscaba.

El Doctor habia leído las poesías desesperadas que privaban en aquella época; pero aún no habian salido á luz, ó no habian llegado á su noticia, las atrevidas especulaciones de los filósofos desesperados novísimos. Schopenhauer y Hartmann no habian penetrado en Villabermeja.

No habian, con todo, sido pocos los libros materialistas é impíos que el Doctor habia leído. Veia además el pro y el contra de todas las cuestiones, y la índole de su entendimiento le llevaba á dudar.

La melancolía de su alma, en aquellos días, le pintaba todo con los colores más negros.

Sin embargo, contra las negaciones que habia hecho de todo objeto digno de su amor, él mismo se presentaba varios argumentos.

—Es muy cómodo—decia—negar el objeto digno. Así se disculpa la pereza, la frialdad ó la cobardía. ¿Seré tal vez un miserable, incapaz de todo arranque generoso, y para justificarme á mis propios ojos quiero persuadirme de que no creo que haya un objeto que merezca que yo me sacrifique por él: que iguale al amor?

Luégo pensaba si en los filósofos y los poetas

pesimistas lo habían sido por discurso y reflexión serena, ó por ser enclenques ó pobres: por falta de salud ó de dinero. Mas suponiendo esto último, no dejaba el Doctor muy bien parado el orden de las cosas. ¿Por qué había de haber dolores físicos ó miserias sociales de tal naturaleza, que cambiasen así la condición de los hombres? Por otra parte, afirmar tal influjo era el colmo del escepticismo: era afirmar lo vano é interesado y falso de todo sentimiento y de toda idea. Si un sistema filosófico impio pudo provenir de que su autor padecía del estómago ó de que no tenía dinero bastante, ó de que no comía bien, también un sistema filosófico muy religioso y optimista pudo provenir de que el autor gozaba de envidiable salud y tenía satisfechas todas sus necesidades.

Cuando el Doctor llegó á este punto en sus cavilaciones, recordó sonriendo unos versos muy conocidos de Lope de Vega. Un lacayo, disfrazado de médico, es consultado por un caballero que padece honda tristeza, y se entabla este diálogo:

- Nada me parece bien;
Todos me son importunos.
—¿Tienes dinero?
—Ninguno.
—Pues procurad que os los den.

El remedio de la tétrica filosofía del Doctor, ¿era el mismo de que hablaba el lacayo de Lope? En gran parte sí. El Doctor tenía la ingenuidad de confesárselo, si bien la confesion le humillaba y vejaba. ¿Por qué un alma tan grande como la suya se conmovia y trastornaba por cosa tan accidental y de poco valer? Porque el Doctor queria ir á Madrid, darse á conocer, brillar, hacerse famoso, y sin algun dinero no podia lograrlo.

El Doctor procuraba consolarse de no ir á Madrid: procuraba desistir de sus sueños de ambicion y de gloria. Entónces se hacia un argumento ó discurso parecido al que hizo no recordaba bien qué sabio á Pirro, rey de Epiro, que se desvelaba é inquietaba, ansioso de conquistar el mundo.—Conquistaré primero toda la Grecia, decia Pirro.—¿Y despues? preguntaba el sabio.—Despues la Italia.—¿Y despues?—El Asia menor y la Persia, y la Bactriana y la India, y por último toda la tierra.—¿Y despues? volvia á preguntar el sabio.—Despues me reposaré triunfante y seré dichoso.—Pues haz cuenta que ya lo conquistaste todo; sé dichoso y repósate.

Este coloquio, si tenía fuerza para convencer á Pirro, que al fin soñaba con la conquista del mundo, mayor fuerza debia tener para el Doctor, quien, en sus mayores raptos ambiciosos,

ni soñaba ni podía soñar sino con ser, por unos cuantos meses,

Uno de los cien ministros
Que al año vienen y van,

en un país, que, léjos de conquistar los otros, no sabe conquistarse á sí mismo.

Algo más tranquilo el Doctor despues de este razonamiento, pensó en dedicarse á la vida contemplativa; desechar la práctica por la *teoria*. ¿No está acaso en la *teoria* la suprema felicidad y el verdadero fin del hombre? El universo podrá estar mal, si se atiende al bien de los séres que le pueblan. La vida será un triste presente: el dolor físico y el dolor moral quedarán inexplicables. De todo esto prescindia el Doctor por lo pronto. Pero ¿cómo negar el grandioso espectáculo que nos ofrece esta máquina del mundo? ¿Cuánto no queda aún por descubrir, por investigar y hasta por ver en dicha máquina, así en las partes como en el conjunto? Y no sólo en lo que es ahora, sino en lo que ha sido y en lo que ha de ser. ¿Qué origen tuvo todo ello? ¿Cuál será su fin? ¿Dónde está el propósito? Dado que estas preguntas pudiesen tener satisfactoria contestacion, lo mismo se podía escuchar la voz del oráculo revelador en Villabermeja que en la heroica villa de Madrid, capital de todas las Españas.

Aun sin meterse en honduras científicas ni en averiguaciones de ningún género, bien podía el Doctor darse por pagado de ver las cosas como poeta, admirándolas y celebrándolas; limpiando bien el alma de malas pasiones, para que fuese bruñido y claro espejo que reflejase el mundo dentro de sí, no sólo en cuanto se extiende y dilata por los espacios, sino en su prolongación en los tiempos, con todas las series sucesivas de creaciones y manifestaciones que en él ha habido. Confesemos que la hermosa casa solariega de Villabermeja era cómodo y regalado asiento para asistir á esta representación magnífica y perpétua. El alma del Doctor, además, al reflejar en sí todas las cosas, no lo haría sin gracia y desmañadamente, sino que las hermopearía y perfeccionaría según ciertas leyes de buen gusto y de elegancia, tachando defectos y errores, produciendo armonías, y creando, en suma, para sí, un universo mil veces más bello. Aunque el Doctor no hiciera más que esto en toda su vida, ¿quién ha de negar que cumpliría con una gran misión? Pues ¿de qué vale el universo y toda su hermosura, si no hay inteligencia que le mire y le comprenda? Decidido el Doctor á consagrarse á esto, no tendría ya que preguntarse con pena ¿para qué sirvo? Serviría para justificar la creación. Por desgracia, ahondando un poquito más el

Doctor en estas reflexiones y soliloquios, se encontró con una dificultad aterradora. Para la práctica ya había visto que sin amor nada podía: para la teórica halló también que era menester amor. Conforme Dios iba creando las cosas, las miraba con amor, y veía que eran buenas. Para encontrarlas él también buenas, ó al menos bellas, era menester que las mirase con amor. Mucho más amor era menester aún para reflejarlas en el espejo del alma con mayor hermosura de la que tienen. El amor es el grande artista, el creador, el poeta, y D. Faustino temblaba de pensar que no amaba. Quería convencerse primero, sin ningún amor, de que un objeto era bueno, muy bueno, y después amarle. No sentía el raptó generoso, la noble confianza del alma enamorada, que se lanza con amor al objeto y luego le halla bueno y bello.

Crea el lector que me pesa ahora de haber elegido para mi cuento un personaje de tan enmarañado carácter como el doctor Faustino. Me obliga, contra mi gusto, á escribir este largo soliloquio, que debe aburrirle; pero ya no podemos retroceder. Yo procuraré ser breve, aunque mucho se quede por decir.

Desesperado el Doctor de no amar lo bastante, así para la vida práctica como para la vida especulativa, en lo que tienen de más egregio, volvió á

su tema de hacer una vida práctica y especulativa á la vez, más llana y más vulgar, y volvió á soñar con ir á Madrid en busca de aventuras y de triunfos. La falta de dinero, el grande obstáculo, apareció enseguida ante sus ojos.

Una sola bujia alumbraba el salon en que se hallaba. La luz iluminaba apénas los retratos de los ilustres Mendozas. Todos ellos eran ménos que medianos, salvo el de la coya. El Doctor los miró casi con ira, porque le habian dejado un nombre y no le habian dejado riqueza. Tuvo gana de pegarles fuego. Pambien pensó en llevárselos á Madrid y ponerlos en un baratillo, á ver si los compraba algun usurero ó algun publicano que quisiera ennoblecerse y tener ascendientes, prohibándolos, ó mejor dicho, *propadrándolos*. Pero ni esta esperanza le daban sus ascendientes. ¿Qué publicano ó qué usurero es tan tonto en el dia, que busque ascendientes, y no vea en sus contratas y suministros títulos de sobra para tener todos los títulos? Y no sin razon, pensaba el Doctor. Desechadas mil preocupaciones, no habia de conservar él la ménos filosófica: la de la nobleza. Ya que habia renegado de todo, se empeñó en renegar hasta de su casta.—Vosotros—dijo á sus ascendientes—no valiais más acaso que el contratista que funda hoy su nobleza.

El largo insomnio habia excitado de tal suerte

sus nervios, que el Doctor, en aquella soledad, en el silencio de la noche, con la luz de una sola bujía, que, iluminando muebles y cuadros, formaba mil sombras caprichosas en las paredes, imaginó que todos sus ascendientes ofendidos se destacaban de los marcos y caminaban contra él deslizándose como espectros. Hasta la coya se reía entre compasiva y burlona. El ambiente se hizo sofocante, como si respirasen allí todos los personajes de los retratos, vueltos á la vida, y como si su respiracion fuese de fuego. El Doctor tuvo calor y frio á la vez; pero no tuvo miedo sino de volverse loco. Hubiera sido indigno de un filósofo suponer que retratos pintados habian de echar á andar para darle un susto ó embromarle de alguna manera.

El Doctor, no obstante, fué hácia la ventana, que estaba cerrada, aunque era á principios de Mayo, y para respirar el aire libre abrió de par en par maderas y cristales.

El sitio adonde daba la ventana que abrió el Doctor era poco risueño. En primer término, la calle solitaria y sin salida. Las tapias del corralon que servia de cementerio, enfrente. Y á la derecha, uno de los torreones cilíndricos del castillo, sobre el cual se apoyaba la casa. Más allá de las tapias del corralon se levantaban los muros de la iglesia, y se veia un poco del arco y pasa-

dizo que con el castillo la une. Antes del arco formaba la casa un recodo. La luna llena iluminaba la calle, sin gente y sin más ruido que el formado por un viento manso, que doblaba la larga yerba que crecía en la misma calle y encima de las tapias del corralon.

En nada de esto se fijó el Doctor al abrir la ventana. Otro objeto más importante absorbió toda su atención en el momento. Frente por frente de la ventana, junto á la tapia del corralon, iluminado el rostro por la luz de la luna, inmóvil como una estatua, con dolorosa expresión en el semblante, tal vez con lágrimas en los hermosos ojos, vió el Doctor á una mujer alta, delgada, vestida de negro, y creyó reconocer á su *inmortal amiga*.

—¡María! ¡María!—exclamó; pero no le respondió la mujer. La mujer echó á andar hácia el arco.

—¡María!—dijo el Doctor de nuevo.

Entónces creyó notar en todo el cuerpo de la mujer un temblor, un estremecimiento nervioso; pero ella ni contestó ni volvió la cara.

De buena gana se hubiera el Doctor lanzado á la calle para perseguir á su vision. La gruesa reja de hierro que tenía la ventana impidió la realización de su deseo.

—¡María!—dijo el Doctor por tercera vez; y

entonces dió la vuelta á la esquina la mujer vestida de negro, y el Doctor la perdió de vista.

Precipitadamente tomó el Doctor el sombrero, salió al patio, abrió la puerta que daba al zaguan y quitó la tranca que defendia la puerta exterior. La llave, por fortuna, estaba puesta. Abrió la puerta exterior y fué corriendo en busca de su *inmortal amiga*, que debia estar aún á pocos pasos de distancia.

Eran las tres de la mañana. No habia un alma en las calles. El Doctor las pasó y examinó todas dos ó tres veces. Dió vuelta á la iglesia y al castillo, saltó por cima de las tapias del corralon, y hasta en aquella mansion de los muertos buscó á su *inmortal amiga*. Todo fué en balde. Parecia que se la habia tragado la tierra.

Pensó luego el Doctor si estaria en el campo, y salió al campo, y anduvo por los caminos sin saber dónde iba, hasta que despuntó la aurora.

Las campanas tocaron á misa primera, y el Doctor se decidió á oír aquella misa. Quizás veria en la iglesia á la mujer misteriosa, como la habia visto la niña Araceli.

Tampoco vió en la iglesia á la mujer misteriosa.

El Doctor estaba tan inconsecuente, tan fuera de sí, tan otro, que, á pesar de su impiedad filosófica, hizo por modo extraño algo como oracio-

nes y súplicas al Jesús Nazareno, de que era hermano mayor, y al santo pequeñito, patrono del pueblo, á ver si le ayudaban á dar con su *inmortal amiga*. Los poderes sobrenaturales fueron sordos á la voz del Doctor y no le mostraron lo que buscaba.

XIV.

Penitencia para el Diablo.

La nueva aparición, confirmando más á don Faustino Lopez de Mendoza en la creencia de que su *inmortal amiga* era un sér vivo, y persuadiéndole de que estaba en Villabermeja, le excitó á buscarla con ahinco. Pasmoso era, sin duda, que se ocultase tan bien en lugar tan pequeño; pero el Doctor perdió la esperanza de hallarla como no fuese registrando casa por casa.

Este asunto de la mujer misteriosa le pareció de tal condicion, que no quiso fiarse de Respetilla para que le ayudase en sus averiguaciones. Por motivos opuestos, y quizás más poderosos, se guardó bien asimismo de decir nada á su madre. Cuando María (la llamaremos así, ya que el Doctor así la llamaba) se escondia tanto, razones poderosas tendria para ello. Si el Doctor se hubiera confiado á Respetilla, hubiera expuesto á María á que la descubriesen. Confiándose á su madre, la

hubiera llenado de recelos. Sabe Dios lo que imaginaria su madre de mujer que así se ocultaba.

Sólo habia otra persona, cuyo sigilo era grande y cuyo afecto hácia el Doctor era mayor aún. Á esta pensó en confiarse para que le ayudase á descubrir á Maria.. Dábase la circunstancia de que esta persona era la más á propósito que habia en toda Villabermeja para poner en claro un misterio y despejar una incógnita. Apénas habia familia que no conociese, ni lance que no supiese, ni amores que ignorase, ni pendencia matrimonial de que no tuviese noticia. Sabia esta persona hasta lo que comian en cada casa. Si ella no daba, pues, con la *inmortal amiga*, la *inmortal amiga* era un sér *inaveriguable* y utópico, por más que fuese al mismo tiempo real, visible y tangible. La persona en quien pensó el Doctor para que le ayudase en las investigaciones era su propia nodriza, el ama Vicenta, la cual, desde que le crió, seguia en la casa, sirviendo á doña Ana.

Ya estaba resuelto á confiárselo todo, cuando, dos dias despues de la aparicion de María, fué el Doctor á su quinta en la jaca. La casera estaba sola á la puerta de la quinta miéntras que el casero cavaba.

—Señorito—dijo la casera—esta mañana me entregaron un papel para su merced.

—¿Quién le entregó?—preguntó el Doctor.

—Un forastero á quien no conozco.

—Venga ese papel—dijo el Doctor.

—Aquí está—contestó la casera dando á don Faustino un pliego cerrado, que él recibió con emocion extraordinaria, pensando reconocer en la letra del sobrescrito la mano de la mujer misteriosa.

Salió entónces en medio del campo, y mirando ántes á todas partes para cerciorarse de que nadie habia por allí que pudiese verle ó interrumpirle, abrió la carta y leyó lo siguiente:

«No ha sido mi propósito presentarme á tus ojos ni herir tu imaginacion con el prestigio de lo sobrenatural. Mi alma soñadora, anhelando explicarse esta fuerza invencible que me lleva hácia tí, descubre, tal vez se finge, otras existencias, en que tú y yo, sin obstáculo alguno que entre nosotros se interpusiese, nos amamos y fuimos dichosos; pero no pretendo imponerte esta creencia. Mi alma cree tambien que, durante el sueño, desprendiéndose, por obra del amor, del cuerpo que anima, vuela y se pone á tu lado; mas no aspiro tampoco á que lo creas. Yo te amo, y sólo aspiro á que me ames. Tengo miedo, no obstante, de lograr lo mismo á que aspiro. ¿Para qué aspirar á que me ames, si no es posible, en esta vida, que nuestro amor nos dé ventura? De aquí lo singular de mi proceder. De aquí el huir

de tí y el buscarte. La prudencia me induce á huir; el amor me lleva á tí á pesar mio.

«Hay además en mi vida un misterio horrible, que no quiero, que no debo revelarte. Hay algo que está en mí y no está en mí, y que me hace indigna de tu amor. No presumas ni sospeches por eso que reside la indignidad en lo que es mi persona.

»Un diamante se conserva entero, puro, aunque caiga en el fango. Impenetrable á toda sustancia corrosiva, sólo la luz penetra en su seno y le alegra y le llena de claridad y de hermosura. Tú eres la luz, mi corazon es el diamante.

»Una pequeña semilla cayó en la tierra. El sol con su calor divino la fecundó. Allí brotó una planta lozana, y en la planta una flor; pero no abrirá el cáliz ni dará su aroma si el sol, que eres tú, no la acaricia.

»Mucho tengo que agradecerte, aunque no lo sabes. Ser flor y diamante te lo debo á tí, que eres mi sol y mi luz. La firmeza para resistir al fango en que habia caído te la debí á tí, mi luz, y fuí diamante, y no fango. El brío, la fuerza para ascender á la region serena del aire, saliendo del seno inmundo de la tierra, te lo debí á tí, mi sol, que con tu divino calor hiciste subir por el tallo, hasta el sellado cáliz, las esencias suaves y delicadas, que son tuyas y para tí se guardan.

»Abandonada de todos, ruda, ignorante, ni los sagrados misterios de una religion que yo no comprendia, ni los santos que están en los altares, y cuya vida y cuyas virtudes yo ignoraba, hubieran evitado mi perdicion. Dios quiso salvarme por tu medio. Dios, sin duda, infundió en mi alma una admiracion hácia tí, que ha levantado mi espíritu y le ha hecho apto para concebir todo lo bueno. La preocupacion constante de no hacerme indigna de tí, de no perder toda esperanza de que me estimases, ha sido mi escudo y mi defensa en los primeros años de mi vida.

»Más tarde vino el espíritu consolador y me llevó á su lado. Á su lado se ha abierto mi alma á todas aquellas ideas nobles y á todos aquellos sentimientos generosos de que es capaz por su semejanza con Dios. Yo, sin embargo, aunque léjos ya de tí, no pude olvidarte. Antes bien recordaba con más viveza que la primera iluminacion de mi alma fué obra tuya. Cuanto yo aprendia luégo, cuanto por estudio y natural discurso alcanzaba, lo veia como cifrado é incluido en aquella primera iluminacion de que tú fuiste causa. De esta suerte creció mi amor hácia tí. Como gérmen caido en terreno inculto, así tu amor cayó en mi alma. Todo cultivo posterior, léjos de extirpar el gérmen, ha contribuido á que se desenvuelva y brote con lozanía.

»Hasta la ausencia, el no verte en muchos años poetizó más y más tu recuerdo. Te he vuelto á ver, y no has desmerecido á mis ojos del concepto que de tí tenía, fundado en recuerdo tan poético. Así es que toda soy tuya. No dejaré de amarte aunque no me ames; no dejaré de amarte aunque me aborrezcas ó me desprecies.

»Si te oculto quién soy, tengo para ello razones poderosas. Respétalas y no me persigas.

»No hables de mí con nadie: te lo suplico.

»Si me amas, yo lo adivinaré y te buscaré. ¿Podré huir de tí, podré resistirme si me amas?

»Si no me amas, ¿para qué turbar con mi presencia tu sosiego? De mi amor mismo, aunque me abandonase y fuese toda tuya, no tomarías ni gozarías sino aquella mínima parte, quizás la más vulgar y grosera, que tú fueses capaz de sentir por mí. Tal es la condicion del amor. Quien guarda para alguien todos sus tesoros jamás podrá darlos, por más que lo desee, como la persona amada no produzca y dé en cambio iguales tesoros de amor.

»La otra noche me viste por acaso y á pesar mio, abriendo de repente la ventana de tu cuarto. Tú me verás de más cerca, tú me verás junto á tí y por mi voluntad, si llegas á amarme. Tal vez me verás, aunque no llegues á amarme, si no logro vencer esta inclinacion que me lleva hácia

tí anhelante de un momento de felicidad, por más que sea menester comprarla á costa de tu desvío y de un siglo de tormentos. Adios.—Tu *María.*»

El primer efecto que hizo la lectura de esta carta en el ánimo de D. Faustino fué el de excitar el deseo más vehemente de buscar y de hallar á la mujer misteriosa.

A pesar de la súplica que contenia la carta, diciendo—*No me persigas*—el Doctor hizo cuanto pudo, aunque en balde, por descubrir á aquella mujer.

El otro precepto de la carta—*No hables de mí con nadie: te lo suplico*—hizo más fuerza en la voluntad del Doctor. Por no faltar á él no se atrevió á hablar de María ni siquiera con el ama Vicenta.

Pasaron, pues, ocho ó diez dias, durante los cuales leyó el Doctor la carta cien veces, meditó sobre ella, y no halló rastro de la persona que la habia escrito.

Trasladado á lenguaje llano, el contenido de la carta daba de sí lo que sigue:

María era de Villabermeja. Nacida de lo más vil y abyecto de la sociedad, habia visto y admirado al Doctor cuando niña, enamorándose de él. Esta pasión sublime, engendrada en el alma ántes de que María llegase á la adolescencia, la

había salvado de perderse para siempre. La carta se expresaba á las claras sobre este punto. De ello no podía dudar el Doctor, por más que no recordase á ninguna chica pobre de ocho á diez años á quien hubiese podido inspirar una pasión. Algun alma caritativa (y el Doctor ménos que nadie, porque estaba siempre en Babia, podía adivinar quién fuese) se había despues llevado á Maria y la había educado. La educacion y la ausencia, léjos de destruir el amor de ella hácia el Doctor, le habían poetizado y sublimado.

Impulsada de este amor irresistible, Maria á pesar suyo y conociendo que dicho amor no podía tener término feliz, perseguia al Doctor y procuraba enamorarle.

Don Faustino Lopez de Mendoza, aunque viciado por las malas lecturas y por la triste ciencia de su siglo, tenía excelentes prendas, corazón generoso y una sinceridad nobilísima. Tenía además veintisiete años.

Soñaba, pues, con amar y con ser amado; pero ni quería engañar á los demás ni engañarse á sí mismo. ¿Qué razón había para que amase ya á la mujer misteriosa? Apenas la había visto, apenas había hablado con ella.

Sin embargo, tal era la inclinacion de D. Faustino á todo lo poético y extraordinario, que se esforzó por quedar enamorado de su Maria.

Se dice de algunos personajes que perdieron la fe, y que, con fervoroso deseo de recuperarla, hicieron durante meses y años como si la tuvieran: rezaron sin creer en el rezo, cumplieron todos los preceptos y se sometieron escrupulosamente al rito. Así creyeron al cabo. Quien esto escribe conoce á un sujeto, que hoy está en opinion de santo, y que durante el periodo de su trasformacion asistia á una reunion de racionalistas y descreidos.—¿Dónde va V., D. Fulano?—le preguntaban cuando se retiraba.—Voy á hacer *guasa* religiosa—contestaba él. Hasta que á fuerza de hacer esta *guasa*, acabó por tomarlo todo por lo serio y ser casi un bendito siervo de Dios, como es en el dia, sahumando y aromatizando con el perfume de su santidad el campamento de D. Cárlos VII.

El carácter del Doctor era inflexible. No podia el Doctor, por nada en el mundo, hacer *guasa* amorosa, ni de ninguna clase. Si el verdadero amor habia de venir en pos de la *guasa*, aunque no viniese nunca.

Y sin embargo, *la inmortal amiga* interesaba al Doctor. Su alma estaba ansiosa de amarla. Mas para amar lo que no se ve ni se toca, ¿por qué amar á una mujer? Ámese la ciencia, la belleza ideal, la poesia increada ántes de revestir una forma, la perfeccion moral irrealizable en es-

ta vida que vivimos: ámese á Dios, en suma.

Amar á una mujer con fervor semejante al que debe emplearse en el amor de estas cosas más altas es una idolatría; idolatría que no se comprende si no se ve ó si no se toca el ídolo.

Dante, gran maestro de amor, lo habia dicho en una admirable sentencia; salvo que Dante cometió la injusticia de acusar sólo á las mujeres de este linaje de materialismo. Dante deplora lo poco ó nada que

*.....in femmina foco d'amor dura
Se l'ochio o il tatto spesso nol raccende.*

¿Por qué no deploró y confesó Dante el mismo defecto en el hombre?

Tal vez el gran poeta confundió con el amor verdadero la adoracion de la mujer como figura simbólica y como alegoría y personificacion de la ciencia divina, de la inspiracion poética y hasta de la patria. Así amó él á Beatriz. Así amó Petrarca á Laura. ¿Podia el Doctor amar así á su Maria?

Antes de recibir la última carta no hubiera sido difícil. Despues de recibida la última carta era casi imposible. A la mujer que ha de ser objeto de un amor de este género importa que las circunstancias la levanten por cima del amador, la pongan como en un pedestal, la encierren co-

mo en un impenetrable santuario. Esto tal vez no basta, por último, y es menester que venga la muerte y la arrebate á misteriosas esferas, y deje sólo de ella, en este bajo suelo, un fantasma etéreo, un simulacro divino, forjado por la mente, y cuya mera aproximación á nosotros, ó soñando ó velando, nos encumbre al paraíso y nos traiga como un subido deleite y como un sabor prematuro de eterna bienaventuranza.

El Doctor, reconociendo con humildad que no lo merecía, había sido y era para su María lo que Beatriz para Dante. Estaban, por un capricho de la suerte, los papeles trocados. Pero ¿cómo hallar él en María á su Beatriz ó á su Laura, después de la confesión ingenua que en su última carta María le había hecho?

El Doctor, pues, muy á pesar suyo, tuvo que confesar que deseaba la presencia de María; que su amor, fuese ella quien fuese, lisonjeaba su amor propio; que sentía hacia ella piedad, profunda simpatía y hasta cierta ternura, pero no verdadero amor. Ni siquiera sentía el amor simbólico y metafísico de Dante y Petrarca por sus dos queridas, verdaderamente inmortales.

Léjos de sosegar esta confesión el ánimo del Doctor, le atormentaba con amarga tristeza: le atormentaba con el tormento de no amar, que es el mayor de los tormentos.

Para distraerse de sus melancólicas cavilaciones redobló su actividad corporal. Paseaba desahoradamente á pié y á caballo; los combates al sable con Respetilla eran cada dia más largos y feroces; tiraba á la barra, levantaba pesos enormes, y no pocas veces llegó á tomar el azadon y cavó con ahinco hasta derretirse sudando; pero, al consumir y gastar así sus fuerzas corporales, no lograba aquietar, ni por un instante, la inflamada vehemencia del espíritu.

Respetilla no era tonto, queria bien á su amo, recelaba que, en aquella vida solitaria que estaba haciendo, acabaria por volverse loco, y no dejaba ningun dia de aconsejarle que viviese como los demás hombres, y que ya que por falta de dinero no le era dable irse á vivir á la córte, hiciese de la necesidad virtud, se figurase que Villabermeja era en sustancia lo mismo que Madrid, y tratase á la gente de Villabermeja, distrayéndose y recreándose con sus paisanos, y sobre todo con las hijas de sus paisanos, entre las cuales las habia muy bonitas, alegres y discretas.

Una mañana, despues del combate al sable, Respetilla habló de este modo:

—¡Alabado sea el poder de Dios, y lo que ve el que vive! Cosas hay que no las creyera quien no las viera. Tenga por cierto su merced que jamás he dudado yo, ántes he creído muy natural,

que haya habido ermitaños penitentes, que se zurren de lo lindo con unas tremendas disciplinas, no comiendo más que hierbas y no bebiendo más que agua, no pensando en amores ni en amistades, y viviendo en la soledad; pero, al cabo de esta amarga vida, alcanzaban tales ermitaños la gloria eterna, la música celestial y qué sé yo cuántas delicias. Para ganarse la voluntad de Dios bien pueden hacerse sacrificios. Lo que no comprendia yo, hasta que lo he visto en su merced, es que haya tambien ermitaños y penitentes del diablo. Si la mitad de la penitencia, del recogimiento, de la abstinencia, de las vigili- as y estudios en que su merced consume su mocedad y su vida, se encaminasen á agradar á Dios, nada tendria yo que decir, sino que su merced era un santo. Lo malo es que yo sospecho que su merced no se sacrifica sino para dar gusto al diablo, que al fin no tiene gloria que darle, ni siquiera le da, en esta vida, dinero y poder, aunque sea á trueque del infierno en la otra. Jamás habia yo querido creer en las brujas, porque no comprendia qué gusto habian de tener, al ver tan perdidas á las que pasaban por tales, en servir al diablo sin recibir salario. Ahora empiezo á creer en la brujería. No se ofenda su merced, señorito. Su merced es brujo, y está dando culto al diablo y sacrificándole su mocedad y su existencia.

—Yo no doy culto al diablo—contestó el Doctor, no poco lastimado del tino con que Respetilla le atacaba;—yo doy culto á la necesidad invencible. Si á eso llamas tú *diablo*, sea enhorabuena; doy culto al diablo.

—¿Y qué necesidad tiene su merced de vivir como vive?

—¿Puedo acaso vivir de otro modo? Donde quiera que yo fuese haria un papel ridículo sin un cuarto. ¿A qué oficio voy á ponerme, si no sirvo para nada? No hay más que resignarme á vivir en Villabermeja. Y aquí, ¿qué otra vida he de hacer que la que hago?

—¿Y por qué no hacer aquí otra vida?—replicó Respetilla.—¿Para qué desea su merced ir á Madrid? Sin duda para tratar á aquella gente. Pues trate su merced á la de aquí, y se ahorrará el viaje. Pues que, ¿la gente de Madrid es distinta de la de Villabermeja? Todo se va allá, señorito.

—Vamos, ¿y dónde está esa gente? ¿Con quién te parece á tí que me trate?

—Con todo el mundo. Hay además una casa á donde yo quisiera que fuese su merced, porque allí se divertiría.

—¿Y cuál es esa casa?

—La de mi señor compadre el escribano.

—Pues si sus hijas me detestan.

—Detestan á su merced porque su merced no va á verlas. Las pobrecillas están picadas.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Toma, porque me lo han dicho. Yo hablo mucho con las dos, y sobre todo con Jacintica, la viuda del guarda, que las acompaña siempre y va con ellas á misa, visitas y paseo. Ramoncita, la hija menor del escribano, es muy bonachona, y hace lo que quiere Rosita, su hermana mayor. Pronto la casará con el hijo del boticario, que está ya acabando la carrera, y dentro de pocos meses será médico. Rosita, en cambio, no tiene novio, ni quiere tenerle, aunque ya pasa y más que pasa de veinticinco años. ¿Y para qué, si es libre, rica, señora de su casa, y dispone del caudal y manda en su hermana y en su padre y en cuantos la rodean?

—¿Querrá tambien mandar en mí?

—No, sino ser mandada, por lo que yo bar-runto.

—Respetilla—dijo D. Faustino—tú eres un tentador, un verdadero diablo, y me propones un disparate, por no decir otra cosa. ¿Á qué he de ir yo á ver á Rosita? ¡Buena fuera que creyese Rosita que yo iba á pretenderla, en busca de su dote, como fui en busca del de doña Costanza, é imitase á mi prima, calabaceándome!

—Yo conozco á Rosita, y sé que no pensará

semejante cosa. Ni sueña en casarse con su merced, ni ménos en darle calabazas.

—Pues entónces, ¿en qué sueña?

—En broma y palique. Aquí no tiene con quién hablar. No hay más novio posible para ella que el hijo del boticario, que corre ya por cuenta de su hermana. Rosita ha leído muchas novelas é historias y es muy elegantona. Conversar con su merced, sin proyecto de ninguna clase, sería para ella el colmo del contento. Dice Jacintica que ella dice que su merced sólo es capaz de entenderla en Villabermeja; que para los demás patanes de por aquí está ella como si estuviera en griego. Dice también Jacintica que en todas las ferias donde ha estado Rosita ha pasado por de Sevilla ó de Granada, cuando no por de Madrid, y que nadie ha sospechado que fuese de Villabermeja. Tan bien se viste, y tan atinada y *afilustrada* es en cuanto habla.

—Tú acabarás por hacerme creer que Rosita es un dije—exclamó D. Faustino.

—¡Ya lo creo que lo es! y no de similar, sino de oro. Y luégo, ¡lo que sabe! ¡Dios mio, lo que sabe! ¡Y qué génio! Ya, ya... Hasta á su padre le tiene metido en un puño... El escribano, ya sabe su merced, tiene su por qué. ¿Estamos?... La niña del secretario del Ayuntamiento: la Elvirita, viuda del capitan... Pues nada: no se lle-



